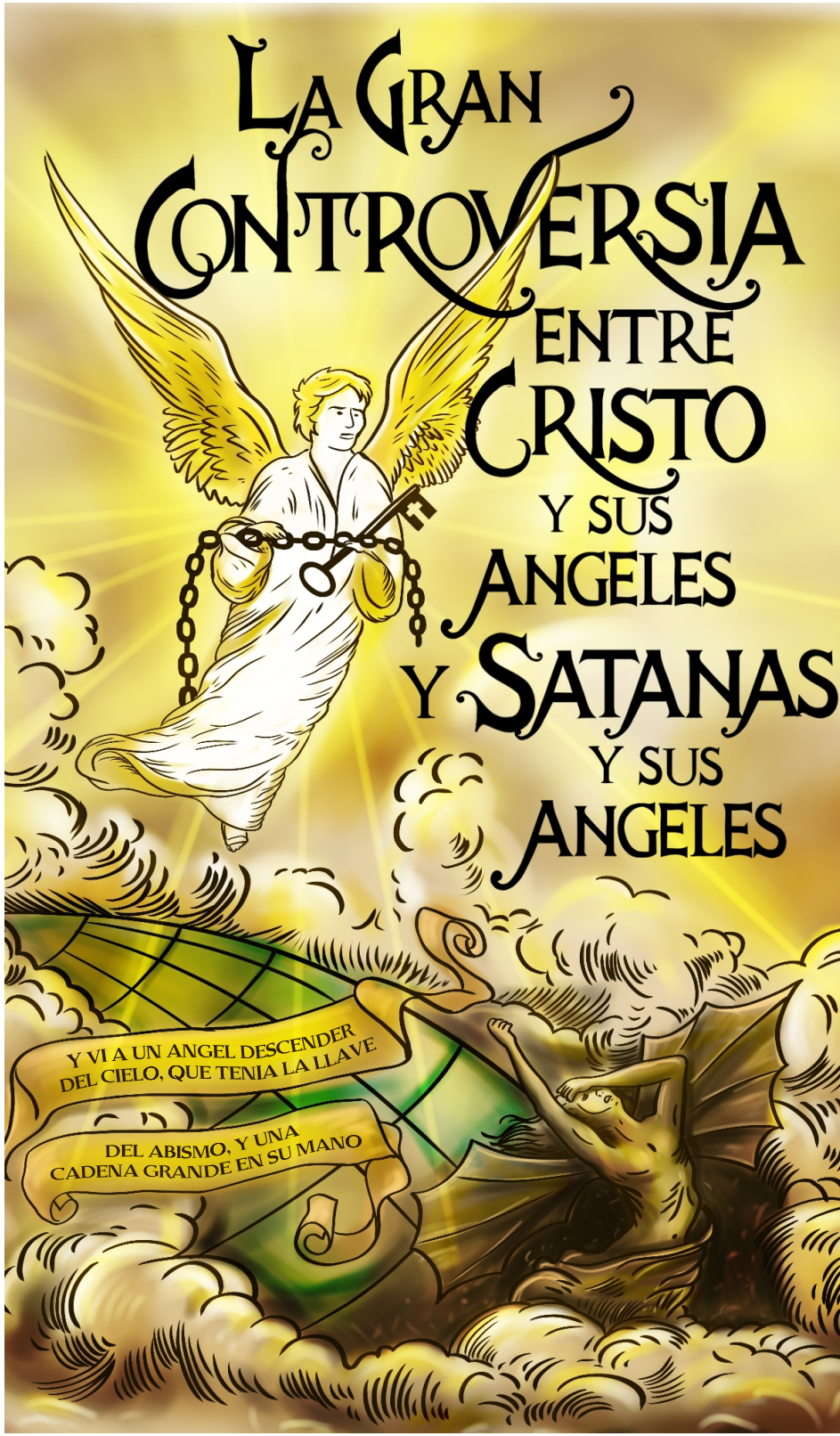
DONES ESPIRITUALES

LA GRAN CONTROVERSIA ENTRE CRISTO Y SUS ANGELES Y SATANAS Y SUS ANGELES

1858

ELENA G. DE WHITE

La Gran Controversia entre Cristo y sus Angeles y Satanas y sus Angeles



DONES ESPIRITUALES

LA GRAN CONTROVERSIA ENTRE CRISTO Y SUS ANGELES Y SATANAS Y SUS ANGELES

1858

ELENA G. DE WHITE

DONES ESPIRITUALES
La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles
Autora: Elena G. de White (1827-1915)
Título original: *"Spiritual Gifts, The Great Controversy Between Christ and His Angels and Satan and His Angels"*
Publicado por primera vez en 1858.

Si desea obtener este libro en otros formatos o descargar los archivos de impresión, visite el sitio web:

www.elconflictofinal.com
www.lagrancontroversia.com

Arte del texto de tapa y portada interior: Daniel López
Editor: Emmanuel Vallejos
Primera Edición, febrero de 2025. Juana Diaz, **Puerto Rico.**

CONTENIDO

MARCO HISTÓRICO 5
INTRODUCCIÓN 9
LA CAÍDA DE SATANÁS 23
LA CAÍDA DEL HOMBRE 26
EL PLAN DE SALVACIÓN 29
EL PRIMER ADVENIMIENTO DE CRISTO 35
EL MINISTERIO DE CRISTO 42
LA TRANSFIGURACIÓN 47
LA ENTREGA DE CRISTO 51
EL ENJUICIAMIENTO DE CRISTO 56
LA CRUCIFIXIÓN DE CRISTO 64
LA RESURRECCIÓN DE CRISTO 72
LA ASCENSIÓN DE CRISTO 83
LOS DISCÍPULOS DE CRISTO 85
LA MUERTE DE ESTEBAN 92
LA CONVERSIÓN DE SAULO 95
LOS JUDÍOS DECIDEN MATAR A PABLO 98
PABLO VISITA A JERUSALÉN 103
LA GRAN APOSTASÍA 108
EL MISTERIO DE INIQUIDAD 113
LA MUERTE NO ES TORMENTO ETERNO 119
LA REFORMA 125
ALIANZA ENTRE LA IGLESIA Y EL MUNDO 130
GUILLERMO MILLER 134
EL MENSAJE DEL PRIMER ÁNGEL 139

EL MENSAJE DEL SEGUNDO ÁNGEL **146**
EL MOVIMIENTO ADVENTISTA ILUSTRADO **150**
OTRA ILUSTRACIÓN **157**
EL SANTUARIO **164**
EL MENSAJE DEL TERCER ÁNGEL **169**
UNA FIRME PLATAFORMA **175**
EL ESPIRITISMO **180**
LA CODICIA **186**
EL ZARANDEO **190**
LOS PECADOS DE BABILONIA **195**
EL FUERTE CLAMOR **200**
TERMINACIÓN DEL TERCER MENSAJE **203**
EL TIEMPO DE ANGUSTIA **208**
LIBERACIÓN DE LOS SANTOS **212**
LA RECOMPENSA DE LOS SANTOS **216**
LA TIERRA DESOLADA **218**
LA SEGUNDA RESURRECCIÓN **221**
LA SEGUNDA MUERTE **225**

MARCO HISTÓRICO

Los cuarenta y un cortos capítulos abarcados por *Spiritual Gifts* (Dones Espirituales), fueron preparados por la Sra. de White en su casa de Battle Creek, Míchigan, durante la primavera y el verano del año 1858, inmediatamente después que ella recibiera la importante visión referente al gran conflicto, el 14 de marzo. Durante febrero y la primera parte de marzo, el pastor White y su esposa habían estado asistiendo a reuniones en el estado vecino de Ohío. Su última parada en el viaje fué para hablar varias veces en la escuela pública de Lowett's Grove (Bowling Green), Ohío, donde la reunión final se había programado para la mañana del domingo 14 de marzo. Por la tarde, el pastor White dirigió un servicio fúnebre en la escuela donde se habían realizado sus reuniones. Después del discurso pronunciado por su esposo, la Sra. de White se levantó y comenzó a dirigir palabras de consuelo a los enlutados. Mientras estaba así hablando, fué arrebatada en una visión, y en el transcurso de dos horas, durante las cuales la congregación permaneció en el edificio, el Señor le hizo conocer por revelación divina muchos asuntos de importancia para su iglesia. Acerca de esto ella escribió:

"En la visión de Lowett's Grove, la mayor parte de lo que yo había visto diez años antes acerca del gran conflicto de los siglos entre Cristo y Satanás me fué repetida y se me ordenó que la escribiera." —*Life Sketches of Ellen G. White, pág. 162.*

Poco después de haber regresado a Battle Creek, la Sra. de White comenzó a escribir lo que le había sido revelado. En septiembre, se anunció que estaba listo para ser distribuido el librito *"Spiritual Gifts, The Great Controversy Between Christ and His Angels and Satan and His Angels"* (Dones espirituales, la gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles). En sus 219 páginas se presentaban los sucesos salientes de aquel conflicto casi en forma de resumen. Pero, para el conjunto de menos de tres mil adventistas observadores del sábado, resultaba un libro de buen tamaño. Un capítulo introductorio acerca del don de profecía había sido escrito por R. F. Cottrell, ministro de aquella época dotado de talento para escribir.

En tres capítulos de introducción, la Sra. de White presentaba brevemente la caída de Satanás, así como la del hombre y el plan de salvación. Pasaba luego por alto la vida de Cristo y la obra de los apóstoles. La última mitad del libro se dedicaba a lo ya experimentado por la iglesia cristiana, al movimiento adventista y a lo que habrán de soportar los fieles mientras el largo conflicto se desarrolle hasta su fase final. Se recalcaban en forma especial las verdades que resultan vitales para los que habrán de triunfar con la iglesia.

En años subsiguientes a la publicación de aquel librito, en muchas visiones que fueron dadas a la Sra. de White, se le hicieron recorrer repetidas veces los puntos críticos de la gran controversia. Acerca de esto, ella escribió en 1888:

"Mediante la iluminación del Espíritu Santo, las escenas de la lucha secular entre el bien y el mal fueron reveladas a quien escribe estas páginas. En una y otra ocasión se me permitió contemplar las peripecias de la gran lucha secular entre Cristo, Príncipe de la vida, Autor de nuestra salvación, y Satanás, príncipe del mal, autor del pecado y primer transgresor de la santa ley de Dios."—*El Conflicto de los Siglos, Introducción, pág. 13.*

A medida que las filas de la iglesia aumentaron y se pudieron publicar y distribuir libros más voluminosos, la Sra. de White siguió presentando lo que le había sido revelado con más detalles en aquellas visiones, hasta llenar cuatro libros de unas 400 páginas cada uno, que se conocieron como la serie del "Espíritu de Profecía." (1870-1884.) Esos cuatro tomos recorren con cierto detenimiento la historia del conflicto desde la caída de Lucifer hasta el segundo advenimiento de Cristo y la tierra nueva.

Poco después de haberse publicado el último tomo de aquella serie, la Sra. de White comenzó por tercera vez a presentar la historia del conflicto, y en esta ocasión lo hizo aún más detalladamente. Al mismo tiempo, adaptó esos libros tanto a los no adventistas como a los miembros de nuestra iglesia. Los cinco libros que resultaron: *Patriarcas y Profetas, Profetas y Reyes, El Deseado de Todas las Gentes, Los Hechos de los Apóstoles y El Conflicto de los Siglos (1888-1916)* son bien conocidos para la mayoría de los adventistas del séptimo día. Una vez publicada esta serie ampliada, los libros anteriormente dedicados al tema se

fueron agotando. Según lo anotado en el prefacio de *Spiritual Gifts* (Dones Espirituales), dicho libro se reimprimió en 1882 y llegó a ser parte de *Early Writings* (Primeros Escritos).

INTRODUCCIÓN

El don de profecía se manifestó en la iglesia durante la economía judaica. Si bien desapareció por algunos siglos, a causa de la condición corrupta de la iglesia hacia fines de dicha economía, volvió a aparecer para introducir al Mesías. Zacarías, padre de Juan Bautista, "fué lleno del Espíritu Santo, y profetizó." Simón, hombre justo y devoto que "esperaba la consolación de Israel," vino al templo impulsado por el Espíritu Santo y profetizó acerca de Jesús que sería "luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel"; y la profetisa Ana "hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén." No hubo profeta mayor que Juan Bautista, quien fué elegido por Dios para presentar a Israel al "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo."

La edad cristiana comenzó con el derramamiento del Espíritu Santo, y se manifestó entre los creyentes una gran variedad de dones espirituales. Estos abundaban tanto que Pablo pudo decir a la iglesia de Corinto: "A cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho," a cada miembro de la iglesia, no a cada habitante del mundo.

Desde la gran apostasía, estos dones se han manifestado raras veces; y a esto se debe probablemente que los que profesan el cristianismo suelen creer que se limitaron al tiempo de la iglesia primitiva. Pero ¿no se debió más bien la cesación de los dones a los errores y a la

incredulidad de la iglesia? Y cuando el pueblo de Dios vuelva a la fe y a la práctica primitivas, como sucederá con certidumbre gracias a la proclamación de los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, ¿no volverá a desarrollar los dones la influencia de la "lluvia tardía"? Basándonos en la analogía, podemos esperar que será así. No obstante las apostasías de la edad judaica, ésta se inició y se clausuró con manifestaciones especiales del Espíritu de Dios. Y no sería razonable suponer que la edad cristiana—cuya luz, en comparación con la de la edad anterior, viene a ser como la luz del sol comparada con los rayos débiles de la luna—haya de comenzar en gloria y clausurarse en la obscuridad. Por el hecho de que una obra especial del Espíritu era necesaria para preparar a un pueblo para el primer advenimiento de Cristo, con cuánto mayor motivo debía suceder lo mismo para el segundo; especialmente si se tiene en cuenta que los postreros días habían de ser tiempos de peligros sin precedentes, e iban a presentarse falsos profetas con poder para hacer grandes señales y prodigios, hasta el punto de seducir, si fuese posible, a los mismos escogidos. Pero recurramos a la Biblia.

"Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado. Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará

daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.". Marcos 16:15-18.

La traducción de Campbell dice: "Estas potestades milagrosas acompañarán a los creyentes." Los dones no se habían de limitar a los apóstoles, sino extenderse a los creyentes. ¿Quiénes los tendrán? Los que crean. ¿Cuánto tiempo? No hay límites; la promesa alcanza hasta el último creyente.

Pero se objeta que esta ayuda fué prometida únicamente a los apóstoles y a los que creían por la predicación de ellos; que ellos cumplieron el mandato, establecieron el Evangelio, y que los dones cesaron con aquella generación. Veamos si el gran mandato terminó con aquella generación. Mateo 28:19, 20. "Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo."

Que la predicación del Evangelio en cumplimiento de este mandato no terminó con la iglesia primitiva, es algo que se desprende de la promesa: "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." No dice: Estoy con vosotros, los apóstoles, por doquiera, hasta los confines de la tierra; sino: Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo, o edad. No resulta lícito decir que aquí se quiere hablar de la edad judaica, porque ésta ya había terminado en la cruz. Deduzco, pues, que la predicación y la creencia en el Evangelio primitivo irán siempre

acompañadas de la misma ayuda espiritual. El mandato dado a los apóstoles pertenecía a la edad cristiana, y abarcaba toda la extensión de ella. Por consiguiente, los dones se perdieron únicamente por causa de la apostasía, y volverán a vivir con el reavivamiento de la fe y práctica primitivas.

En (1 Corintios 12:28), se nos informa que Dios puso o fijó ciertos dones espirituales en la iglesia. En ausencia de toda prueba bíblica de que haya eliminado o abolido estos dones, debemos concluir que estaban destinados a permanecer. ¿Dónde está la prueba de que fueron abolidos? En el mismo capítulo donde el sábado judío es abolido y el sábado cristiano instituido —en un capítulo de los Hechos del Misterio de Iniquidad y del Hombre de Pecado. Pero el objetante asevera tener una prueba bíblica de que los dones iban a cesar, en el siguiente texto: "El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño. Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fuí conocido. Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor.". 1 Corintios 13:8-13.

Este pasaje predice la cesación de los dones espirituales, y también de la fe y la esperanza. Pero ¿cuándo iban a

cesar? Será cuando venga lo perfecto, cuando ya no veamos como a través de un cristal obscurecido, sino cara a cara. El día perfecto, cuando los justos son hechos perfectos y ven como son vistos, está todavía en el futuro. Es verdad que el hombre de pecado, cuando se hubo desarrollado, puso a un lado "lo que era de niño," como las profecías, el don de lenguas, el conocimiento, y también la fe, la esperanza y la caridad de los cristianos primitivos. Pero nada hay en nuestro pasaje para demostrar que Dios quiso quitar los dones que había puesto una vez en la iglesia, antes de la consumación de su fe y esperanza, antes que la gloria del estado inmortal eclipsase las manifestaciones más brillantes del poder espiritual y del conocimiento que se hayan visto en el estado mortal.

La objeción basada en (2 Timoteo 3:16), que algunos han presentado con toda gravedad, no merece más que una frase al pasar. Si Pablo, al decir que las Escrituras están destinadas a hacer al hombre de Dios perfecto, cabalmente preparado para toda buena obra, quiso decir que ya nada se escribiría por inspiración, ¿por qué estaba él añadiendo algo a aquellas Escrituras en ese mismo momento? O por lo menos ¿por qué no dejó caer la pluma tan pronto como hubo escrito aquella frase? ¿Y por qué escribió Juan el libro del Apocalipsis, unos treinta años más tarde? Este libro contiene otro pasaje que se cita para probar la abolición de los dones espirituales.

"Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas,

Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro.". Apocalipsis 22:18, 19.

Hay quienes, basados en este pasaje, sostienen que Dios, que en diferentes ocasiones y maneras habló en tiempos pasados a los padres mediante los profetas, y al comienzo de la economía evangélica, por Jesús y sus apóstoles, prometió solemnemente aquí que nunca más comunicaría algo al hombre de esta manera. En tal caso, todo lo que se haya profetizado después de escribir aquello debe ser falso. Esto, se dice, cierra el canon de la inspiración. En tal caso, ¿por qué escribió Juan su Evangelio después de regresar de Patmos a Efeso? Al hacerlo ¿añadió a las palabras de la profecía de aquel libro escrito en la isla de Patmos? Se desprende del pasaje que la advertencia contra la añadidura o la substracción no se refiere a la Biblia como la tenemos en el volumen completo, sino al libro del Apocalipsis por separado, como salió de la mano del apóstol. Sin embargo, nadie tiene derecho a añadir o a substraer de cualquier otro libro escrito por la inspiración de Dios. Al escribir el libro del Apocalipsis, ¿añadió Juan algo al libro de la profecía de Daniel? De ninguna manera. Ningún profeta tiene derecho a alterar la Palabra de Dios. Pero las visiones de Juan corroboran las de Daniel y arrojan mucha luz adicional sobre los temas allí introducidos. Concluyo, pues, que el Señor no se impuso la obligación de guardar

silencio, sino que sigue teniendo libertad de palabra. Sea siempre el lenguaje de mi corazón: Habla, Señor, mediante quien quieras; tu siervo oye.

De manera que la tentativa de probar por la Escritura que los dones espirituales fueron abolidos, resulta en un fracaso total. Y puesto que las puertas del infierno no han prevalecido contra la iglesia, sino que Dios sigue teniendo un pueblo en la tierra, podemos buscar el desarrollo de los dones en relación con el mensaje del tercer ángel, un mensaje que hará volver a la iglesia al terreno apostólico y la hará verdaderamente la luz—no las tinieblas—del mundo.

Además, se nos ha avisado de antemano que habría falsos profetas en los últimos días, y la Biblia nos presenta una manera de probar sus enseñanzas para distinguir entre lo verdadero y lo falso. La gran prueba es la ley de Dios, que se aplica tanto a las profecías como al carácter moral de los profetas. Si no iban a aparecer profecías verdaderas en los últimos días, ¿no habría sido más fácil declararlo, y así eliminar toda probabilidad de engaño, más bien que dar un método para probarlas, como si hubiese de haber profecías verdaderas así como les habría falsas?

En (Isaías 8:19, 20) se encuentra una profecía dirigida a los espíritus adivinadores, y la ley es presentada como la piedra de toque: "¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido." ¿Por qué decir "si no dijeren conforme," si es que no iba a haber ninguna manifestación espiritual verdadera o profecía

genuina? Jesús dice: "Guardaos de los falsos profetas... Por sus frutos los conoceréis.". Mateo 7:15, 16. Esta es una parte del Sermón del Monte, y todos pueden ver que este discurso tiene una aplicación general para la iglesia durante toda la edad evangélica. Los falsos profetas han de conocerse por sus frutos; en otras palabras, por su carácter moral. La única norma por la cual se puede determinar si los frutos son buenos o malos, es la ley de Dios. Así somos llevados a la ley y al testimonio. Los profetas verdaderos no sólo hablarán conforme a esta palabra, sino que vivirán de acuerdo con ella. Al que habla y vive así, no me atrevo a condenarlo.

Siempre ha sido característica de los falsos profetas que vieran visiones de paz, y luego dijeran: "Paz y seguridad," cuando ha estado por sobrecogerlos la destrucción repentina. Los verdaderos reprenderán siempre audazmente el pecado y darán advertencia con respecto a la ira venidera.

Las profecías que contradicen las sencillas y positivas declaraciones de la Palabra, deben ser rechazadas. Así enseñó nuestro Salvador a sus discípulos cuando les dió advertencias acerca de cómo volvería. Cuando Jesús ascendió al cielo a la vista de sus discípulos, fué declarado explícitamente por los ángeles que ese mismo Jesús vendría así como le habían visto ir al cielo. De ahí que Jesús, al predecir la obra de los falsos profetas de los últimos días, dice: "Así que, si os dijeren: Mirad, está en el desierto, no salgáis; o mirad, está en los aposentos, no lo creáis." Toda

profecía verdadera al respecto debe reconocer que vendrá del cielo en forma visible. ¿Por qué no dijo Jesús: En tal caso, rechazad toda profecía, porque no habrá ya verdaderos profetas?

"Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.". Efesios 4:11-13.

De un versículo anterior aprendemos que cuando Cristo ascendió al cielo, dió dones a los hombres. Entre esos dones se enumeran: apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y doctores o maestros. El objeto por el cual fueron dados era el perfeccionamiento de los santos en la unidad y el conocimiento. Algunos que profesan ser pastores y maestros actualmente sostienen que estos dones cumplieron plenamente su objeto hace unos mil ochocientos años, y que por consiguiente cesaron. ¿Por qué no ponen de lado entonces sus títulos de pastores y maestros? Si el cargo de profeta queda limitado por este texto a la iglesia primitiva, así también debe ser el de evangelista, y todos los demás cargos; pues no se hace distinción entre ellos.

Todos estos dones fueron dados para el perfeccionamiento de los santos en la unidad, el conocimiento y el espíritu. Bajo su influencia, la iglesia primitiva disfrutó por un tiempo de aquella unidad: "La multitud de los que

habían creído era de un corazón y un alma." Y parece que, como consecuencia natural de esta condición de unidad, "con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos.". Hechos 4:31-33. ¡Cuán deseable sería un estado de cosas tal actualmente! Pero la apostasía, con su influencia divisoria y agostadora, manchó la belleza de la hermosa iglesia y la vistió de saco. La división y el desorden fueron el resultado. Nunca hubo tan gran diversidad de fe en la cristiandad como hoy. Si los dones fueron necesarios para conservar la unidad de la iglesia primitiva, ¡con cuánto mayor motivo lo son para restaurar la unidad hoy! Y que es el propósito de Dios restaurar la unidad de la iglesia en los postreros días, queda abundantemente probado por las profecías. Se nos asegura que los centinelas estarán de acuerdo cuando el Señor haga volver a Sion. También que, en el tiempo del fin, los sabios entenderán. Cuando esto se cumpla, habrá unidad de fe entre todos aquellos a quienes Dios tiene por sabios; porque los que entiendan en realidad con corrección, deberán comprender las cosas de la misma manera.

De estas consideraciones y otras parecidas, se desprende que el estado perfecto de la iglesia aquí predicho está todavía en el futuro; por consiguiente estos dones no han realizado todavía su propósito. La carta a los efesios fué escrita en el año 64 de nuestra era, unos dos años antes que Pablo dijera a Timoteo que estaba listo para ser ofrecido, y que se acercaba el tiempo de su partida. Las

semillas de la apostasía estaban germinando entonces en la iglesia, pues Pablo había dicho diez años antes, en la segunda carta a los tesalonicenses: "Ya está en acción el misterio de iniquidad." Estaban por entrar lobos rapaces que no perdonarían el rebaño. La iglesia no estaba entonces en marcha hacia aquella perfección en la unidad que contempla el texto, sino que iba a ser desgarrada por las facciones y enajenada por las divisiones. El apóstol lo sabía; por consiguiente debía mirar más allá de la gran apostasía, hacia la época en que sería reunido el residuo del pueblo de Dios, cuando dijo: "Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe.". Efesios 4:13. De allí que los dones que fueron otorgados a la iglesia no habían acabado de servirla.

"No apaguéis al Espíritu. No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno.". 1 Tesalonicenses 5:19-21.

En esta epístola el apóstol introduce el tema de la segunda venida del Señor. Luego describe la condición del mundo incrédulo que está diciendo: "Paz y seguridad," cuando el día del Señor está por sobrecogerlo, y la destrucción repentina va a caer sobre él como ladrón en la noche. Exhorta luego a la iglesia para que, en vista de estas cosas, se mantenga despierta, vele y sea sobria. Entre las exhortaciones que siguen están las palabras que hemos citado: "No apaguéis al Espíritu," etc. Algunos pueden pensar que estos tres versículos están completamente desprendidos de cualquier otro en cuanto al sentido; pero tienen una relación natural en el orden en que se presentan. La

persona que apague el Espíritu se verá inducida a despreciar las profecías, que son fruto legítimo del Espíritu. "Derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas.". Joel 2:28. La expresión: "Examinadlo todo," se limita al tema del discurso: las profecías, y debemos probar los espíritus por los medios que Dios nos ha dado en su Palabra. Los engaños espirituales y las falsas profecías abundan actualmente; e indudablemente este pasaje tiene una aplicación especial hoy. Pero notemos que el apóstol no dice: Rechazadlo todo; sino: Probadlo todo; retened lo bueno.

"Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días. Y daré prodigios en el cielo, y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová. Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual él habrá llamado.". Joel 2:28-32.

Esta profecía de Joel, que habla del derramamiento del Espíritu Santo en los postreros días, no se cumplió del todo al comenzar la economía evangélica. Esto es evidente por la mención de los prodigios en el cielo y en la tierra, que se nota en el pasaje, y que debían ser los precursores

del "día grande y espantoso de Jehová." Aunque hemos tenido las señales, ese día terrible es todavía futuro. Puede llamarse postreros días a toda la economía evangélica, pero es absurdo decir que los postreros días abarcan los 1800 años pasados. Llegan hasta el día del Señor y nos llevan hasta la liberación del residuo del pueblo de Dios: "Porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual él habrá llamado."

Este residuo, existente en tiempo de las señales y los prodigios que anuncian el día grande y terrible de Jehová, es sin duda el residuo de la simiente de la mujer que se menciona en (Apocalipsis 12:17): la última generación de la iglesia en la tierra. "Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo."

El resto o residuo de la iglesia evangélica ha de tener los dones. Se le hace la guerra porque guarda los mandamientos de Dios y tiene el testimonio de Jesucristo. Apocalipsis 12:17. En (Apocalipsis 19:10) se define el testimonio de Jesús como el espíritu de profecía. Dijo el ángel: "Yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús." En (Apocalipsis 22:9), repite más o menos lo mismo como sigue: "Soy consiervo tuyo," y "de tus hermanos los profetas." Comparando un pasaje con otro notamos la fuerza de la expresión: "El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía." Pero el testimonio de Jesús

incluye todos los dones de aquel Espíritu. Dice Pablo: "Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús; porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia; así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo.". 1 Corintios 1:4-7. El testimonio de Cristo fué confirmado en la iglesia de Corinto; y ¿cuál fué el resultado? En cuanto a los dones nadie le llevaba la delantera. ¿No estamos, pues, justificados al concluir que cuando el remanente o residuo esté del todo confirmado en el testimonio de Jesús, nadie le llevará la delantera en cuanto a los dones, mientras aguarda la venida de nuestro Señor Jesucristo?

R. F. Cottrell.

CAPÍTULO 1

LA CAÍDA DE SATANÁS

Satanás fué una vez un ángel a quien se honraba en el cielo, el que seguía en orden a Cristo. Su semblante, como el de otros ángeles, era benigno y denotaba felicidad. Su frente, alta y espaciosa, indicaba poderosa inteligencia. Su figura era perfecta, y su porte noble y majestuoso. Pero cuando Dios dijo a su Hijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen," Satanás sintió celos de Jesús. Deseó que se le consultase acerca de la formación del hombre, y porque esto no se hizo, se llenó de envidia, celos y odio. Deseó recibir los más altos honores después de Dios, en el cielo.

Hasta entonces todo el cielo había estado en orden, armonía y perfecta sumisión al gobierno de Dios. Rebelarse contra su orden y voluntad era el mayor pecado. Todo el cielo parecía estar en conmoción. Los ángeles fueron reunidos en compañías, teniendo cada división a su cabeza un ángel superior que la comandaba. Satanás, deseoso de exaltarse, no queriendo someterse a la autoridad de Jesús, sembraba insinuaciones contra el gobierno de Dios. Algunos de los ángeles simpatizaban con Satanás en su rebelión, y otros contendían esforzadamente por el honor y la sabiduría de Dios al dar autoridad a su Hijo. Hubo contienda entre los ángeles. Satanás y los que simpatizaban con él luchaban por reformar el gobierno de Dios. Querían escudriñar su insondable sabiduría, y averiguar

cuál era su propósito al ensalzar a Jesús y dotarle de tan ilimitado poder y comando. Se rebelaron contra la autoridad del Hijo. Toda la hueste celestial fué convocada para que compareciese ante el Padre a fin de que se decidiese cada caso. Se determinó allí que Satanás fuese expulsado del cielo, con todos los ángeles que se le habían unido en la rebelión. Hubo entonces guerra en el cielo. Los ángeles se empeñaron en batalla; Satanás quiso vencer al Hijo de Dios y a aquellos que se sometían a su voluntad. Pero prevalecieron los ángeles buenos y fieles, y Satanás, con sus secuaces, fué expulsado del cielo.

Después que Satanás y los que cayeron con él fueron echados del cielo, y él se dió cuenta de que había perdido para siempre toda la pureza y gloria de aquel lugar, se arrepintió, y quiso ser reintegrado allí. Estaba dispuesto a ocupar su propio lugar, o cualquier puesto que se le asignase. Pero no; el cielo no debía ser puesto en peligro. Todo el cielo podría contaminarse si se le recibía de vuelta; pues el pecado había comenzado con él, y la semilla de la rebelión estaba en su fuero interno. Tanto él como sus secuaces lloraron, e imploraron que se los volviese a recibir en el favor de Dios. Pero su pecado—su odio, su envidia y sus celos—habían sido tan grandes que Dios no podía borrarlos. Ese pecado había de subsistir para recibir su castigo final.

Cuando Satanás se dió plena cuenta de que no había posibilidad de que regresase al favor de Dios, su malicia y

su odio comenzaron a manifestarse. Consultó a sus ángeles, y trazó un plan para seguir obrando contra el gobierno de Dios. Cuando Adán y Eva fueron puestos en el hermoso huerto, Satanás estaba haciendo planes para destruirlos. De ningún modo podía verse privada de su felicidad esa pareja dichosa si obedecía a Dios. Satanás no podía ejercer su poder contra ella a menos que primero desobedeciesen a Dios y perdiesen su derecho al favor divino. Había que idear algún plan para inducirlos a desobedecer a fin de que incurriesen en la desaprobación de Dios y fuesen puestos bajo la influencia más directa de Satanás y sus ángeles. Se decidió que Satanás asumiría otra forma y manifestaría interés en el hombre. Tenía que hacerle insinuaciones contra la veracidad de Dios y crear dudas acerca de si Dios quería decir precisamente lo que decía; luego, excitar la curiosidad de la pareja e inducirla a tratar de inmiscuirse en los planes insondables de Dios—es decir cometer el mismo pecado del cual Satanás se había hecho culpable—y razonar acerca de la causa de sus restricciones con respecto al árbol del conocimiento.

CAPÍTULO 2

LA CAÍDA DEL HOMBRE

Los santos ángeles visitaban a menudo el huerto, y daban instrucciones a Adán y Eva acerca de sus ocupaciones y también los instruyeron acerca de la rebelión y la caída de Satanás. Los ángeles los pusieron en guardia con respecto a Satanás y les aconsejaron que no se separasen el uno del otro en sus ocupaciones, porque podían encontrarse con el enemigo caído. Los ángeles les recomendaron también que siguiesen estrictamente las indicaciones que Dios les había dado, pues únicamente en la obediencia perfecta podían tener seguridad. Si obraban así, el enemigo caído no tendría poder contra ellos.

Satanás comenzó su obra con Eva, para inducirla a desobedecer. Ella erró, primero al apartarse de su esposo; luego, al demorarse cerca del árbol prohibido; y después, al escuchar la voz del tentador al punto de dudar de lo que Dios había dicho: "El día que de él comieres, ciertamente morirás." Pensó que tal vez el Señor no quería decir precisamente lo que había dicho, y se aventuró a extender la mano, tomó del fruto, y comió. Era agradable al ojo y al paladar. Entonces sintió celos de que Dios les hubiese privado de lo que era realmente bueno para ellos, y ofreció algo de esa fruta a su esposo, y así lo tentó. Relató a Adán todo lo que la serpiente había dicho y expresó su asombro de que aquélla tuviese facultad de hablar.

Vi una tristeza extenderse por el semblante de Adán. Parecía atemorizado y asombrado. Se notaba que sostenía una lucha en su ánimo. No le cabía duda de que se trataba del enemigo contra el cual se los había amonestado, y que su esposa debía morir. Iban a quedar separados. Su amor por Eva era fuerte; y dominado por un desaliento absoluto, resolvió compartir la suerte de ella. Recibió el fruto y lo comió rápidamente. Entonces Satanás se regocijó. Se había rebelado en el cielo, y había ganado simpatizantes que le amaban y le seguían en su rebelión. Había caído y hecho caer a otros consigo, y ahora había tentado a la mujer para que desconfiase de Dios, pusiese en duda su sabiduría, y procurase penetrar sus planes omniscientes. Satanás sabía que la mujer no caería sola. Adán, por su amor hacia Eva, desobedeció la orden de Dios, y cayó con ella.

Las nuevas de la caída del hombre se difundieron por el cielo. Toda arpa calló. Los ángeles, entristecidos, se sacaron las coronas de la cabeza. Todo el cielo estaba en agitación. Se celebró una consulta para decidir qué debía hacerse con la pareja culpable. Los ángeles temían que extendieran la mano y comieran del árbol de la vida, y llegasen a ser pecadores inmortales; pero Dios dijo que expulsaría del huerto a los transgresores. Fueron enviados inmediatamente ángeles para impedir el acceso al árbol de la vida. Satanás había estudiado y trazado su plan para que Adán y Eva desobedeciesen a Dios, fueran objeto de su desaprobación, y luego participasen del árbol de la vida, a fin de que pudiesen vivir para siempre en el pecado y la

desobediencia, y así el pecado se inmortalizaría. Pero fueron enviados santos ángeles para que los expulsasen del huerto, y les impidiesen acercarse al árbol de la vida. Cada uno de estos poderosos ángeles tenía en su mano derecha algo que tenía apariencia de una espada deslumbrante.

Entonces Satanás triunfó. Había hecho sufrir a otros por su caída. El había sido expulsado del cielo, y ellos, del paraíso.

CAPÍTULO 3

EL PLAN DE SALVACIÓN

El cielo se entristeció al comprender que el hombre estaba perdido y que el mundo creado por Dios iba a poblarse de mortales condenados a la miseria, la enfermedad y la muerte, sin remisión para el ofensor. Toda la familia de Adán debía morir. Vi al amable Jesús y contemplé una expresión de simpatía y tristeza en su semblante. Luego lo vi acercarse a la deslumbradora luz que envolvía al Padre. El ángel que me acompañaba dijo: "Está en íntimo coloquio con su Padre." La ansiedad de los ángeles parecía muy viva mientras Jesús estaba conversando con su Padre. Tres veces quedó envuelto por la esplendente luz que rodeaba al Padre. La tercera vez salió de junto al Padre, y fué posible ver su persona. Su semblante era tranquilo, exento de perplejidad y duda, y resplandecía de amor y benevolencia inefables. Dijo entonces a los ángeles que se había hallado un medio para salvar al hombre perdido; que había estado intercediendo con su Padre, y había ofrecido dar su vida como rescate y cargar él mismo con la sentencia de muerte, a fin de que por su intervención pudiesen los hombres encontrar perdón; para que por los méritos de la sangre y la obediencia de él a la ley de Dios, ellos obtuviesen el favor del Padre y volviesen al hermoso huerto para comer del fruto del árbol de vida.

Al principio los ángeles no pudieron alegrarse, porque su Caudillo no les había ocultado nada, sino que les había declarado explícitamente el plan de salvación. Jesús les dijo que se interpondría entre la ira de su Padre y el hombre culpable, que soportaría iniquidades y escarnios, y que muy pocos lo reconocerían como Hijo de Dios. Casi todos le odiarían y rechazarían. Dejaría toda la gloria que tuvo en el cielo, para aparecer en la tierra como hombre, humillándose como tal, y relacionándose, por una experiencia personal, con las diversas tentaciones que asediarían a los hombres, a fin de saber cómo auxiliar a los tentados; y que, por último, una vez cumplida su misión como maestro, sería entregado en manos de los hombres, para sufrir cuantas crueldades y tormentos pudiesen inspirar Satanás y sus ángeles a los malvados; que moriría de la más cruel de las muertes, colgado entre los cielos y la tierra como culpable pecador; que sufriría terribles horas de agonía, de la cual los mismos ángeles esconderían el rostro, pues no podrían tolerar el espectáculo. No sería sólo agonía del cuerpo la que sufriría, sino también una agonía mental con la que ningún sufrimiento corporal podría compararse. Sobre él recaerían los pecados del mundo entero. Les dijo que moriría, que resucitaría al tercer día y ascendería junto a su Padre para interceder por el hombre rebelde y culpable.

Los ángeles se prosternaron ante él. Ofrecieron sus vidas. Jesús les dijo que con su muerte salvaría a muchos, pero que la vida de un ángel no podría pagar la deuda.

Sólo su vida podía aceptar el Padre por rescate del hombre. También les dijo que ellos tendrían una parte que cumplir: estar con él, y fortalecerlo en varias ocasiones; que tomaría la naturaleza caída del hombre, y su fortaleza no equivaldría siquiera a la de ellos; que presenciarían su humillación y sus acerbos sufrimientos; y que cuando vieran sus padecimientos y el odio de los hombres hacia él se estremecerían con profundísimas emociones, y que por lo mucho que le amaban iban a querer rescatarlo y librarlo de sus verdugos; pero que de ningún modo deberían intervenir entonces para evitar nada de lo que presenciasen; que desempeñarían una parte en su resurrección; que el plan de salvación estaba ya trazado y que su Padre lo había aprobado.

Con santa tristeza consoló y alentó Jesús a los ángeles manifestándoles que más tarde estarían con él aquellos a quienes redimiese, pues con su muerte rescataría a muchos y destruiría al que tenía el poder de la muerte. Su Padre le daría el reino y la grandeza del dominio bajo todo el cielo y él lo poseería por siempre jamás. Satanás y los pecadores serían destruidos para que nunca perturbasen el cielo ni la nueva tierra purificada. Jesús ordenó a la hueste celestial que se reconciliase con el plan que su Padre había aprobado, y se alegrara de que el hombre caído pudiera, por virtud de su muerte, recobrar su elevada posición, obtener el favor de Dios y gozar del cielo.

Entonces se llenó el cielo de inefable júbilo. La hueste celestial entonó un cántico de alabanza y adoración.

Pulsaron las arpas y cantaron con una nota más alta que antes, por la gran misericordia y condescendencia de Dios al dar a su Queridísimo y Amado para que muriese por una raza de rebeldes. Tributaron alabanza y adoración por el abnegado sacrificio de Jesús, que consentía en dejar el seno de su Padre al escoger una vida de sufrimientos y angustias para morir ignominiosamente a fin de dar vida a otros.

Dijo el ángel: "¿Creéis que el Padre entregó sin lucha a su amado Hijo? No, no. Aun el Dios del cielo tuvo que luchar para decidir entre dejar que el hombre culpable pereciese o entregar a su amado Hijo para que muriese por la raza humana." Los ángeles estaban tan interesados en la salvación del hombre que no faltaban entre ellos quienes quisieran renunciar a su gloria y dar su vida por el hombre que había de perecer. "Pero—dijo mi ángel acompañante—eso no serviría de nada. La transgresión fué tan enorme que la vida de un ángel no pagaría la deuda. Únicamente la muerte y las intercesiones de su Hijo podían saldar esa deuda y salvar al hombre perdido de su desesperada tristeza y miseria."

Sin embargo, a los ángeles les fué asignada su obra, la de ascender a la gloria y descender de ella con el bálsamo fortalecedor para aliviar los sufrimientos del Hijo de Dios y servirle. También les tocaría defender y custodiar a los súbditos de la gracia contra los ángeles malos y librarlos de las tinieblas en que constantemente trataría Satanás de envolverlos. Yo vi que le era imposible a Dios alterar o

mudar su ley para salvar al hombre perdido y condenado a perecer; por lo tanto consintió en que su amado Hijo muriese por la transgresión del hombre.

Satanás se alegró de nuevo con sus ángeles de que por haber causado la caída del hombre lograba hacer descender al Hijo de Dios de su excelsa posición. Dijo a sus ángeles que cuando Jesús tomara la naturaleza del hombre caído, podría vencerlo e impedir el cumplimiento del plan de salvación.

Se me mostró a Satanás tal como había sido antes: un ángel excelso y feliz. Después se me lo mostró tal como es ahora. Todavía tiene una regia figura. Todavía son nobles sus facciones, porque es un ángel caído. Pero su semblante denota viva ansiedad, inquietud, desdicha, malicia, odio, falacia, engaño y todo linaje de mal. Me fijé especialmente en aquella frente que tan noble fuera. Comienza a inclinarse hacia atrás desde los ojos. Vi que se viene dedicando al mal desde hace tanto tiempo que en él las buenas cualidades están degradadas, y todo rasgo malo se ha desarrollado. Sus ojos, astutos y sagaces, denotaban profunda penetración. Su cuerpo era grande; pero las carnes le colgaban fláccidas en la cara y las manos. Cuando lo vi, tenía apoyada la barbilla en la mano izquierda. Parecía estar muy pensativo. Se le entreabrieron los labios en una sonrisa que me hizo temblar por lo cargada que estaba de malignidad y satánica astucia. Así se sonríe siempre que está por asegurarse una víctima, y cuando la sujeta en sus lazos, esa sonrisa se vuelve horrible.

CAPÍTULO 4

EL PRIMER ADVENIMIENTO DE CRISTO

Fuí trasladada al tiempo en que Jesús había de asumir la naturaleza del hombre, humillarse a sí mismo como hombre, y sufrir las tentaciones de Satanás.

Su nacimiento no revistió pompa humana. Nació en un establo y tuvo por cuna un pesebre; sin embargo, su nacimiento recibió muchísimo más honor que el de cualquiera de los hijos de los hombres. Angeles del cielo anunciaron a los pastores el advenimiento de Jesús, y la luz y la gloria de Dios acompañaron su testimonio. La hueste celestial tañó sus arpas y glorificó a Dios. Triunfalmente pregonó el advenimiento del Hijo de Dios a un mundo caído para cumplir la obra de redención, y por su muerte dar paz, felicidad y vida eterna al hombre. Dios honró el advenimiento de su Hijo. Los ángeles le adoraron.

Angeles de Dios se cernieron sobre la escena de su bautismo; el Espíritu Santo descendió en forma de paloma y se posó sobre él; y cuando la gente, grandemente asombrada, fijó en él sus ojos, se oyó la voz del Padre que, bajando del cielo, decía: "Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia." Juan no sabía con seguridad que era el Salvador quien había venido a que le bautizara en el Jordán.

Pero Dios le había prometido darle una señal por la cual pudiera reconocer al Cordero de Dios. Esta señal fué dada cuando la paloma celestial se posó sobre Jesús, y le rodeó la gloria de Dios. Juan extendió la mano señalando a Jesús, y en alta voz exclamó: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo."

Juan informó a sus discípulos que Jesús era el Mesías prometido, el Salvador del mundo. Mientras terminaba su obra, enseñó a sus discípulos a mirar a Jesús y seguirlo como el gran Maestro. La vida de Juan estuvo cargada de tristeza y abnegación. Anunció el primer advenimiento de Cristo, pero no se le permitió presenciar sus milagros ni gozar del poder que el Señor manifestó. Juan sabía que debía morir cuando Jesús asumiese las funciones de maestro. Rara vez se oyó su voz fuera del desierto. Hacía vida solitaria. No se aferró a la familia de su padre para gozar de su compañía, sino que se apartó de ella para cumplir su misión. Muchedumbres dejaban las atareadas ciudades y aldeas y se aglomeraban en el desierto para oir las palabras del asombroso profeta. Juan aplicaba la segur a la raíz del árbol. Reprobaba el pecado sin temer las consecuencias, y preparaba el camino para el Cordero de Dios.

Herodes fué afectado mientras escuchaba los testimonios poderosos y directos de Juan, y con profundo interés averiguó qué debía hacer para llegar a ser su discípulo. Juan sabía que estaba por casarse con la esposa de su hermano mientras que éste último vivía todavía, y dijo fielmente a Herodes que esto no era lícito. Herodes no estaba

dispuesto a hacer sacrificio alguno. Se casó con la esposa de su hermano y, por influencia de ella, apresó a Juan y lo puso en la cárcel, con la intención de soltarlo más tarde. Mientras estaba en la cárcel, Juan oyó a sus discípulos hablar de las grandes obras de Jesús. El no podía oir sus palabras misericordiosas; pero los discípulos le informaron y lo consolaron con lo que habían oído. Antes de mucho Juan fué decapitado por influencia de la mujer de Herodes. Vi que los discípulos más humildes que seguían a Jesús, que presenciaban sus milagros y oían las palabras de consuelo que caían de sus labios, eran mayores que Juan el Bautista; es decir, eran más exaltados y honrados, y tenían más placer en su vida.

Juan vino con el espíritu y el poder de Elías a proclamar el primer advenimiento de Jesús. Se me señalaron los últimos días y vi que Juan representaba a aquellos que iban a salir con el espíritu y el poder de Elías para pregonar el día de ira y el segundo advenimiento de Jesús.

Después de bautizado Jesús en el Jordán, lo condujo el Espíritu al desierto para que el demonio lo tentara. El Espíritu Santo lo había preparado para aquella escena singular de terrible tentación. Durante cuarenta días estuvo tentándole Satanás, y en todo ese tiempo no probó Jesús bocado alguno. Todo cuanto le rodeaba era desagradable para la naturaleza humana. Estaba con el demonio y las fieras en un paraje desolado y desierto. El ayuno y los sufrimientos habían vuelto pálido y macilento el rostro del

Hijo de Dios; pero su carrera estaba señalada, y debía llevar a cabo la obra que había venido a realizar.

Satanás se aprovechó de los sufrimientos del Hijo de Dios, y se dispuso a asediarlo con múltiples tentaciones, esperando vencerlo por haberse humillado como hombre. Llegó Satanás con su tentación, diciendo: "Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan." Le tentaba a que condescendiera a ejercer su divino poder en prueba de que era el Mesías. Jesús le respondió suavemente: "Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios."

Satanás procuraba disputar con Jesús acerca de si era el Hijo de Dios. Aludió a la débil y dolorida situación de Jesús, y afirmó jactanciosamente que él era más fuerte. Pero las palabras pronunciadas desde el cielo: "Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia," bastaron para sostener a Jesús en todos sus sufrimientos. Vi que Cristo no había de hacer nada para convencer a Satanás de su poder ni de si era el Salvador del mundo. Satanás tenía sobradas pruebas de la excelsa autoridad y posición del Hijo de Dios. Su obstinada decisión de no someterse a la autoridad de Cristo lo había expulsado del cielo.

Para manifestar su poder, Satanás llevó a Jesús a Jerusalén, lo puso sobre las almenas del templo y allí lo tentó para que, echándose abajo desde aquella vertiginosa altura, demostrara que era Hijo de Dios. Satanás llegóse con palabras de la inspiración divina, pues dijo: "Porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, que te

guarden; y, en las manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra." Pero Jesús le respondió: "Dicho está: No tentarás al Señor tu Dios." Quería Satanás que Jesús presumiese de la misericordia de su Padre, y arriesgara la vida antes de cumplir su misión. Esperaba que fracasase el plan de salvación, pero este plan estaba cimentado tan profundamente que Satanás no podía entorpecerlo ni desbaratarlo.

Cristo es el ejemplo para todos los cristianos. Cuando la tentación les asalte o se les disputen sus derechos, deben sobrellevarlo pacientemente. No se han de considerar con derecho a pedir al Señor que ostente su poder para darles la victoria sobre sus enemigos, a menos que por ello Dios haya de recibir honra y gloria. Si Jesús se hubiese arrojado al suelo desde las almenas del templo, no hubiera glorificado con ello a su Padre, porque nadie sino Satanás y los ángeles de Dios habrían presenciado aquel acto. Y hubiera sido tentar a Dios para que desplegase su poder ante su más acerbo enemigo. Hubiera sido mostrarse condescendiente con aquel a quien Jesús había venido a vencer.

"Y le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. Y le dijo el diablo: A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy. Si tú postrado me adorares, todos serán tuyos. Respondiendo Jesús, le dijo: Vete de mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás."

Satanás le presentó a Jesús los reinos del mundo en la más halagüeña condición. Si Jesús consentía en adorarlo, él por su parte ofrecía renunciar a sus pretensiones al dominio de la tierra. Sabía Satanás que si el plan de salvación se llevaba a cabo y Jesús moría para redimir al género humano, su propio poder quedaría limitado y finalmente anulado, y él mismo sería destruido. Por lo tanto, su estudiado intento era impedir, si fuera posible, la realización de la magna obra comenzada por el Hijo de Dios. Si el plan de la redención del hombre fracasaba, Satanás poseería el reino que entonces pretendía; y se lisonjeaba de que, en caso de obtener éxito, reinaría en la tierra en oposición al Dios del cielo.

Regocijóse Satanás cuando Jesús, prescindiendo de su poder y gloria, dejó el cielo, pues se figuraba que con ello el Hijo de Dios había caído bajo su dominio. Su tentación había vencido con tanta facilidad a la inocente pareja del Edén que esperaba vencer también con su influencia y astucia satánica al Hijo de Dios, y salvar así su vida y su reino. Con sólo inducir a Jesús a desviarse de la voluntad de su Padre, habría logrado su objeto. Pero Jesús se opuso al tentador con la repulsa: "Vete de mí, Satanás." Sólo había Jesús de inclinarse ante su Padre. Daba Satanás por suyo el señorío de la tierra, e insinuó a Jesús que podía ahorrarse todo sufrimiento, y que no necesitaba morir para obtener los reinos de este mundo, pues con tal que le adorase se haría dueño de todas las posesiones terrenas y tendría la gloria de reinar sobre ellas. Pero Jesús se

mantuvo firme. Sabía que iba a llegar el tiempo en que con su vida redimiría de Satanás el reino de la tierra y que, pasado algún tiempo, todo le quedaría sometido en el cielo y en la tierra. Escogió Jesús una vida de sufrimiento y una espantosa muerte como camino dispuesto por su Padre para llegar a ser legítimo heredero de los reinos de la tierra y recibirlos en sus manos como eterna posesión. También Satanás será entregado en sus manos para que la muerte lo destruya y no vuelva jamás a molestar a Jesús ni a los ángeles en la gloria.

CAPÍTULO 5

EL MINISTERIO DE CRISTO

Habiendo Satanás acabado sus tentaciones, se apartó de Jesús por una temporada. Los ángeles sirvieron a Jesús de comer en el desierto, lo fortalecieron, y la bendición de su Padre reposó sobre él. Satanás había fracasado en sus más feroces tentaciones; y sin embargo, miraba esperanzado el período del ministerio de Jesús, cuando habría de esgrimir en diversas ocasiones sus astucias contra él. Todavía esperaba prevalecer contra Jesús incitando a quienes no quisieran reconocerlo ni recibirlo a que le odiasen y lo matasen. Satanás tuvo una consulta especial con sus ángeles, quienes estaban frustrados y furiosos por no haber logrado aún ventaja alguna contra el Hijo de Dios. Resolvieron extremar su astucia y valerse de todo su poder para infundir incredulidad en las mentes del pueblo judío para que no reconociese a Jesús como Salvador del mundo, y a fin de lograr así que Jesús se desalentase en su misión. Por muy escrupulosos que fuesen los judíos en sus ceremonias y sacrificios, podía inducírselos a despreciar y rechazar a Jesús con tal que se los mantuviese enceguecidos acerca de las profecías, dándoles a entender que el Mesías había de venir como poderoso rey terrenal.

Se me mostró que durante el ministerio de Cristo, Satanás y sus ángeles estuvieron muy atareados para infundir incredulidad, odio y menosprecio a los hombres. A menudo, cuando Jesús declaraba alguna punzante verdad que reprendía sus pecados, la gente se enfurecía, y Satanás y sus ángeles la incitaban a quitar la vida al Hijo de Dios. Más de una vez recogieron piedras para arrojárselas; pero los ángeles lo guardaron y lo libraron de las iras de la multitud llevándolo a un lugar seguro. En una ocasión en que la sencilla verdad fluía de labios de Jesús, la multitud se apoderó de él y lo llevó a la cumbre de una colina con intento de despeñarlo. Se promovió entre los judíos una disputa acerca de lo que habrían de hacer con él, y entonces los ángeles lo ocultaron de la vista de la gente, de modo que pasó por entre ella sin ser visto, y continuó su camino.

Aun esperaba Satanás que fracasaría el grandioso plan de salvación. Se valía de todo su poder para endurecer el corazón de la gente y exacerbar sus sentimientos contra Jesús. Esperaba también Satanás que fuesen tan pocos los que reconocieran en Jesús al Hijo de Dios, que él consideraría sus sufrimientos y sacrificios demasiado grandes para tan pequeña grey. Pero vi que aunque sólo hubiera habido dos personas que aceptaran a Jesús como Hijo de Dios, y creyeran en él para la salvación de sus almas, ese plan se hubiera llevado a cabo.

Jesús comenzó su obra quebrantando el poder que Satanás tenía sobre los dolientes. Devolvía la salud a los enfermos, la vista a los ciegos y el movimiento a los lisiados,

de suerte que saltaban de gozo y glorificaban a Dios. Sanaba Jesús a los que durante muchos años habían estado enfermos y sujetos al cruel poder de Satanás. Con palabras de gracia fortalecía a los débiles, a los que temblaban y estaban desalentados. Arrancando a los tales de las garras de Satanás, que los sujetaba triunfante, Jesús les daba salud corporal y gran contento y dicha. Resucitaba muertos, que al volver a la vida glorificaban a Dios por la grandiosa manifestación de su poder. Obraba poderosamente en beneficio de cuantos creían en él.

La vida de Cristo estuvo henchida de palabras y obras de benevolencia, simpatía y amor. Siempre estaba dispuesto a escuchar las quejas y aliviar los sufrimientos de quienes se llegaban a él. Con la salud recobrada, multitudes de personas llevaban en su propio cuerpo la prueba del poder divino de Jesús. Sin embargo, después de realizado el prodigio, muchos se avergonzaban del humilde y no obstante poderoso Maestro. El pueblo no estaba dispuesto a aceptar a Jesús, porque los gobernantes no creían en él. Era Jesús varón de dolores, experimentado en quebranto. Los caudillos judíos no podían dejar que los rigiese la vida austera y abnegada de Jesús. Deseaban disfrutar de los honores que el mundo otorga. A pesar de todo, muchos seguían al Hijo de Dios y escuchaban sus enseñanzas, alimentándose con las palabras que tan misericordiosamente fluían de sus labios. Tenían profundo significado, y, sin embargo, eran tan sencillas que los más débiles podían entenderlas.

Satanás y sus ángeles cegaron los ojos y ofuscaron la inteligencia de los judíos, excitando a los principales y a los gobernantes del pueblo para que le quitaran la vida al Salvador. Enviaron ministriles con orden de prenderlo; pero ellos, al verse en presencia de él, quedaron admirados de la simpatía y la compasión que lo embargaban frente al dolor humano. Lo oyeron animar con tiernas y amorosas palabras al débil y al afligido; y también lo oyeron impugnar con autorizada voz el poderío de Satanás y ordenar la emancipación de sus cautivos. Escucharon los ministriles las palabras de sabiduría que derramaban sus labios y, cautivados por ellas, no se atrevieron a echar mano de él. Volviéronse a los sacerdotes y ancianos sin llevar preso a Jesús. Cuando les preguntaron: "¿Por qué no le habéis traído?" refirieron los milagros que le habían visto efectuar y las santas palabras de amor, sabiduría y conocimiento que habían oído, y concluyeron diciendo: "Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre." Los príncipes de los sacerdotes acusaron a los ministriles de haber sido también engañados, y algunos de ellos sintieron vergüenza de no haber prendido a Jesús. Los sacerdotes preguntaron desdeñosamente si alguno de los príncipes había creído en él. Vi que muchos magistrados y ancianos creían en Jesús: pero Satanás les impedía confesarlo, pues temían el oprobio del pueblo más que a Dios.

Hasta entonces, la astucia y el odio de Satanás no habían desbaratado el plan de salvación. Se acercaba el tiempo en que iba a cumplirse el objeto por el cual había

venido Jesús al mundo. Satanás y sus ángeles se reunieron en consulta y resolvieron incitar a la propia nación de Cristo a que clamase anhelosamente por la sangre de él y acumulase escarnio y crueldad sobre él, con la esperanza de que, resentido Jesús de semejante trato, no conservase su humildad y mansedumbre.

Mientras Satanás maquinaba sus planes, Jesús declaraba solícitamente a sus discípulos los sufrimientos por los cuales había de pasar: que sería crucificado y que resucitaría al tercer día. Pero el entendimiento de los discípulos parecía embotado, y no podían comprender lo que Jesús les decía.

CAPÍTULO 6

LA TRANSFIGURACIÓN

La fe de los discípulos fué grandemente fortalecida en ocasión de la transfiguración, cuando se les permitió contemplar la gloria de Cristo y oir la voz del cielo atestiguando su carácter divino. Dios decidió dar a los seguidores de Jesús una prueba categórica de que era el Mesías prometido, para que en su acerbo pesar y chasco por su crucifixión, no perdiesen completamente su confianza. En ocasión de la transfiguración el Señor envió a Moisés y a Elías para que hablasen con Jesús acerca de su sufrimiento y su muerte. En vez de elegir ángeles para que conversasen con su Hijo, Dios escogió a quienes habían experimentado ellos mismos las pruebas de la tierra.

Elías había andado con Dios. Su obra había sido dolorosa y dura, porque por su intermedio el Señor había reprendido los pecados de Israel. Elías era profeta de Dios, y sin embargo se vió obligado a huir de lugar en lugar para salvar la vida. Su propia nación lo buscaba como una fiera para destruirlo. Pero Dios trasladó a Elías. Los ángeles lo llevaron en gloria y triunfo al cielo.

Moisés fué mayor que cuantos vivieran antes que él. Dios lo honró en extremo, concediéndole el privilegio de hablar con él cara a cara, como un hombre habla con un amigo. Le fué permitido ver la brillante luz y la excelsa gloria que envuelve al Padre. Por medio de Moisés libró el

Señor a los hijos de Israel de la esclavitud de Egipto. Fué Moisés un mediador entre Dios y su pueblo, y a menudo se interpuso entre ellos y la ira del Señor. Cuando Dios se irritó en extremo contra Israel por su incredulidad, sus murmuraciones y sus horrendos pecados, fué probado el amor de Moisés por los israelitas. Dios se propuso destruir al pueblo de Israel y hacer de la posteridad de Moisés una nación poderosa; pero el profeta demostró su amor por Israel intercediendo fervorosamente por ese pueblo. En su angustia suplicó a Dios que borrase su nombre de su libro o que aplacara su ira y perdonase a Israel.

Cuando los israelitas murmuraron contra Dios y contra Moisés porque no tenían agua, lo acusaron de haberlos llevado a morir al desierto a ellos y a sus hijos. Dios oyó sus murmuraciones y mandó a Moisés que hablase a la peña para que el pueblo tuviera agua. Moisés golpeó la peña con ira y se atribuyó la gloria del éxito. Las continuas veleidades y murmuraciones de los hijos de Israel habían ocasionado a Moisés agudísimo pesar, y por un momento olvidó lo mucho que el Señor los había soportado, y que sus murmuraciones no iban contra él sino contra Dios. Pensó Moisés sólo en sí mismo en aquella ocasión, al considerar cuán profundamente lo ofendían los israelitas y la escasa gratitud que le mostraban a cambio del intenso amor que por ellos sentía.

Era el designio de Dios colocar frecuentemente a su pueblo en condiciones adversas, para librarlo de ellas por su poder, a fin de que reconociese su amor y solicitud por

ellos, y así fuesen inducidos a servirle y honrarle. Pero en aquella ocasión Moisés no honró a Dios ni engrandeció su nombre ante el pueblo, para que éste glorificase al Señor, y por ello incurrió en el desagrado del Señor.

Cuando Moisés bajó del monte con las dos tablas de piedra y vió a Israel adorando al becerro de oro, se airó grandemente y, arrojando al suelo las tablas, hízolas pedazos. Vi que Moisés no pecó en esto; se airó por Dios, celoso por su gloria. Pero pecó cuando, cediendo a los impulsos naturales de su corazón, se arrogó la honra debida a Dios, y por este pecado no le dejó Dios entrar en la tierra de Canaán.

Satanás había procurado acusar a Moisés ante los ángeles. Se alegró del éxito que había obtenido al inducirlo a desagradar a Dios, y dijo a los ángeles que vencería al Salvador del mundo cuando viniese a redimir al hombre. Debido a su transgresión, Moisés cayó bajo el poder de Satanás, el dominio de la muerte. Si hubiese permanecido firme, el Señor le habría dejado entrar en la tierra prometida, y le habría trasladado luego al cielo sin que viese la muerte.

Moisés pasó por la muerte, pero Miguel bajó y le dió vida antes que su cuerpo viese la corrupción. Satanás trató de retener ese cuerpo, reclamándolo como suyo; pero Miguel resucitó a Moisés y lo llevó al cielo. Satanás protestó acerbamente contra Dios, llamándolo injusto por permitir que se le arrancase su presa; pero Cristo no reprendió a su adversario, aunque era por la tentación de éste como el

siervo de Dios había caído. Le remitió a su Padre diciendo: "Jehová te reprenda."

Jesús había dicho a sus discípulos que algunos de los que con él estaban no gustarían la muerte antes de ver llegar el reino de Dios con poder. En ocasión de la transfiguración, esta promesa se cumplió. El semblante de Jesús mudóse allí de modo que brillaba como el sol. Sus vestiduras eran blancas y relucientes. Moisés representaba a los que resucitarán de entre los muertos al producirse el segundo advenimiento de Jesús. Y Elías, que fué trasladado sin conocer la muerte, representaba a los que, cuando vuelva Cristo, serán transformados en inmortales y trasladados al cielo sin ver la muerte. Los discípulos contemplaban con temeroso asombro la excelsa majestad de Jesús y la nube que los cobijaba, y oían la voz de Dios diciendo con terrible majestad: "Este es mi Hijo amado, . . . a él oíd."

CAPÍTULO 7

LA ENTREGA DE CRISTO

Fuí transportada al tiempo cuando Jesús comió la cena de pascua con sus discípulos. Satanás había engañado a Judas y le había inducido a considerarse como uno de los verdaderos discípulos de Cristo; pero su corazón había sido siempre carnal. Había visto las potentes obras de Jesús, había estado con él durante todo su ministerio, y se había rendido a la suprema evidencia de que era el Mesías; pero Judas era mezquino y codicioso. Amaba el dinero. Lamentóse con ira de lo mucho que había costado el ungüento que María derramó sobre Jesús. María amaba a su Señor. El le había perdonado sus pecados, que eran muchos, y había resucitado de entre los muertos a su muy querido hermano, por lo que nada le parecía demasiado caro en obsequio de Jesús. Cuanto más precioso fuese el ungüento, mejor podría ella manifestar su agradecimiento a su Salvador, dedicándoselo. Para excusar su codicia, dijo Judas que bien podía haberse vendido aquel ungüento y repartido el dinero entre los pobres. Pero no lo movía a decir esto su solicitud por los pobres, porque era muy egoísta, y solía apropiarse en provecho propio de lo que a su cuidado se confiaba para darlo a los pobres. Judas no se había preocupado de la comodidad ni aun de las necesidades de Jesús, y disculpaba su codicia refiriéndose a menudo a los pobres. Aquel acto de generosidad de parte de

María fué un acerbo reproche contra la disposición avarienta de Judas. Estaba preparado el camino para que la tentación de Satanás hallara fácil acceso al corazón de Judas.

Los sacerdotes y caudillos de los judíos odiaban a Jesús; pero las multitudes se agolpaban a escuchar sus palabras de sabiduría y a presenciar sus portentosas obras. El pueblo estaba conmovido por un profundo interés, y ansiosamente seguía a Jesús para escuchar las enseñanzas de tan admirable maestro. Muchos de los gobernantes judíos creían en él, aunque no se atrevían a confesar su fe por no verse expulsados de la sinagoga. Los sacerdotes y ancianos acordaron que debía hacerse algo para apartar de Jesús la atención de las gentes, pues temían que todos llegasen a creer en él, y no veían seguridad para ellos mismos. Habían de perder sus cargos o condenar a muerte a Jesús; pero después que le diesen muerte, quedarían los que eran vivos monumentos de su poder. Jesús había resucitado a Lázaro de entre los muertos, y los fariseos temían que si mataban a Jesús, Lázaro atestiguaría su grandioso poder. La gente acudía en tropel a ver al resucitado de entre los muertos, por lo que los caudillos determinaron matar también a Lázaro y suprimir así la excitación popular. Después recobrarían su influencia sobre el pueblo, y lo convertirían de nuevo a las tradiciones y doctrinas humanas, para que siguiera diezmando la menta y la ruda. Convinieron en prender a Jesús cuando estuviera solo, porque si

intentaban apoderarse de él en medio de la multitud interesada en escucharle, serían apedreados.

Sabía Judas cuán ansiosos estaban los príncipes de los sacerdotes de apoderarse de Jesús, y ofrecióles entregárselo por unas cuantas monedas de plata. Su amor al dinero lo indujo a entregar a su Señor en manos de sus más acérrimos enemigos. Satanás obraba directamente por medio de Judas, y durante las conmovedoras escenas de la última cena, el traidor ideaba planes para entregar a su Maestro. Contristado dijo Jesús a sus discípulos que todos serían escandalizados en él aquella noche. Pero Pedro afirmó ardorosamente que aunque todos fuesen escandalizados, él no lo sería. Jesús dijo a Pedro: "He aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos.". Lucas 22:31, 32.

Contemplé a Jesús en el huerto con sus discípulos. Con profunda tristeza les mandó orar para que no cayesen en tentación. Sabía él que su fe iba a ser probada, y frustrada su esperanza, por lo que necesitarían toda la fortaleza que pudieran obtener por estrecha vigilancia y ferviente oración. Con copioso llanto y gemidos, oraba Jesús diciendo: "Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya." El Hijo de Dios oraba en agonía. Gruesas gotas de sangre se formaban en su rostro y caían al suelo. Los ángeles se cernían sobre aquel paraje, presenciando la escena; pero sólo uno fué comisionado para ir a confortar al Hijo de Dios en su agonía. No había

gozo en el cielo; los ángeles se despojaron de sus coronas y las arrojaron con sus arpas y contemplaban a Jesús con profundísimo interés y en silencio. Deseaban rodear al Hijo de Dios; pero los ángeles en comando no se lo permitieron, por temor a que si presenciaban la entrega, lo libertaran; porque el plan estaba trazado, y debía cumplirse.

Después de orar, acercóse Jesús a sus discípulos y los encontró durmiendo. En aquella hora terrible no contaba con la simpatía y las oraciones ni aun de sus discípulos. Pedro, que tan celoso se había mostrado poco antes, estaba embargado por el sueño. Jesús le recordó sus declaraciones positivas y le dijo: "¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?" Tres veces oró el Hijo de Dios en agonía. Después, apareció Judas con su banda de hombres armados. Se acercó a su Maestro para saludarle como de costumbre. La banda rodeó a Jesús, quien entonces manifestó su divino poder al decir: "¿A quién buscáis?" "Yo soy." Entonces ellos cayeron hacia atrás. Hizo Jesús aquella pregunta para que presenciasen su poder y supiesen que podría librarse de sus manos con sólo quererlo.

Los discípulos abrieron su pecho a la esperanza al ver cuán fácilmente había caído a tierra el tropel de gente armada de palos y espadas. Al levantarse ellos del suelo y rodear de nuevo al Hijo de Dios, Pedro desenvainó su espada e hirió a un criado del sumo pontífice, cortándole una oreja. Jesús mandó a Pedro que envainara la espada, diciéndole: "¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de

ángeles?" Vi que cuando esas palabras fueron pronunciadas se reflejó la esperanza en los rostros de los ángeles. Deseaban rodear inmediatamente a su Caudillo, y dispersar a la enfurecida turba. Pero de nuevo se entristecieron cuando Jesús añadió: "¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?" Los discípulos también se desconsolaron al ver que Jesús se dejaba prender y llevar por sus enemigos.

Temerosos de perder la vida, todos los discípulos lo abandonaron y huyeron. Jesús quedó solo en manos de la turba asesina. ¡Oh! ¡Cómo triunfó entonces Satanás! ¡Cuánto pesar y tristeza hubo entre los ángeles de Dios! Muchas cohortes de santos ángeles, cada cual con su caudillo al frente, fueron enviadas a presenciar la escena con objeto de anotar cuantos insultos y crueldades se infligiesen al Hijo de Dios, así como cada tormento angustioso que debía sufrir Jesús, pues todos los hombres que actuaban en aquella tremenda escena habrán de volverla a ver en vivos caracteres.

CAPÍTULO 8

EL ENJUICIAMIENTO DE CRISTO

Al salir del cielo los ángeles se despojaron tristemente de sus resplandecientes coronas. No podían ceñírselas mientras su Caudillo estuviese sufriendo y hubiese de llevar una de espinas. Satanás y sus ángeles andaban muy atareados por el patio del tribunal, para sofocar todo sentimiento humanitario y de simpatía respecto de Jesús. El ambiente era pesado, y estaba contaminado por la influencia satánica. Los sacerdotes y ancianos eran incitados por los ángeles malignos a insultar y maltratar a Jesús de un modo dificilísimo de soportar por la naturaleza humana. Esperaba Satanás que semejantes escarnios y violencia arrancarían del Hijo de Dios alguna queja o murmuración, o que manifestaría su divino poder desasiéndose de las garras de la multitud, con lo que fracasaría el plan de salvación.

Pedro siguió a su Señor después de la entrega, pues anhelaba ver lo que iban a hacer con Jesús; pero cuando lo acusaron de ser uno de sus discípulos, temió por su vida y declaró que no conocía al hombre. Se distinguían los discípulos de Jesús por la honestidad de su lenguaje, y para convencer a sus acusadores de que no era discípulo de Cristo, Pedro negó la tercera vez lanzando imprecaciones

y juramentos. Jesús, que estaba a alguna distancia de Pedro, le dirigió una mirada triste de reconvención. Entonces el discípulo se acordó de las palabras que le había dirigido Jesús en el cenáculo, y también recordó que él había contestado diciendo: "Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré." Pedro acababa de negar a su Señor con imprecaciones y juramentos, pero aquella mirada de Jesús conmovió su corazón y lo salvó. Con amargas lágrimas se arrepintió de su grave pecado, se convirtió y estuvo entonces preparado para confirmar a sus hermanos.

La multitud clamaba por la sangre de Jesús. Lo azotaron cruelmente, le vistieron un viejo manto de púrpura y ciñeron su sagrada cabeza con una corona de espinas. Después le pusieron una caña en las manos, e inclinándose por burla ante él, le saludaban sarcásticamente diciendo: "¡Salve, Rey de los judíos!" Luego le quitaban la caña de las manos y le golpeaban con ella la cabeza, de modo que las espinas de la corona le penetraban las sienes, ensangrentándole el rostro y la barba.

Era difícil para los ángeles soportar la vista de aquel espectáculo. Hubieran libertado a Jesús, pero sus caudillos se lo prohibían diciendo que era grande el rescate que se había de pagar por el hombre; pero que sería completo y causaría la muerte aun del que tenía el imperio de la muerte. Jesús sabía que los ángeles presenciaban la escena de su humillación. El más débil de entre ellos hubiera bastado para derribar aquella turba de mofadores y libertar a Jesús, quien sabía también que, con sólo pedírselo a su

Padre, los ángeles le hubieran librado instantáneamente. Pero era necesario que sufriese la violencia de los malvados para cumplir el plan de salvación.

Jesús se mantenía manso y humilde ante la enfurecida multitud que tan vilmente lo maltrataba. Le escupían en el rostro, aquel rostro del que algún día querrán ocultarse, y que ha de iluminar la ciudad de Dios con mayor refulgencia que el sol. Cristo no echó sobre sus verdugos ni una mirada de cólera. Cubriéndole la cabeza con una vestidura vieja, le vendaron los ojos y, abofeteándole, exclamaban: "Profetiza, ¿quién es el que te golpeó?" Los ángeles se conmovieron; hubieran libertado a Jesús en un momento, pero sus dirigentes los retuvieron.

Algunos discípulos habían logrado entrar donde Jesús estaba, y presenciar su pasión. Esperaban que manifestase su divino poder librándose de manos de sus enemigos y castigándolos por la crueldad con que le trataban. Sus esperanzas se despertaban y se desvanecían alternativamente según iban sucediéndose las escenas. A veces dudaban y temían haber sido víctimas de un engaño. Pero la voz oída en el monte de la transfiguración y la gloria que allí habían contemplado fortalecían su creencia de que Jesús era el Hijo de Dios. Recordaban las escenas que habían presenciado, los milagros hechos por Jesús al sanar a los enfermos, dar vista a los ciegos y oído a los sordos, al reprender y expulsar a los demonios, resucitar muertos y calmar los vientos y las olas. No podían creer que hubiese de morir. Esperaban que aún se levantaría con poder e

imperiosa voz para dispersar la multitud sedienta de sangre, como cuando entró en el templo y arrojó de allí a los que convertían la casa de Dios en lonja de mercaderes, y huyeron ante él como perseguidos por una compañía de soldados armados. Esperaban los discípulos que Jesús manifestara su poder y convenciese a todos de que era el Rey de Israel.

Judas se vió invadido de amargo remordimiento y vergüenza por su acto de traición al entregar a Jesús. Y al presenciar las crueldades que padecía el Salvador, quedó completamente abrumado. Había amado a Jesús; pero había amado aún más el dinero. No había pensado que Jesús pudiera consentir en que lo prendiese la turba que él condujera. Había contado con que haría un milagro para librarse de ella. Pero al ver, en el patio del tribunal, a la enfurecida multitud, sedienta de sangre, sintió todo el peso de su culpa; y mientras muchos acusaban vehementemente a Jesús, precipitóse él por en medio de la turba confesando que había pecado al entregar la sangre inocente. Ofreció a los sacerdotes el dinero que le habían pagado, y les rogó que dejaran libre a Jesús, pues era del todo inocente.

La confusión y el enojo que estas palabras produjeron en los sacerdotes, los redujeron al silencio por breves momentos. No querían que el pueblo supiera que habían sobornado a uno de los que se decían discípulos de Jesús para que se lo entregara. Deseaban ocultar que le habían buscado como si fuese un ladrón y prendido secretamente.

Pero la confesión de Judas y su hosco y culpable aspecto, desenmascararon a los sacerdotes ante los ojos de la multitud y demostraron que por odio habían prendido a Jesús. Cuando Judas declaró en voz alta que Jesús era inocente, los sacerdotes respondieron: "¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú!" Tenían a Jesús en su poder y estaban resueltos a no dejarlo escapar. Abrumado Judas por la angustia, arrojó a los pies de quienes lo habían comprado las monedas que ahora despreciaba y, horrorizado, salió y se ahorcó.

Había entre la multitud que le rodeaba muchos que simpatizaban con Jesús, y el silencio que observaba frente a las preguntas que le hacían, maravillaba a los circunstantes. A pesar de las mofas y violencias de las turbas no denotó Jesús en su rostro el más leve ceño ni siquiera una señal de turbación. Se mantuvo digno y circunspecto. Los espectadores lo contemplaban con asombro, comparando su perfecta figura y su firme y digno continente con el aspecto de quienes lo juzgaban. Unos a otros se decían que tenía más aire de rey que ninguno de los príncipes. No le notaban indicio alguno de criminal. Sus ojos eran benignos, claros, indómitos; y su frente, amplia y alta. Todos los rasgos de su fisonomía expresaban enérgicamente benevolencia y nobles principios. Su paciencia y resignación eran tan sobrehumanas, que muchos temblaban. Aun Herodes y Pilato se conturbaron grandemente ante su noble y divina apostura.

Desde un principio se convenció Pilato de que Jesús no era un hombre como los demás. Lo consideraba un personaje de excelente carácter y de todo punto inocente de las acusaciones que se le imputaban. Los ángeles testigos de la escena observaban el convencimiento del gobernador romano, y para disuadirle de la horrible acción de entregar a Cristo para que lo crucificaran, fué enviado un ángel a la mujer de Pilato, para que le dijera en sueños que era el Hijo de Dios a quien estaba juzgando su esposo y que sufría inocentemente. Ella envió en seguida un recado a Pilato refiriéndole que había tenido un sueño muy penoso respecto a Jesús, y aconsejándole que no hiciese nada contra aquel santo varón. El mensajero, abriéndose apresuradamente paso por entre la multitud, entregó la carta en las propias manos de Pilato. Al leerla, éste tembló, palideció y resolvió no hacer nada por su parte para condenar a muerte a Cristo. Si los judíos querían la sangre de Jesús, él no prestaría su influencia para ello, sino que se esforzaría por libertarlo.

Cuando Pilato supo que Herodes estaba en Jerusalén, sintió un gran alivio, porque con esto esperó verse libre de toda responsabilidad en el proceso y condena de Jesús. En seguida envió a Jesús, con sus acusadores, a la presencia de Herodes. Este príncipe se había endurecido en el pecado. El asesinato de Juan el Bautista había dejado en su conciencia una mancha que no le era posible borrar, y al enterarse de los portentos obrados por Jesús, había temblado de miedo creyendo que era Juan el Bautista

resucitado de entre los muertos. Cuando Jesús fué puesto en sus manos por Pilato, consideró Herodes aquel acto como un reconocimiento de su poder, autoridad y magistratura, y por ello se reconcilió con Pilato, con quien estaba enemistado. Herodes tuvo mucho gusto en ver a Jesús y esperó que para satisfacerle obraría algún prodigio; pero la obra de Jesús no consistía en satisfacer curiosidades ni procurar su propia seguridad. Su poder divino y milagroso había de ejercerse en la salvación del género humano, y no en su provecho particular.

Nada respondió Jesús a las muchas preguntas de Herodes ni a sus enemigos que vehementemente le acusaban. Herodes se enfureció porque Jesús no parecía temer su poder, y con sus soldados se mofó del Hijo de Dios, le escarneció y le maltrató. Sin embargo, se asombró del noble y divino aspecto de Jesús cuando le maltrataban bochornosamente y, temeroso de condenarle, le volvió a enviar a Pilato.

Satanás y sus ángeles tentaban a Pilato y procuraban arrastrarle a la ruina. Le sugirieron la idea de que si no condenaba a Jesús, otros le condenarían. La multitud estaba sedienta de su sangre, y si no lo entregaba para ser crucificado, perdería su poder y honores mundanos y se le acusaría de creer en el impostor. Temeroso de perder su poder y autoridad, consintió Pilato en la muerte de Jesús. No obstante, puso su sangre sobre los acusadores, y la multitud la aceptó exclamando a voz en cuello: "Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos." Sin embargo,

Pilato no fué inocente, y resultó culpable de la sangre de Cristo. Por interés egoísta, por el deseo de ser honrado por los grandes de la tierra, entregó a la muerte a un inocente. Si Pilato hubiese obedecido a sus convicciones, nada hubiese tenido que ver con la condena de Jesús.

El aspecto y las palabras de Jesús durante su proceso impresionaron el ánimo de muchos de los que estaban presentes en aquella ocasión. El resultado de la influencia así ejercida se hizo patente después de su resurrección. Entre quienes entonces ingresaron en la iglesia, se contaban muchos cuyo convencimiento databa del proceso de Jesús.

Grande fué la ira de Satanás al ver que toda la crueldad que por incitación suya habían infligido los judíos a Jesús, no le había arrancado la más leve queja. Aunque se había revestido de la naturaleza humana, estaba sustentado por divina fortaleza, y no se apartó en lo más mínimo de la voluntad de su Padre.

CAPÍTULO 9

LA CRUCIFIXIÓN DE CRISTO

El Hijo de Dios fué entregado al pueblo para que éste lo crucificara. Con gritos de triunfo se llevaron al Salvador. Estaba débil y abatido por el cansancio, el dolor y la sangre perdida por los azotes y golpes que había recibido. Sin embargo, le cargaron a cuestas la pesada cruz en que pronto le clavarían. Jesús desfalleció bajo el peso. Tres veces le pusieron la cruz sobre los hombros, y otras tres veces se desmayó. A uno de sus discípulos, que no profesaba abiertamente la fe de Cristo, y que sin embargo creía en él, lo tomaron y le pusieron encima la cruz para que la llevase al lugar del suplicio. Huestes de ángeles estaban alineadas en el aire sobre aquel lugar. Algunos discípulos de Jesús le siguieron hasta el Calvario, tristes y llorando amargamente. Recordaban su entrada triunfal en Jerusalén pocos días antes, cuando le habían acompañado gritando: "¡Hosanna en las alturas!", extendiendo sus vestiduras y hermosas palmas por el camino. Se habían figurado que iba entonces a posesionarse del reino y regir a Israel como príncipe temporal. ¡Cuán otra era la escena! ¡Cuán sombrías las perspectivas! No con regocijo ni con risueñas esperanzas, sino con el corazón quebrantado por el temor y

el desaliento, seguían ahora lentamente y entristecidos al que, lleno de humillaciones y oprobios, iba a morir.

Allí estaba la madre de Jesús con el corazón transido de una angustia como nadie que no sea una madre amorosa puede sentir; sin embargo, también esperaba, lo mismo que los discípulos, que Cristo obrase algún estupendo milagro para librarse de sus verdugos. No podía soportar el pensamiento de que él consintiese en ser crucificado. Pero, después de hechos los preparativos, fué extendido Jesús sobre la cruz. Trajeron los clavos y el martillo. Desmayó el corazón de los discípulos. La madre de Jesús quedó postrada por insufrible agonía. Antes de que el Salvador fuese clavado en la cruz, los discípulos la apartaron de aquel lugar, para que no oyese el chirrido de los clavos al atravesar los huesos y la carne de los delicados pies y manos de Cristo, quien no murmuraba, sino que gemía agonizante. Su rostro estaba pálido y gruesas gotas de sudor le bañaban la frente. Satanás se regocijaba del sufrimiento que afligía al Hijo de Dios, y sin embargo, recelaba que hubiesen sido vanos sus esfuerzos para estorbar el plan de salvación, y que iba a perder su dominio y quedar finalmente anonadado él mismo.

Después de clavar a Jesús en la cruz, la levantaron en alto para hincarla violentamente en el hoyo abierto en el suelo, y esta sacudida desgarró las carnes del Salvador y le ocasionó los más intensos sufrimientos. Para que la muerte de Jesús fuese lo más ignominiosa que se pudiese, crucificaron con él a dos ladrones, uno a cada lado. Estos

dos ladrones opusieron mucha resistencia a los verdugos, quienes por fin les sujetaron los brazos y los clavaron en sus cruces. Pero Jesús se sometió mansamente. No necesitó que nadie lo forzara a extender sus brazos sobre la cruz. Mientras los ladrones maldecían a sus verdugos, el Salvador oraba en agonía por sus enemigos, diciendo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen." No sólo soportaba Cristo agonía corporal, sino que pesaban sobre él los pecados del mundo entero.

Pendiente Cristo de la cruz, algunos de los que pasaban por delante de ella inclinaban las cabezas como si reverenciasen a un rey y le decían: "Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz." Satanás había empleado las mismas palabras en el desierto: "Si eres Hijo de Dios." Los príncipes de los sacerdotes, ancianos y escribas le escarnecían diciendo: "A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él." Los ángeles que se cernían sobre la escena de la crucifixión de Cristo, se indignaron al oir el escarnio de los príncipes que decían: "Si es el Hijo de Dios, sálvese a sí mismo." Deseaban libertar a Jesús, pero esto no les fué permitido. No se había logrado todavía el objeto de su misión.

Durante las largas horas de agonía en que Jesús estuvo pendiente de la cruz, no se olvidó de su madre, la cual había vuelto al lugar de la terrible escena, porque no le era posible permanecer más tiempo apartada de su Hijo. La

última lección de Jesús fué de compasión y humanidad. Contempló el afligido semblante de su quebrantada madre, y después dirigió la vista a su amado discípulo Juan. Dijo a su madre: "Mujer, he ahí tu hijo." Y después le dijo a Juan: "He ahí tu madre." Desde aquella hora, Juan se la llevó a su casa.

Jesús tuvo sed en su agonía, y le dieron a beber hiel y vinagre; pero al gustar el brebaje, lo rehusó. Los ángeles habían presenciado la agonía de su amado Jefe hasta que ya no pudieron soportar aquel espectáculo, y se velaron el rostro por no ver la escena. El sol no quiso contemplar el terrible cuadro. Jesús clamó en alta voz, una voz que hizo estremecer de terror el corazón de sus verdugos: "Consumado es." Entonces el velo del templo se desgarró de arriba abajo, la tierra tembló y se hendieron las peñas. Densas tinieblas cubrieron la faz de la tierra. Al morir Jesús, pareció desvanecerse la última esperanza de los discípulos. Muchos de ellos presenciaron la escena de su pasión y muerte, y llenóse el cáliz de su tristeza.

Satanás no se regocijó entonces como antes. Había esperado desbaratar el plan de salvación; pero sus fundamentos llegaban demasiado hondo. Y ahora, por la muerte de Cristo, conoció que él habría de morir finalmente y que su reino sería dado a Jesús. Tuvo Satanás consulta con sus ángeles. Nada había logrado contra el Hijo de Dios, y era necesario redoblar los esfuerzos y volverse con todo su poder y astucia contra sus discípulos. Debían Satanás y sus ángeles impedir a todos cuantos pudiesen que recibieran

la salvación comprada para ellos por Jesús. Obrando así, todavía podría Satanás actuar contra el gobierno de Dios. También le convenía por su propio interés apartar de Cristo a cuantos seres humanos pudiese, porque los pecados de los redimidos con su sangre caerán al fin sobre el causante del pecado, quien habrá de sufrir el castigo de aquellos pecados, mientras que quienes no acepten la salvación por Jesús sufrirán la penalidad de sus propios pecados.

Cristo había vivido sin riquezas ni honores ni pompas mundanas. Su abnegación y humildad contrastaban señaladamente con el orgullo y el egoísmo de los sacerdotes y ancianos. La inmaculada pureza de Jesús reprobaba de continuo los pecados de ellos. Le despreciaban por su humildad, pureza y santidad. Pero los que le despreciaron en la tierra han de verle un día en la grandeza del cielo, en la insuperable gloria de su Padre.

En el patio del tribunal, estuvo rodeado de enemigos sedientos de su sangre; pero aquellos empedernidos que vociferaban: "Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos," le contemplarán honrado como Rey, escoltado en su regreso por todas las huestes angélicas que, con cánticos de victoria, atribuirán majestad y poderío al que fué muerto, y sin embargo, vive aún como poderoso vencedor.

El pobre, débil y mísero hombre escupió en el rostro del Rey de gloria, y las turbas respondieron con una brutal gritería de triunfo al degradante insulto. Con crueles bofetadas desfiguraron aquel rostro que henchía los cielos de

admiración. Pero quienes le maltrataron volverán a contemplar aquel rostro brillante como el sol meridiano e intentarán huir delante de su mirada. En vez de la brutal gritería de triunfo, se lamentarán acerca de él.

Jesús mostrará sus manos señaladas por los estigmas de su crucifixión. Siempre perdurarán los rastros de esa crueldad. Cada estigma de los clavos hablará de la maravillosa redención del hombre y del subidísimo precio que costó. Quienes le traspasaron con la lanza verán la herida y deplorarán con profunda angustia la parte que tomaron en desfigurar su cuerpo.

Sus asesinos se sintieron muy molestados por la inscripción: "Rey de los judíos," colocada en la cruz sobre la cabeza del Salvador; pero ha de llegar el día en que estarán obligados a verle en toda su gloria y regio poderío. Contemplarán la inscripción: "Rey de reyes y Señor de señores" escrita con vívidos caracteres en su túnica y en su muslo. Al verle pendiente de la cruz, clamaron en son de mofa los príncipes de los sacerdotes: "El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos." Pero cuando vuelva le verán con regio poder y autoridad, y no pedirán pruebas de si es Rey de Israel, sino que, abrumados por el influjo de su majestad y excelsa gloria no tendrán más remedio que reconocer: "Bendito el que viene en nombre del Señor."

Los enemigos de Jesús se conturbaron y sus verdugos se estremecieron cuando al exhalar el potente grito: "Consumado es," entregó la vida, y tembló el suelo, se

hendieron las peñas y las tinieblas cubrieron la tierra. Los discípulos se admiraron de tan singulares manifestaciones, pero sus esperanzas estaban anonadadas. Temían que los judíos procurasen matarlos a ellos también. Estaban seguros de que el odio manifestado contra el Hijo de Dios no terminaría allí. Pasaron solitarias horas llorando la pérdida de sus esperanzas. Habían confiado en que Jesús reinase como príncipe temporal, pero sus esperanzas murieron con él. En su triste desconsuelo, dudaban de si no les habría engañado. Aun su misma madre vacilaba en creer que fuese el Mesías.

A pesar del desengaño sufrido por los discípulos acerca de sus esperanzas con respecto a Jesús, todavía le amaban y querían dar honrosa sepultura a su cuerpo, pero no sabían cómo lograrlo. José de Arimatea, un rico e influyente consejero de entre los judíos, y fiel discípulo de Jesús, se dirigió en privado pero con entereza a Pilato, pidiéndole el cuerpo del Salvador. No se atrevió a ir abiertamente por temor al odio de los judíos. Los discípulos temían que se procuraría impedir que el cuerpo de Cristo recibiese honrosa sepultura. Pilato accedió a la demanda, y los discípulos bajaron de la cruz el inanimado cuerpo, lamentando con profunda angustia sus malogradas esperanzas. Cuidadosamente envolvieron el cuerpo en un sudario de lino fino y lo enterraron en un sepulcro nuevo, propiedad de José.

Las mujeres que habían seguido humildemente a Jesús en vida, no quisieron separarse de él hasta verlo sepultado

en la tumba y ésta cerrada con una pesadísima losa de piedra, para que sus enemigos no viniesen a robar el cuerpo. Pero no necesitaban temer, porque vi que las huestes angélicas vigilaban solícitamente el sepulcro de Jesús, esperando con vivo anhelo la orden de cumplir su parte en la obra de librar de su cárcel al Rey de gloria.

Los verdugos de Cristo temían que todavía pudiese volver a la vida y escapárseles de las manos, por lo que pidieron a Pilato una guardia de soldados para que cuidasen el sepulcro hasta el tercer día. Esto les fué concedido y fué sellada la losa de la entrada del sepulcro, a fin de que los discípulos no vinieran a llevarse el cuerpo y decir después que había resucitado de entre los muertos.

CAPÍTULO 10

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

Los discípulos descansaron el sábado, entristecidos por la muerte de su Señor, mientras que Jesús, el Rey de gloria, permanecía en la tumba. Al llegar la noche, vinieron los soldados a guardar el sepulcro del Salvador, mientras los ángeles se cernían invisibles sobre el sagrado lugar. Transcurría lentamente la noche, y aunque todavía era obscuro, los vigilantes ángeles sabían que se acercaba el momento de libertar a su Caudillo, el amado Hijo de Dios. Mientras ellos aguardaban con profundísima emoción la hora del triunfo, un potente ángel llegó del cielo en velocísimo vuelo. Su rostro era como el relámpago y su vestidura como la nieve. Su fulgor iba desvaneciendo las tinieblas por donde pasaba, y su brillante esplendor ahuyentaba aterrorizados a los ángeles malignos que habían pretendido triunfalmente que era suyo el cuerpo de Jesús. Un ángel de la hueste que había presenciado la humillación de Cristo y vigilaba la tumba, se unió al ángel venido del cielo y juntos bajaron al sepulcro. Al acercarse ambos, se estremeció el suelo y hubo un gran terremoto.

Los soldados de la guardia romana quedaron aterrados. ¿Dónde estaba ahora su poder para guardar el cuerpo de Jesús? No pensaron en su deber ni en la posibilidad de

que los discípulos hurtasen el cuerpo del Salvador. Al brillar en torno del sepulcro la luz de los ángeles, más refulgente que el sol, los soldados de la guardia romana cayeron al suelo como muertos. Uno de los dos ángeles echó mano de la enorme losa y, empujándola a un lado de la entrada, sentóse encima. El otro ángel entró en la tumba y desenvolvió el lienzo que envolvía la cabeza de Jesús. Entonces, el ángel del cielo, con voz que hizo estremecer la tierra, exclamó: "Tú, Hijo de Dios, tu Padre te llama. ¡Sal!" La muerte no tuvo ya dominio sobre Jesús. Levantóse de entre los muertos, como triunfante vencedor. La hueste angélica contemplaba la escena con solemne admiración. Y al surgir Jesús del sepulcro, aquellos resplandecientes ángeles se postraron en tierra para adorarle, y le saludaron con cánticos triunfales de victoria.

Los ángeles de Satanás hubieron de huir ante la refulgente y penetrante luz de los ángeles celestiales, y amargamente se quejaron a su rey de que por violencia se les había arrebatado la presa, y Aquel a quien tanto odiaban había resucitado de entre los muertos. Satanás y sus huestes se habían ufanado de que su dominio sobre el hombre caído había hecho yacer en la tumba al Señor de la vida; pero su triunfo infernal duró poco, porque al resurgir Jesús de su cárcel como majestuoso vencedor, comprendió Satanás que después de un tiempo él mismo habría de morir y su reino pasaría al poder de su legítimo dueño. Rabiosamente lamentaba Satanás que a pesar de sus esfuerzos no hubiese logrado vencer a Jesús, quien en cambio

había abierto para el hombre un camino de salvación, de modo que todos pudieran andar por él y ser salvos.

Satanás y sus ángeles se reunieron en consulta para deliberar acerca de cómo podrían aun luchar contra el gobierno de Dios. Mandó Satanás a sus siervos que fueran a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, y al efecto les dijo: "Hemos logrado engañarlos, cegar sus ojos y endurecer sus corazones contra Jesús. Les hicimos creer que era un impostor. Pero los soldados romanos de la guardia divulgarán la odiosa noticia de que Cristo ha resucitado. Indujimos a los príncipes de los sacerdotes y los ancianos a que odiaran a Jesús y lo matasen. Hagámosles saber ahora que si se divulga que Jesús ha resucitado, el pueblo los lapidará por haber condenado a muerte a un inocente."

Cuando la hueste angélica se marchó del sepulcro y la luz y el resplandor se desvanecieron, los soldados de la guardia levantaron recelosamente la cabeza y miraron en derredor. Se asombraron al ver que la gran losa había sido corrida de la entrada y que el cuerpo de Jesús había desaparecido. Se apresuraron a ir a la ciudad para comunicar a los príncipes y ancianos lo que habían visto. Al escuchar aquellos verdugos el maravilloso relato, palideció su rostro y se horrorizaron al pensar en lo que habían hecho. Si el relato era verídico, estaban perdidos. Durante un rato, permanecieron silenciosos mirándose unos a otros, sin saber qué hacer ni qué decir, pues aceptar el informe equivaldría a condenarse ellos mismos. Se reunieron aparte para decidir lo que habían de hacer. Argumentaron que si

el relato de los guardias se divulgaba entre el pueblo, se mataría como a asesinos a los que dieron muerte a Jesús. Resolvieron sobornar a los soldados para que no dijesen nada a nadie. Los príncipes y ancianos les ofrecieron, pues, una fuerte suma de dinero, diciéndoles: "Decid vosotros: Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros durmiendo." Y cuando los soldados preguntaron qué se les haría por haberse dormido en su puesto, los príncipes les prometieron que persuadirían al gobernador para que no los castigase. Por amor al dinero, los guardias romanos vendieron su honor y cumplieron el consejo de los príncipes y ancianos.

Cuando Jesús, pendiente de la cruz, exclamó: "Consumado es," las peñas se hendieron, tembló la tierra y se abrieron algunas tumbas. Al resurgir él triunfante de la muerte y del sepulcro, mientras la tierra se tambaleaba y los fulgores del cielo brillaban sobre el sagrado lugar, algunos de los justos muertos, obedientes a su llamamiento, salieron de los sepulcros como testigos de que Cristo había resucitado. Aquellos favorecidos santos salieron glorificados. Eran santos escogidos de todas las épocas, desde la creación hasta los días de Cristo. De modo que mientras los príncipes judíos procuraban ocultar la resurrección de Cristo, hizo Dios levantar de sus tumbas cierto número de santos para atestiguar que Jesús había resucitado y proclamar su gloria.

Los resucitados diferían en estatura y aspecto, pues unos eran de más noble continente que otros. Se me

informó que los habitantes de la tierra habían ido degenerando con el tiempo, perdiendo fuerza y donaire. Satanás tenía el dominio de las enfermedades y la muerte; y en cada época los efectos de la maldición se habían hecho más visibles y más evidente el poderío de Satanás. Los que habían vivido en los días de Noé y Abrahán parecían ángeles por su gallardía y aspecto; pero los de cada generación sucesiva habían resultado más débiles, más sujetos a las enfermedades y de vida más corta. Satanás ha ido aprendiendo a molestar y debilitar la raza.

Los que salieron de los sepulcros cuando resucitó Jesús, se aparecieron a muchos, diciéndoles que ya estaba cumplido el sacrificio por el hombre; que Jesús, a quien los judíos crucificaran, había resucitado de entre los muertos, y en comprobación de sus palabras, declaraban: "Nosotros fuimos resucitados con él." Atestiguaban que por el formidable poder de Jesús habían salido de sus sepulcros. A pesar de los falsos rumores que se propagaron, ni Satanás ni sus ángeles ni los príncipes de los sacerdotes lograron ocultar la resurrección de Jesús, porque los santos resucitados divulgaron la maravillosa y alegre nueva. También Jesús se apareció a sus entristecidos discípulos, disipando sus temores e infundiéndoles jubilosa alegría.

Al difundirse la noticia de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, los judíos a su vez temieron por su vida, y disimularon el odio que abrigaban contra los discípulos. Su única esperanza era esparcir el relato mentiroso; y lo aceptaban todos cuantos tenían interés en que fuese

verdadero. Pilato tembló al oír que Cristo había resucitado. No podía dudar del testimonio dado, y desde aquella hora no tuvo paz. Por apetencia de mundanos honores, por miedo de perder su autoridad y su vida, había entregado a Jesús a la muerte; estaba ahora plenamente convencido de que no sólo era inocente, y que su sangre recaía sobre él, sino que era el Hijo de Dios. Miserable fué hasta su fin la vida de Pilato. La desesperación y la angustia ahogaron sus goces y esperanzas. Rechazó todo consuelo y murió miserablemente.

El corazón de Herodes se había empedernido aun más, y al saber que Cristo había resucitado no fué mucha su turbación. Quitó la vida a Santiago, y cuando vió que esto agradaba a los judíos, apresó también a Pedro, con la intención de darle muerte. Pero Dios tenía todavía una obra para Pedro, y envió a su ángel para que lo librase. Herodes fué visitado por los juicios de Dios. Mientras se estaba ensalzando en la presencia de una gran multitud fué herido por el ángel del Señor, y murió de una muerte horrible.

El primer día de la semana, muy temprano, antes que amaneciese, las santas mujeres llegaron al sepulcro con aromas para ungir el cuerpo de Jesús. Vieron que la losa había sido apartada de la entrada y el sepulcro estaba vacío. Temerosas de que los enemigos hubiesen robado el cuerpo, se les sobresaltó el corazón; pero de pronto contemplaron a los dos ángeles vestidos de blanco con refulgentes rostros. Estos seres celestiales comprendieron la misión que venían a cumplir las mujeres, e

inmediatamente les dijeron que Jesús no estaba allí, pues había resucitado, y en prueba de ello podían ver el lugar donde había yacido. Les mandaron que fueran a decir a los discípulos que Jesús iba delante de ellos a Galilea. Con gozoso temor se apresuraron las mujeres a buscar a los afligidos discípulos y les refirieron cuanto habían visto y oído.

Los discípulos no podían creer que Cristo hubiese resucitado, pero se encaminaron presurosos al sepulcro con las mujeres que les habían traído la noticia. Vieron que Jesús no estaba allí, y aunque el sudario y los lienzos dejados en el sepulcro eran una prueba, se resistían a creer la buena nueva de que hubiese resucitado de entre los muertos. Volvieron a sus casas maravillados de lo que habían visto y del relato de las mujeres. Pero María prefirió quedarse cerca del sepulcro, pensando en lo que acababa de ver y angustiada por la idea de que pudiera haberse engañado. Presentía que la aguardaban nuevas pruebas. Su pena recrudeció y prorrumpió en amargo llanto. Se agachó a mirar otra vez el interior del sepulcro, y vió a dos ángeles vestidos de blanco, uno sentado a la cabecera del sepulcro, y el otro a los pies. Le hablaron tiernamente preguntándole por qué lloraba, y ella respondió: "Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto."

Al volverse atrás, María vió a Jesús allí cerca; pero no lo conoció. El le habló suavemente, preguntándole la causa de su tristeza y a quién buscaba. Suponiendo María que se trataba del hortelano, le suplicó que si se había

llevado a su Señor, le dijera en dónde lo había puesto para llevárselo ella. Entonces Jesús le habló con su propia voz celestial, diciendo: "¡María!" Ella reconoció el tono de aquella voz querida, y prestamente respondió: "¡Maestro!" con tal gozo que quiso abrazarlo. Pero Jesús le dijo: "No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios." Alegremente se fué María a comunicar a los discípulos la buena nueva. Pronto ascendió Jesús a su Padre para oír de sus labios que aceptaba el sacrificio, y recibir toda potestad en el cielo y en la tierra.

Los ángeles rodeaban como una nube al Hijo de Dios, y mandaron levantar las puertas eternas para que entrase el Rey de gloria. Vi que mientras Jesús estaba con aquella brillante hueste celestial en presencia de Dios y rodeado de su gloria, no se olvidó de sus discípulos en la tierra, sino que recibió de su Padre potestad para que pudiera volver y compartirla con ellos. El mismo día regresó y se mostró a sus discípulos, consintiendo entonces en que lo tocasen, porque ya había subido a su Padre y recibido poder.

En esa ocasión no estaba presente Tomás, quien no quiso aceptar humildemente el relato de los demás discípulos, sino que con firme suficiencia declaró que no lo creería, a no ser que viera en sus manos la señal de los clavos y pusiera su mano en el costado que atravesó la lanza. En esto denotó Tomás falta de confianza en sus hermanos.

Si todos hubiesen de exigir las mismas pruebas, nadie recibiría ahora a Jesús ni creería en su resurrección. Pero Dios quería que cuantos no pudiesen ver ni oír por sí mismos al resucitado Salvador, recibieran el relato de los discípulos. No agradó a Dios la incredulidad de Tomás. Cuando Jesús volvió otra vez adonde estaban sus discípulos, hallábase Tomás con ellos, y al ver a Jesús, creyó. Pero como había declarado que no quedaría satisfecho sin la prueba de tocar añadida a la de ver, Jesús se la dió tal como la había deseado. Entonces Tomás exclamó: "¡Señor mío, y Dios mío!" Pero Jesús le reprendió por su incredulidad, diciendo: "Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron."

Asimismo los que no tuvieron experiencia en los mensajes del primer ángel y del segundo deben recibirlos de otros que participaron en aquella experiencia y estuvieron al tanto de los mensajes. Así como Jesús fué rechazado, vi que los mensajes han sido rechazados. Y como los discípulos declararon que no hay salvación en otro nombre que haya sido dado a los hombres debajo del cielo, así también deben los siervos de Dios amonestar fiel e intrépidamente a los que abrazan tan sólo una parte de las verdades relacionadas con el mensaje del tercer ángel, haciéndoles saber que deben aceptar gustosamente todos los mensajes como Dios los ha dado, o no tener participación en el asunto.

Mientras las santas mujeres llevaban la noticia de que Jesús había resucitado, los soldados de la guardia romana propalaban la mentira puesta en sus bocas por los

príncipes de los sacerdotes y los ancianos, de que los discípulos habían venido por la noche a buscar el cuerpo de Jesús mientras ellos dormían. Satanás había puesto esa mentira en los corazones y labios de los príncipes de los sacerdotes, y el pueblo estaba listo para creer su palabra. Pero Dios había asegurado más allá de toda duda la veracidad de este importante acontecimiento del que depende nuestra salvación, y fué imposible que los sacerdotes y ancianos lo ocultaran. De entre los muertos se levantaron testigos para evidenciar la resurrección de Cristo.

Cuarenta días permaneció Jesús con sus discípulos, alegrándoles el corazón al declararles más abiertamente las realidades del reino de Dios. Los comisionó para dar testimonio de cuanto habían visto y oído referente a su pasión, muerte y resurrección, así como de que él había hecho sacrificio por el pecado, para que cuantos quisieran pudieran acudir a él y encontrar vida. Con fiel ternura les dijo que serían perseguidos y angustiados, pero que hallarían consuelo en el recuerdo de su experiencia y en la memoria de las palabras que les había hablado. Les dijo que él había vencido las tentaciones de Satanás y obtenido la victoria por medio de pruebas y sufrimientos. Ya no podría Satanás tener poder sobre él, pero los tentaría más directamente a ellos y a cuantos creyeran en su nombre. Sin embargo, también podrían ellos vencer como él había vencido. Jesús confirió a sus discípulos el poder de obrar milagros, diciéndoles que aunque los malvados los persiguieran, él enviaría de cuando en cuando sus ángeles para

librarlos; nadie podría quitarles la vida hasta que su misión fuese cumplida; entonces podría ser que se requiriese que sellasen con su sangre los testimonios que hubiesen dado.

Los anhelosos discípulos escuchaban gozosamente las enseñanzas del Maestro, alimentándose, llenos de alegría, con cada palabra que fluía de sus santos labios. Sabían ahora con certeza que era el Salvador del mundo. Sus palabras penetraban hondamente en sus corazones, y lamentaban que tuviesen que separarse pronto de su Maestro celestial y no pudiesen ya oír las consoladoras y compasivas palabras de sus labios. Pero de nuevo se inflamaron sus corazones de amor y excelso júbilo, cuando Jesús les dijo que iba a aparejarles lugar y volver otra vez para llevárselos consigo, de modo que siempre estuviesen con él. También les prometió enviarles el Consolador, el Espíritu Santo, para guiarlos en toda verdad. "Y alzando sus manos, los bendijo."

CAPÍTULO 11

LA ASCENSIÓN DE CRISTO

El cielo entero aguardaba la hora triunfal en que Jesús ascendería a su Padre. Vinieron ángeles a recibir al Rey de gloria y escoltarlo triunfalmente hasta el cielo. Después de bendecir Jesús a sus discípulos, separóse de ellos y ascendió a los cielos seguido de numerosos cautivos libertados cuando él resucitó. Acompañábale una numerosísima hueste celestial, mientras una innumerable cohorte de ángeles esperaba su llegada en el cielo. Según iban ascendiendo hacia la santa ciudad, los ángeles que escoltaban a Jesús exclamaban: "Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria." Los ángeles de la ciudad exclamaban arrobados: "¿Quién es este Rey de gloria?" Los ángeles de la escolta respondían con voz de triunfo: "Jehová el fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla. Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria." Nuevamente los ángeles del cielo preguntaban: "¿Quién es este Rey de gloria?" Y los de la escolta respondían en melodiosos acentos: "Jehová de los ejércitos, él es el Rey de la gloria." Y la celeste comitiva entró en la ciudad de Dios. Entonces toda la hueste celestial rodeó a su majestuoso Caudillo, e inclinóse ante él con

profundísima adoración, arrojando las brillantes coronas a sus pies. Después pulsaron las áureas arpas, y con dulces y melodiosos acordes hinchieron todo el cielo de embelesadora música y cánticos en loor del Cordero que había sido inmolado, y sin embargo vive en majestad y gloria.

Mientras los discípulos miraban tristemente al cielo para captar la última vislumbre de su Señor que ascendía, dos ángeles vestidos de blanco se pusieron junto a ellos y les dijeron: "Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo." Los discípulos, y la madre de Jesús que con ellos había presenciado la ascensión del Hijo de Dios, pasaron la noche siguiente hablando de las admirables obras de Jesús y de los extraños y gloriosos acontecimientos ocurridos en tan corto tiempo.

Satanás tuvo otra vez consejo con sus ángeles y con acerbo odio contra el gobierno de Dios les dijo que si bien él retenía su poder y autoridad en la tierra, debían decuplicar sus esfuerzos contra los discípulos de Jesús. No habían prevalecido contra Cristo, pero de ser posible debían vencer a sus discípulos. En cada generación deberían procurar engañar a quienes creyeran en Jesús. Les dijo Satanás a sus ángeles que Jesús había conferido a sus discípulos la potestad de reprenderlos y expulsarlos, y de sanar a cuantos afligieran. Entonces los ángeles de Satanás salieron como leones rugientes a procurar la destrucción de los seguidores de Jesús.

CAPÍTULO 12

LOS DISCÍPULOS DE CRISTO

Con gran poder los discípulos predicaban a un Salvador crucificado y resucitado. En el nombre de Jesús realizaban señales y prodigios; los enfermos eran sanados; y un hombre que había sido cojo desde su nacimiento fué restablecido a la sanidad perfecta y entró con Pedro y Juan en el templo, andando y saltando mientras alababa a Dios a la vista de todo el pueblo. La noticia se difundió, y la gente comenzó a agolparse en derredor de los discípulos. Muchos vinieron corriendo, muy asombrados por la curación que se había realizado.

Cuando Jesús murió, los sacerdotes pensaron que ya no se realizarían milagros entre ellos, que la excitación se apagaría y que la gente volvería a las tradiciones humanas. Pero he aquí que en su mismo medio los discípulos obraban milagros y el pueblo se asombraba. Jesús había sido crucificado, y los sacerdotes se preguntaban de dónde habían recibido su poder los discípulos. Cuando su Maestro estaba vivo, los sacerdotes pensaban que él era quien les comunicaba poder; pero habiendo muerto, esperaban que los milagros cesasen. Pedro comprendió su perplejidad y les dijo: "Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto? ¿o por qué ponéis los ojos en nosotros, como si

por nuestro poder o piedad hubiésemos hecho andar a éste? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis, delante de Pilato, cuando éste había resuelto ponerle en libertad. Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese un homicida, y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos. Y por la fe en su nombre, a éste, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado su nombre."

Los príncipes de los sacerdotes y los ancianos no pudieron soportar estas palabras, y a su orden Pedro y Juan fueron puestos en la cárcel. Pero millares habían sido convertidos e inducidos a creer en la resurrección y ascensión de Cristo con sólo haber oído un discurso de los discípulos. Los sacerdotes y ancianos estaban perturbados. Habían dado muerte a Jesús para lograr que la atención del pueblo se volviera hacia ellos; pero el asunto había empeorado. Los discípulos los acusaban abiertamente de ser los homicidas del Hijo de Dios, y no podían determinar hasta dónde podían llegar las cosas o cómo los habría de considerar el pueblo. Gustosamente habrían dado muerte a Pedro y a Juan, pero no se atrevían a hacerlo, por temor al pueblo.

Al día siguiente los apóstoles fueron llevados ante el concilio. Allí estaban los mismos hombres que habían clamado por la sangre del Justo. Habían oído a Pedro negar a su Señor con juramentos e imprecaciones cuando se le

acusó de ser uno de sus discípulos, y esperaban intimidarle de nuevo. Pero Pedro se había convertido, y ahora vió una oportunidad de eliminar la mancha de aquella negación apresurada y cobarde, así como de ensalzar el nombre que había deshonrado. Con santa osadía, y en el poder del Espíritu, les declaró intrépidamente: "En el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano. Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos."

El pueblo se asombró ante la audacia de Pedro y de Juan y conoció que habían estado con Jesús; porque su conducta noble e intrépida era como la de Jesús frente a sus enemigos. Jesús, con una mirada de compasión y tristeza, había reprendido a Pedro cuando éste le negaba, y ahora, mientras reconocía valientemente a su Señor, Pedro fué aprobado y bendecido. En prueba de la aprobación de Jesús, quedó henchido del Espíritu Santo.

Los sacerdotes no se atrevían a manifestar el odio que sentían hacia los discípulos. Ordenaron que saliesen del concilio, y luego se consultaron entre sí, diciendo: "¿Qué haremos con estos hombres? Porque de cierto, señal manifiesta ha sido hecha por ellos, notoria a todos los que moran en Jerusalén, y no lo podemos negar." Temían que el relato de esa buena acción se difundiese entre el pueblo.

Los sacerdotes consideraban que si llegase a ser del conocimiento general, perderían su propio poder y serían mirados como homicidas de Jesús. Sin embargo, todo lo que se atrevieron a hacer fué amenazar a los apóstoles y ordenarles so pena de muerte que no hablasen más en el nombre de Jesús. Pero Pedro declaró audazmente que no podían sino relatar las cosas que habían visto y oído.

Por el poder de Jesús los discípulos continuaron sanando a los afligidos y a los enfermos que les eran traídos. Diariamente se alistaban centenares bajo la bandera de un Salvador crucificado, resucitado y ascendido al cielo. Los sacerdotes y ancianos, y los que actuaban con ellos, estaban alarmados. Nuevamente encarcelaron a los apóstoles, esperando que la excitación se calmase. Satanás y sus ángeles se regocijaban; pero los ángeles de Dios abrieron las puertas de la cárcel y, contrariando la orden de los príncipes de los sacerdotes y ancianos, dijeron a los apóstoles: "Id, y puestos en pie en el templo, anunciad al pueblo todas las palabras de esta vida."

El concilio se congregó y mandó buscar a los presos. Los alguaciles abrieron las puertas de la cárcel; pero allí no estaban aquellos a quienes buscaban. Volvieron a los sacerdotes y ancianos y dijeron: "Por cierto, la cárcel hemos hallado cerrada con toda seguridad, y los guardas afuera de pie ante las puertas; mas cuando abrimos, a nadie hallamos dentro." "Pero viniendo uno, les dió esta noticia: He aquí, los varones que pusisteis en la cárcel están en el templo, y enseñan al pueblo. Entonces fué el jefe de la

guardia con los alguaciles, y los trajo sin violencia, porque temían ser apedreados por el pueblo. Cuando los trajeron, los presentaron en el concilio, y el sumo sacerdote les preguntó, diciendo: ¿No os mandamos estrictamente que no enseñaseis en ese nombre? Y ahora habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre."

Aquellos dirigentes judíos eran hipócritas; más que a Dios amaban la alabanza de los hombres. Sus corazones se habían endurecido de tal manera que las mayores obras realizadas por los apóstoles no hacían sino enfurecerlos. Sabían que si los discípulos predicaban a Jesús, su crucifixión, resurrección y ascensión, esto haría resaltar su culpabilidad como homicidas de Cristo. No estaban tan dispuestos a recibir la sangre de Jesús como cuando clamaron vehementemente: "Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos."

Los apóstoles declararon valientemente que debían obedecer a Dios antes que a los hombres. Dijo Pedro: "El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados. Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen." Al oír estas palabras intrépidas, aquellos homicidas se enfurecieron, y resolvieron manchar nuevamente sus manos con sangre matando a los apóstoles. Estaban maquinando esto

cuando un ángel de Dios obró sobre el corazón de Gamaliel para que aconsejase así a los sacerdotes y príncipes: "Apartaos de estos hombres, y dejadlos; porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá; mas si es de Dios, no la podréis destruir; no seáis tal vez hallados luchando contra Dios." Había malos ángeles que impulsaban a los sacerdotes y a los ancianos a dar muerte a los apóstoles; pero Dios mandó a su ángel para impedirlo suscitando entre los dirigentes judíos mismos una voz en favor de sus siervos. La obra de los apóstoles no había concluído. Habían de ser llevados ante reyes para testificar por el nombre de Jesús y atestiguar lo que habían visto y oído.

De mala gana los sacerdotes soltaron a sus presos, después de azotarlos y ordenarles que no hablasen más en el nombre de Jesús. "Y ellos salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre. Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo." Así iba creciendo y multiplicándose la palabra de Dios. Los discípulos testificaban valientemente acerca de las cosas que habían visto y oído, y por el nombre de Jesús realizaban grandes milagros. Intrépidamente ponían la sangre de Jesús a cuenta de aquellos que habían estado tan dispuestos a recibirla cuando se les permitió ejercer potestad contra el Hijo de Dios.

Vi que ángeles de Dios fueron comisionados para que guardasen con cuidado especial las verdades sagradas e

importantes que habían de servir como ancla a los discípulos de Cristo durante toda generación. El Espíritu Santo descansó en forma especial sobre los apóstoles, que fueron testigos de la crucifixión, resurrección y ascensión de nuestro Señor—verdades importantes que habían de ser la esperanza de Israel.

Todos habían de mirar al Salvador del mundo como su única esperanza, andar en el camino que él había abierto por el sacrificio de su propia vida, y guardar la ley de Dios y vivir. Vi la sabiduría y bondad de Jesús al dar poder a los discípulos para que llevasen adelante la misma obra a causa de la cual los judíos le habían odiado y dado muerte. En su nombre, tenían ellos poder sobre las obras de Satanás. Un halo de luz y de gloria rodeó el tiempo de la muerte y resurrección de Jesús e inmortalizó la verdad sagrada de que era el Salvador del mundo.

CAPÍTULO 13

LA MUERTE DE ESTEBAN

El número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén, y muchos de los sacerdotes obedecían a la fe. Esteban, lleno de fe, realizaba grandes prodigios y milagros entre el pueblo. Los dirigentes judíos fueron movidos a mayor ira cuando vieron que había sacerdotes entre los que se apartaban de sus tradiciones, así como de los sacrificios y ofrendas, y aceptaban a Jesús como el gran sacrificio. Con poder de lo alto, Esteban reprendía a los sacerdotes y ancianos incrédulos, y ensalzaba a Jesús delante de ellos. No podían resistir la sabiduría y el poder con que él hablaba, y al comprobar que no podían prevalecer contra él, sobornaron a hombres que jurasen falsamente que le habían oído pronunciar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios. Excitaron al pueblo y, apresando a Esteban, mediante falsos testigos, le acusaron de hablar contra el templo y la ley. Testificaron que le habían oído decir que Jesús de Nazaret destruiría las costumbres que Moisés les había dado.

Mientras Esteban estaba de pie delante de sus jueces, la luz de la gloria de Dios descansó sobre su rostro. "Entonces todos los que estaban sentados en el concilio, al fijar los ojos en él, vieron su rostro como el rostro de un ángel." Cuando se le pidió que contestase las acusaciones presentadas contra él, comenzó con Moisés y los profetas,

recapituló la historia de los hijos de Israel y el trato de Dios con ellos, y demostró cómo Cristo había sido predicho en las profecías. Se refirió a la historia del templo y declaró que Dios no mora en templos hechos por manos humanas. Los judíos adoraban al templo y se llenaban de mayor indignación por cualquier cosa dicha contra aquel edificio que si hubiese sido pronunciada contra Dios. Cuando Esteban habló de Cristo y se refirió al templo, vió que el pueblo rechazaba sus palabras; y lo reprendió intrépidamente: "¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo." Mientras observaban los ritos exteriores de su religión, sus corazones estaban corruptos y llenos de mortífero mal. Se refirió a la crueldad de sus padres al perseguir a los profetas, y declaró que aquellos a quienes se dirigía habían cometido un pecado mayor al rechazar y crucificar a Cristo. "¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido entregadores y matadores."

Mientras estas palabras claras y cortantes eran pronunciadas, los sacerdotes y gobernantes se enfurecieron, y se precipitaron contra Esteban, crujiendo los dientes. Mas él, estando "lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vió la gloria de Dios," y dijo: "He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios." El pueblo no quiso oírle. "Dando grandes voces, se taparon los oídos, y arremetieron a una contra él. Y

echándole fuera de la ciudad, le apedrearon." Y él se arrodilló y clamó con voz fuerte: "Señor, no les tomes en cuenta este pecado."

Vi que Esteban era un poderoso hombre de Dios, especialmente suscitado para ocupar un lugar importante en la iglesia. Satanás se regocijó por su muerte; porque sabía que los discípulos iban a sentir muchísimo su pérdida. Pero el triunfo de Satanás fué corto; porque en aquella compañía, presenciando la muerte de Esteban, estaba alguien a quien Jesús iba a revelarse. Saulo no tomó parte en el apedreamiento de Esteban, pero consintió en su muerte. Era celoso en la persecución de la iglesia de Dios, a cuyos miembros buscaba y apresaba en sus casas, para entregarlos a aquellos que querían matarlos. Saulo era hombre de capacidad y educación; su celo y saber le hacían merecedor de alta estima de parte de los judíos, mientras que era temido por muchos de los discípulos de Cristo. Sus talentos eran empleados eficazmente por Satanás para llevar adelante su rebelión contra el Hijo de Dios, y contra los que creían en él. Pero Dios puede quebrantar el poder del gran adversario, y librar a los que son llevados cautivos por él. Cristo había elegido a Saulo como "instrumento escogido," que predicase su nombre, fortaleciese a sus discípulos en su obra, y lograse más que ocupar el lugar de Esteban.

CAPÍTULO 14

LA CONVERSIÓN DE SAULO

Mientras Saulo viajaba hacia Damasco, llevando cartas que le autorizaban a apresar hombres y mujeres que predicasen a Jesús, para llevarlos atados a Jerusalén, había en derredor de él ángeles malos llenos de regocijo. Pero de repente una luz del cielo brilló en derredor de él, ahuyentó a los malos ángeles y le hizo caer prestamente al suelo. Oyó una voz que le decía: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" Saulo preguntó: "¿Quién eres, Señor?" Y el Señor dijo: "Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón." Y Saulo, temblando y asombrado dijo: "Señor, ¿qué quieres que yo haga?" Y el Señor dijo: "Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer."

Los hombres que le acompañaban se quedaron atónitos, oyendo una voz, pero no viendo a nadie. Cuando la luz se disipó y Saulo se levantó del suelo y abrió los ojos, se encontró totalmente privado de la vista. La gloria de la luz celestial le había enceguecido. Se le condujo de la mano hasta Damasco, y estuvo tres días sin ver, sin comer ni beber. El Señor había enviado su ángel a uno de los hombres a quienes Saulo esperaba llevar cautivos y le reveló en visión que debía ir a la calle llamada Derecha, para

buscar "en casa de Judas a uno llamado Saulo, de Tarso; porque he aquí, él ora, y ha visto en visión a un varón llamado Ananías, que entra y le pone las manos encima para que recobre la vista."

Temió Ananías que hubiese algún error en todo esto, y así empezó a relatar al Señor cuanto de Saulo había oído decir. Pero el Señor respondióle: "Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre." Ananías siguió las indicaciones del Señor y entró en la casa, y poniendo las manos sobre el hombre designado, dijo: "Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo."

Inmediatamente recobró Saulo la vista, levantóse y fué bautizado. Después enseñó en la sinagoga que Jesús era verdaderamente el Hijo de Dios. Cuantos le oían estaban atónitos y preguntaban: "¿No es éste el que asolaba en Jerusalén a los que invocaban este nombre, y a eso vino acá, para llevarlos presos ante los principales sacerdotes?" Pero Saulo se esforzaba tanto más, y confundía a los judíos, que volvieron a estar turbados. Todos conocían la oposición anterior de Saulo contra Jesús y su celo en perseguir y entregar a la muerte a cuantos creían en su nombre; por esto, su milagrosa conversión convenció a muchos de que Jesús era el Hijo de Dios. Saulo refería sus experiencias con el poder del Espíritu Santo. Había estado

persiguiendo a muerte a los cristianos, hombres y mujeres, a quienes prendía y encarcelaba, cuando en el camino a Damasco le rodeó súbitamente una esplendorosa luz del cielo y Jesús se le apareció revelándole que era el Hijo de Dios.

Las valientes predicaciones de Saulo ejercieron grandísima influencia. Conocía las Escrituras, y después de su conversión, vió brillar una luz divina sobre las profecías concernientes a Jesús, lo cual le habilitó para presentar clara y osadamente la verdad y corregir cualquier perversión de las Escrituras. Como el Espíritu de Dios descansaba sobre él, presentaba con claridad y fuerza a sus oyentes las profecías hasta el tiempo del primer advenimiento de Cristo y les mostraba que se habían cumplido las Escrituras que se referían a sus sufrimientos, muerte y resurrección.

CAPÍTULO 15

LOS JUDÍOS DECIDEN MATAR A PABLO

Cuando los principales sacerdotes y gobernantes presenciaron el efecto que tenía el relato de lo que había experimentado Pablo, se sintieron movidos a odiarle. Vieron que predicaba audazmente a Jesús y realizaba milagros en su nombre; multitudes le escuchaban, se apartaban de las tradiciones y consideraban a los dirigentes judíos como matadores del Hijo de Dios. Se encendió su ira, y se reunieron para consultarse acerca de lo que convenía hacer para aplacar la excitación. Convinieron en que la única conducta segura consistía en dar muerte a Pablo. Pero Dios conocía su intención, y envió ángeles para que lo guardasen, a fin de que pudiese vivir y cumplir su misión.

Conducidos por Satanás, los judíos incrédulos pusieron guardias que velasen a las puertas de Damasco día y noche, a fin de que cuando Pablo pasase por ellas pudiesen matarlo inmediatamente. Pero Pablo había sido informado de que los judíos procuraban su vida, y los discípulos le bajaron desde la muralla en una canasta, y de noche. Al no poder así cumplir su propósito, los judíos se avergonzaron e indignaron, y el propósito de Satanás fué derrotado.

Después de esto, Pablo se fué a Jerusalén para unirse a los discípulos; pero éstos le temían todos. No podían creer

que fuese discípulo. Los judíos de Damasco habían procurado quitarle la vida, y sus propios hermanos no querían recibirle; pero Bernabé se hizo cargo de él y le llevó a los apóstoles, declarándoles cómo había visto al Señor en el camino y que en Damasco había predicado valientemente en nombre de Jesús.

Pero Satanás estaba incitando a los judíos a destruir a Pablo, y Jesús le ordenó que dejase a Jerusalén. En compañía de Bernabé, fué a otras ciudades predicando a Jesús y realizando milagros, y muchos se convertían. Al ser sanado un hombre que había sido cojo de nacimiento, la gente que adoraba a los ídolos estaba por ofrecer sacrificio a los discípulos. Pablo se entristeció y les dijo que él y su colaborador no eran sino hombres y que el Dios que había hecho los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, era el único que debía ser adorado. Así ensalzó Pablo a Dios delante de la gente; pero a duras penas pudo refrenarla. En la mente de esa gente se estaba formando el primer concepto de la fe en el Dios verdadero, así como del culto y honor que se le debe rendir; pero mientras escuchaban a Pablo, Satanás estaba incitando a los judíos incrédulos de otras ciudades a que siguiesen a Pablo para destruir la buena obra hecha por él.

Estos judíos excitaron a aquellos idólatras mediante falsos informes contra Pablo. El asombro y la admiración de la gente se transformó en odio, y los que poco antes habían estado dispuestos a adorar a los discípulos, apedrearon a Pablo y lo sacaron de la ciudad como muerto. Pero

mientras los discípulos estaban de pie en derredor de Pablo, llorándolo, con gozo lo vieron levantarse, y entró con ellos en la ciudad.

En otra ocasión, mientras Pablo y Silas predicaban a Jesús, cierta mujer poseída de un espíritu de adivinación, los seguía clamando: "Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación." Ella siguió así a los discípulos durante muchos días. Pero esto entristecía a Pablo; porque esos clamores distraían de la verdad la atención de la gente. El propósito de Satanás al inducirla a hacer eso era crear en la gente un desagrado que destruyese la influencia de los discípulos. El espíritu de Pablo se conmovió dentro de sí, y dándose vuelta dijo al espíritu: "Te mando en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella;" y el mal espíritu, así reprendido, la dejó.

A sus amos les había agradado que clamase detrás de los discípulos; pero cuando el mal espíritu la dejó, y vieron en ella a una mansa discípula de Cristo, se enfurecieron. Mediante las adivinaciones de ella, ellos habían obtenido mucho dinero, y ahora se desvanecía su esperanza de ganancias. El propósito de Satanás quedó derrotado; pero sus siervos apresaron a Pablo y Silas y llevándolos a la plaza los entregaron a los magistrados diciendo: "Estos hombres, siendo judíos, alborotan nuestra ciudad." Y la multitud se levantó contra ellos; los magistrados les desgarraron sus vestiduras y ordenaron que los azotaran. Cuando los hubieron herido de muchos azotes, los echaron en la cárcel, mandando al carcelero que los guardase

con diligencia. Este, habiendo recibido tal encargo, los metió en la cárcel de más adentro, y les apretó los pies en el cepo. Pero los ángeles del Señor los acompañaron en esa cárcel interior, e hicieron que su encarcelamiento redundase para gloria de Dios y demostrase a la gente que Dios impulsaba la obra y acompañaba a sus siervos escogidos.

A la media noche, Pablo y Silas estaban orando y cantando alabanzas a Dios, cuando de repente se produjo un gran terremoto, de manera que los fundamentos de la cárcel fueron sacudidos; y vi que inmediatamente el ángel de Dios soltó las ataduras de cada preso. El carcelero, al despertarse y ver abiertas las puertas de la cárcel, tuvo miedo. Pensó que los presos habían escapado, y que él iba a ser castigado con la muerte. Pero cuando estaba por matarse, Pablo clamó con fuerte voz diciendo: "No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí."

El poder de Dios convenció al carcelero. Pidió luz, entró y fué temblando para postrarse delante de Pablo y Silas. Luego, sacándolos, dijo: "Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?" Y ellos dijeron: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa." El carcelero reunió entonces a todos los de su casa, y Pablo les predicó a Jesús. Así quedó el corazón del carcelero unido al de sus hermanos, y lavó las heridas dejadas por los azotes, y él y toda su casa fueron bautizados aquella noche. Puso luego comida delante de ellos, y se regocijó creyendo en Dios con toda su casa.

Las maravillosas nuevas de la manifestación del poder de Dios que había abierto las puertas de la cárcel, y había convertido al carcelero y su familia, se difundieron pronto. Los magistrados las oyeron y temieron. Mandaron palabra al carcelero para pedirle que liberase a Pablo y Silas. Pero Pablo no quiso dejar la cárcel en forma privada; no quería que se ocultase la manifestación del poder de Dios. Dijo: "Después de azotarnos públicamente sin sentencia judicial, siendo ciudadanos romanos, nos echaron en la cárcel, ¿y ahora nos echan encubiertamente? No, por cierto, sino vengan ellos mismos a sacarnos." Cuando esas palabras fueron repetidas a los magistrados, y se supo que los apóstoles eran ciudadanos romanos, los gobernantes se alarmaron por temor de que se quejasen al emperador de haber sido tratados ilícitamente. Así que ellos vinieron, les rogaron, y los sacaron de la cárcel, deseosos de que saliesen de la ciudad.

CAPÍTULO 16

PABLO VISITA A JERUSALÉN

Después de la conversión de Pablo, éste visitó a Jerusalén y allí predicó a Jesús y las maravillas de su gracia. Relató su conversión milagrosa, lo cual enfureció hasta tal punto a los sacerdotes y gobernantes que procuraron quitarle la vida. Pero a fin de que se salvase, Jesús volvió a aparecerle en visión mientras oraba, y le dijo: "Date prisa, y sal prontamente de Jerusalén; porque no recibirán tu testimonio acerca de mí." Pablo contestó: "Señor, ellos saben que yo encarcelaba y azotaba en todas las sinagogas a los que creían en ti; y cuando se derramaba la sangre de Esteban tu testigo, yo mismo también estaba presente, y consentía en su muerte, y guardaba las ropas de los que le mataban." Pablo pensaba que los judíos de Jerusalén no podrían resistir su testimonio; que considerarían que el gran cambio realizado en él podía deberse únicamente al poder de Dios. Pero la respuesta fué aún más decidida: "Ve, porque yo te enviaré lejos a los gentiles."

Mientras estuvo ausente de Jerusalén, Pablo escribió muchas cartas a diferentes lugares, en las que relataba su experiencia y testificaba poderosamente. Pero algunos se esforzaron por destruir la influencia de aquellas cartas. Se veían obligados a admitir que tenían peso y poder, pero

declaraban que la presencia corporal del autor era débil y despreciable su habla.

Los hechos del caso eran que Pablo era un hombre de gran saber, y su prudencia y sus modales encantaban a sus oyentes. Agradaba a los sabios con su conocimiento, y muchos de ellos creían en Jesús. Cuando estaba ante reyes y grandes asambleas, manifestaba tal elocuencia que fascinaba a todos los presentes. Esto enfurecía mucho a los sacerdotes y ancianos. Era fácil para Pablo entrar en raciocinios profundos y, elevándose, arrastraba a la gente consigo en los pensamientos más exaltados, al presentar las riquezas profundas de la gracia de Dios y describir el asombroso amor de Cristo. Luego, con sencillez, descendía al nivel que el pueblo común podía comprender y de la manera más poderosa relataba su experiencia, y despertaba en sus oyentes el ardiente deseo de ser discípulos de Cristo.

Nuevamente el Señor se apareció a Pablo y le reveló que debía subir a Jerusalén, que allí sería atado y que sufriría por su nombre. Aunque estuvo preso mucho tiempo, el Señor se valió de él para llevar adelante su obra especial. Sus cadenas habían de ser el medio de difundir el conocimiento de Cristo y de esta suerte glorificar a Dios. Al ser enviado de una ciudad a otra para ser enjuiciado, su testimonio concerniente a Jesús y los incidentes interesantes de su propia conversión fueron relatados delante de reyes y gobernantes, para que ellos quedasen sin excusa en lo concerniente a Jesús. Miles creyeron en Cristo y se regocijaron

en su nombre. Vi que el propósito especial de Dios se cumplió en el viaje de Pablo por mar; el Señor quería que la tripulación del barco presenciase manifestaciones del poder de Dios por medio de Pablo, que los paganos también oyesen el nombre de Jesús, y que muchos se convirtiesen por la enseñanza de Pablo y la comprobación de los milagros que realizaba. Reyes y gobernantes fueron encantados por su raciocinio, y mientras que con celo y el poder del Espíritu Santo predicaba a Jesús y relataba los acontecimientos interesantes de su experiencia, se apoderaba de ellos la convicción de que Jesús era el Hijo de Dios. Mientras algunos se llenaban de asombro al escuchar a Pablo, uno exclamó: "Por poco me persuades a ser cristiano." Sin embargo, la mayoría de los que le oyeron, pensaron que en algún tiempo futuro considerarían lo que habían oído. Satanás se valió de la demora y, por el hecho de que descuidaron la oportunidad cuando su corazón fué enternecido, la perdieron para siempre. Sus corazones se endurecieron.

Me fué mostrada la obra de Satanás al enceguecer primero los ojos de los judíos para que no recibiesen a Jesús como su Salvador; y luego al inducirlos a desear quitarle la vida, por la envidia que sentían a causa de sus obras poderosas. Satanás entró en uno de los discípulos de Cristo y lo indujo a entregarlo en las manos de sus enemigos, para que crucificasen al Señor de la vida y de la gloria.

Después que Jesús resucitó de entre los muertos, los judíos añadieron un pecado al otro al procurar ocultar el

hecho de su resurrección, sobornando la guardia romana para que atestiguase una mentira. Pero la resurrección de Jesús quedó doblemente asegurada por la resurrección de una multitud de testigos en la misma ocasión. Después de su resurrección, Jesús apareció a sus discípulos, y a más de quinientas personas de una vez, mientras que los resucitados con él aparecieron a muchos, declarando que Jesús había resucitado.

Satanás había inducido a los judíos a rebelarse contra Dios negándose a recibir a su Hijo y manchando sus manos con su preciosísima sangre. A pesar de la categórica evidencia de que Jesús era el Hijo de Dios, el Redentor del mundo, le habían dado muerte, y no quisieron recibir evidencia alguna en su favor. Su única esperanza y consuelo, como en el caso de Satanás después de su caída, estribaba en procurar prevalecer contra el Hijo de Dios. Por lo tanto persistieron en su rebelión persiguiendo a los discípulos de Cristo, y dándoles muerte. Nada ofendía tanto a sus oídos como el nombre de Jesús a quien habían crucificado; y estaban resueltos a no escuchar evidencia alguna en su favor. Como cuando el Espíritu Santo declaró por medio de Esteban la poderosa evidencia de que Jesús era el Hijo de Dios, se tapaban los oídos para no quedar convencidos. Satanás sujetaba fuertemente en sus garras a los homicidas de Jesús. Por obras perversas se habían entregado a él como súbditos voluntarios, y por medio de ellos obraba él para perturbar y molestar a los creyentes en Cristo. Obró por medio de los judíos para incitar a los gentiles contra

Jesús y contra los que le seguían. Pero Dios envió a sus ángeles para fortalecer a los discípulos en su obra, a fin de que pudiesen atestiguar las cosas que habían visto y oído, y al fin sellar con firmeza su testimonio por su sangre.

Satanás se regocijaba de que los judíos estaban bien sujetos en su trampa. Seguían practicando sus inútiles formalidades, sacrificios y ritos. Cuando Jesús, pendiente de la cruz, exclamó: "Consumado es," el velo del templo se partió en dos de arriba abajo, para indicar que Dios ya no atendería a los sacerdotes en el templo, ni aceptaría sus sacrificios y ritos, y también para demostrar que el muro de separación entre los judíos y los gentiles se había derribado. Jesús se había ofrecido como sacrificio en favor de ambos grupos, y si se habían de salvar, ambos debían creer en él como la única ofrenda por el pecado, el Salvador del mundo.

Cuando el soldado atravesó con la lanza el costado de Jesús mientras pendía de la cruz, salieron dos raudales distintos: uno de sangre, y el otro de agua. La sangre era para lavar los pecados de aquellos que creyesen en su nombre, y el agua había de representar aquella agua viva que se obtiene de Jesús para dar vida al creyente.

CAPÍTULO 17

LA GRAN APOSTASÍA

Fuí transportada al tiempo cuando los idólatras paganos perseguían cruelmente y mataban a los cristianos. La sangre corría a torrentes. Los nobles, los sabios y el pueblo común eran muertos por igual sin misericordia. Familias poseedoras de fortuna eran reducidas a la pobreza, porque no querían renunciar a su religión. No obstante la persecución y los sufrimientos que estos cristianos soportaban, no querían arriar el estandarte. Conservaban pura su religión. Vi que Satanás triunfaba y se regocijaba de que ellos sufriesen. Pero Dios miraba a sus fieles mártires con gran aprobación. Los cristianos que vivieron en aquel tiempo espantoso fueron muy amados por él, porque estaban dispuestos a sufrir por causa de él. Todo padecimiento soportado por ellos aumentaba su recompensa en el cielo.

Aunque Satanás se regocijaba por los sufrimientos de los santos, no estaba satisfecho con esto. Quería dominar tanto la mente como el cuerpo. Los padecimientos que soportaban no hacían sino acercarlos más al Señor, induciéndoles a amarse unos a otros, y a tener tanto más temor de ofenderle. Satanás deseaba inducirlos a desagradar a Dios; entonces perderían su fuerza, valor y firmeza. Aunque se daba la muerte a millares, otros se levantaban para reemplazarlos. Satanás vió que estaba perdiendo sus súbditos;

porque aunque sufrían persecución y muerte, quedaban asegurados para Jesucristo, para ser súbditos de su reino. Por lo tanto Satanás trazó sus planes para luchar con más éxito contra el gobierno de Dios y derribar la iglesia. Indujo a los idólatras paganos a abrazar una parte de la fe cristiana. Profesaron creer en la crucifixión y resurrección de Cristo, y se propusieron unirse con los discípulos de Jesús sin que cambiara su corazón. ¡Oh! ¡Cuán terrible fué el peligro de la iglesia! Fué un tiempo de angustia mental. Algunos pensaron que si descendían y se unían con aquellos idólatras que habían abrazado una parte de la fe cristiana, esta actitud sería el medio de obtener la conversión completa de ellos. Satanás estaba tratando de corromper las doctrinas de la Biblia.

Vi que por último el estandarte fué arriado, y que los paganos se unían con los cristianos. Aunque esos adoradores de los ídolos profesaban haberse convertido, trajeron consigo su idolatría a la iglesia, y sólo cambiaron los objetos de su culto en imágenes de los santos, y aun de Cristo y de su madre María. A medida que los seguidores de Cristo se unían gradualmente con aquellos idólatras, la religión cristiana se fué corrompiendo y la iglesia perdió su pureza y su poder. Algunos se negaron a unirse con ellos; los tales conservaron su pureza y sólo adoraban a Dios. No quisieron postrarse ante imagen de cosa alguna que hubiese en los cielos o abajo en la tierra.

Satanás se regocijaba por la caída de tantos; y entonces incitó a la iglesia caída a obligar a quienes querían

conservar la pureza de su religión a que accediesen a sus ceremonias y al culto de las imágenes o recibiesen la muerte. Los fuegos de la persecución se encendieron nuevamente contra la verdadera iglesia de Cristo, y millones fueron muertos sin misericordia.

Esto me fué presentado de la siguiente manera: Una gran compañía de idólatras paganos llevaba una bandera negra, sobre la cual se veían figuras del sol, la luna y las estrellas. Esta compañía parecía feroz y airada. Se me mostró luego otra compañía que llevaba una bandera de un blanco puro, sobre la cual estaba escrito: "Pureza y santidad a Jehová." Sus rostros se distinguían por su firmeza y una resignación celestial. Vi a los paganos idólatras acercárseles, y hubo una gran matanza. Los cristianos desaparecieron delante de ellos; y sin embargo la compañía cristiana estrechó sus filas, y sostuvo con más firmeza la bandera. Al caer muchos, otros se reunían en derredor de la bandera y ocupaban sus lugares.

Vi a la compañía de idólatras consultarse. Al no lograr que los cristianos cediesen, convinieron en otro plan. Los vi arriar su bandera y acercarse luego a aquella firme compañía de cristianos y hacerles propuestas. Al principio éstas fueron rechazadas de plano. Luego vi a la compañía cristiana consultarse. Algunos dijeron que arriarían la bandera, aceptarían las propuestas y salvarían la vida, y al fin cobrarían fuerza para enarbolar la bandera entre los paganos. No obstante, unos pocos no quisieron acceder a este plan, sino que con firmeza prefirieron morir sosteniendo

la bandera antes que arriarla. Entonces vi a muchos que arriaban la bandera y se unían con los paganos; pero los que permanecían firmes la recogían y la enarbolaban. Vi que constantemente había personas que abandonaban la compañía de aquellos que llevaban la bandera pura, y se unían con los idólatras bajo la bandera negra, para perseguir a los que llevaban la blanca. Muchos eran muertos, y sin embargo la bandera blanca se mantenía en alto, y otros creyentes eran suscitados para reunirse en derredor de ella.

Los judíos que primero despertaron la ira de los paganos contra Jesús no habían de escapar sin castigo. En la sala del tribunal, cuando Pilato vaciló en condenar a Jesús, los judíos enfurecidos gritaron: "Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos." El cumplimiento de esta terrible maldición que atrajeron sobre sus cabezas, lo ha experimentado la nación judía. Los paganos y los así llamados cristianos han sido igualmente sus enemigos. Aquellos que profesan ser cristianos, en su celo por Cristo, a quien los judíos crucificaron, pensaron que cuanto más los hicieran sufrir, tanto más agradarían a Dios. Por ende muchos de los judíos incrédulos fueron muertos, mientras que otros fueron expulsados de un lugar a otro y fueron castigados casi de toda manera posible.

La sangre de Cristo y la de los discípulos, a quienes habían dado muerte, estaba sobre ellos, y fueron sometidos a terribles castigos. La maldición de Dios los siguió, y fueron objeto de oprobio y ridículo para los paganos y los

así llamados cristianos. Fueron degradados, rehuidos y detestados, como si estuviese sobre ellos la marca de Caín. Sin embargo, vi que Dios había preservado maravillosamente a ese pueblo y lo había dispersado por el mundo a fin de que fuese reconocido como especialmente castigado por la maldición de Dios. Vi que Dios había abandonado a los judíos como nación; pero que miembros individuales de entre ellos se han de convertir todavía y ser capacitados para arrancar el velo de sus corazones y ver que la profecía relativa a ellos se ha cumplido; recibirán a Jesús como el Salvador del mundo y verán el gran pecado que cometió su nación al rechazarlo y crucificarlo.

CAPÍTULO 18

EL MISTERIO DE INIQUIDAD

Siempre ha sido el proyecto de Satanás desviar de Jesús la atención de la gente, volverla a los hombres y destruir el sentido de la responsabilidad individual. Fracasó Satanás en su propósito cuando tentó al Hijo de Dios; pero tuvo más éxito en su esfuerzo con los hombres caídos. Corrompióse el cristianismo. Papas y sacerdotes se arrogaron una posición exaltada y enseñaron a la gente que debía acudir a ellos para obtener el perdón de sus pecados en vez de recurrir directamente a Cristo.

La gente quedó del todo engañada. Se le enseñó que el papa y los sacerdotes eran los representantes de Cristo, cuando en verdad lo eran de Satanás, y a Satanás adoraban cuantos ante ellos se postraban. La gente pedía la Biblia; pero el clero creyó peligroso que la leyeran los fieles por sí mismos, por temor de que se ilustrasen y descubriesen los pecados de sus instructores. Se enseñó a la gente a recibir las palabras de esos engañadores como si proviniesen de la boca de Dios. Ejercían sobre la mente aquel poder que sólo Dios debiera ejercer. Si algunos se atrevían a seguir sus propias convicciones, se encendía contra ellos el mismo odio que los judíos habían manifestado contra

Jesús, y los que tenían autoridad se revelaban sedientos de su sangre.

Me fué mostrado un tiempo en que Satanás triunfaba especialmente. Multitudes de cristianos eran muertos de una manera espantosa, porque querían conservar la pureza de su religión. La Biblia era odiada, y se hacían esfuerzos para raerla de la tierra. A la gente se le prohibía leerla, so pena de muerte; y todos los ejemplares que se podían encontrar eran quemados. Pero vi que Dios tuvo cuidado especial de su Palabra, y la protegió. En diferentes períodos sólo quedaron unos cuantos ejemplares de la Biblia, pero Dios no consintió que se perdiera su Palabra, porque en los últimos días los ejemplares iban a multiplicarse de tal manera que cada familia podría poseerla. Vi que cuando había pocos ejemplares de la Biblia, los perseguidos discípulos de Jesús hallaban en ella inestimable tesoro y profundo consuelo. La leían secretamente, y quienes disfrutaban de este excelso beneficio sentían que habían conversado con Dios, con su Hijo Jesús y con sus discípulos. Pero este bendito privilegio costó la vida de muchos. Si los descubrían, los mandaban al tajo del verdugo, a la hoguera o a lóbregas mazmorras donde los dejaban morir de hambre.

No podía Satanás impedir el plan de salvación. Jesús fué crucificado y resucitó al tercer día. Pero Satanás les dijo a sus ángeles que sacaría ventajas de la crucifixión y resurrección. Estaba conforme con que los que profesaban la fe de Jesús diesen por invalidadas después de la muerte de

Cristo las leyes que regulaban los sacrificios y ofrendas judaicos con tal que pudiese llevarlos más lejos y hacerles creer que también la ley de los diez mandamientos había cesado cuando Cristo murió.

Vi que muchos cedían fácilmente a este engaño de Satanás. El cielo entero se indignó al ver pisoteada la sacrosanta ley de Dios. Jesús y toda la hueste celestial conocían la índole de la ley de Dios, y sabían que no era posible alterarla ni abrogarla. La condición desesperada del hombre después de la caída había causado en el cielo profundísima tristeza, y movió a Cristo a ofrecerse para morir por los transgresores de la santa ley de Dios. Pero de haberse podido abrogar la ley, el hombre se hubiese salvado sin necesidad de la muerte de Jesús. Por lo tanto, esa muerte no destruyó la ley del Padre, sino que la magnificó y honró, e impuso a todos el acatamiento de todos sus santos preceptos.

Si la iglesia hubiese permanecido pura y firme, no habría podido Satanás engañarla ni inducirla a que pisotease la ley de Dios. En ese plan descarado Satanás ataca directamente el fundamento del gobierno de Dios en el cielo y en la tierra. Por su rebelión fué expulsado del cielo, y después quiso salvarse pretendiendo que Dios alterase su ley; pero ante la hueste del cielo se le manifestó que la ley de Dios era inalterable. Satanás sabe que induciendo a otros a quebrantar la ley de Dios los gana para su causa, porque todo transgresor de la ley debe morir.

Resolvió Satanás ir todavía más lejos. Dijo a sus ángeles que algunos tendrían tanto celo por la ley de Dios que no se dejarían prender en esa trampa, pues los diez mandamientos eran tan explícitos que muchos creerían que seguían válidos, y por lo tanto sólo debía tratar de corromper uno de los mandamientos. Así que indujo a sus representantes a intentar cambiar el cuarto, o sea el mandamiento del día de reposo, con lo que alterarían el único de los diez que revela al Dios verdadero, el Creador de los cielos y de la tierra. Satanás recordó a sus representantes la gloriosa resurrección de Jesús y les dijo que por haber resucitado el primer día de la semana, el Salvador había trasladado el descanso del séptimo al primer día de la semana.

Así se valió Satanás de la resurrección en provecho de sus propósitos. El y sus ángeles se congratularon de que los errores por ellos preparados fuesen aceptados tan favorablemente entre quienes se llamaban amigos de Cristo. Lo que uno consideraba con religioso horror, lo admitía otro, y así fueron celosamente acogidos y defendidos diferentes errores. La voluntad de Dios, tan claramente revelada en su Palabra, fué encubierta con errores y tradiciones que eran enseñados como mandamientos de Dios. Aunque este engaño que desafía al cielo será tolerado hasta la segunda venida de Jesús, no ha quedado Dios sin testigos durante todo ese tiempo de error y engaño. En medio de las tinieblas y persecuciones contra la iglesia, siempre

hubo cristianos que guardaron fielmente todos los mandamientos de Dios.

Vi que la hueste angélica llenóse de asombro al contemplar la pasión y muerte del Rey de gloria; pero también vi que no le sorprendió que el Señor de la vida y de la gloria, el que henchía los cielos de gozo y esplendor, quebrantase los lazos de la muerte y surgiese de la tumba como triunfante vencedor. Por lo tanto, si uno de estos dos sucesos hubiese de conmemorarse por un día de descanso, habría de ser el de la crucifixión. Pero yo vi que ninguno de estos acontecimientos estaba destinado a mudar o revocar la ley de Dios, sino que, por el contrario, corroboraban su carácter inmutable.

Ambos importantes sucesos tienen su peculiar conmemoración. Al participar del pan quebrantado y del fruto de la vid en la cena del Señor, recordamos su muerte hasta que él venga. Así se renuevan en nuestra memoria las escenas de su pasión y muerte. Conmemoramos la resurrección de Cristo al ser sepultados con él en el bautismo y levantarnos de la tumba líquida para vivir en novedad de vida a semejanza de su resurrección.

Se me mostró que la ley de Dios permanecerá inalterable por siempre y regirá en la nueva tierra por toda la eternidad. Cuando en la creación se echaron los cimientos de la tierra, los hijos de Dios contemplaron admirados la obra del Creador, y la hueste celestial prorrumpió en exclamaciones de júbilo. Entonces se echaron también los cimientos del sábado. Después de los seis días de la creación,

Dios reposó el séptimo, de toda la obra que había hecho, y lo bendijo y santificó, porque en dicho día había reposado de toda su obra. El sábado fué instituído en el Edén antes de la caída, y lo observaron Adán y Eva y toda la hueste celestial. Dios reposó en el séptimo día, lo bendijo y lo santificó. Vi que el sábado nunca será abolido, sino que los santos redimidos y toda la hueste angélica lo observarán eternamente en honra del gran Creador.

CAPÍTULO 19

LA MUERTE NO ES TORMENTO ETERNO

Satanás comenzó su engaño en el Edén. Dijo a Eva: "No moriréis." Tal fué la primera lección de Satanás acerca de la inmortalidad del alma, y ha continuado con este engaño desde entonces hasta hoy, y seguirá con él hasta que haya cesado el cautiverio de los hijos de Dios. Me fueron mostrados Adán y Eva en el Edén. Comieron del árbol prohibido, y entonces la espada de fuego fué puesta en derredor del árbol de vida, y ellos fueron expulsados del huerto, no fuera que comiesen del árbol de vida, y fuesen pecadores inmortales. El fruto de este árbol había de perpetuar la inmortalidad. Oí a un ángel preguntar: "¿Quién de la familia de Adán cruzó aquella flamígera espada, y ha comido del árbol de la vida?" Oí a otro ángel contestar: "Ni uno de la familia de Adán cruzó esa espada de fuego, ni comió de aquel árbol; por lo tanto no hay un solo pecador inmortal." El alma que pecare, ésta morirá de una muerte eterna, una muerte de la cual no hay esperanza de resucitar; y entonces la ira de Dios será apaciguada.

Me asombraba que Satanás pudiese tener tanto éxito como para hacer creer a los hombres que las palabras de Dios, "el alma que pecare, esa morirá," significan que el alma que peca no muere, sino que vive eternamente en

tormentos. Dijo el ángel: "La vida es vida, sea en el dolor o la felicidad. La muerte es un estado sin dolor, sin goce, sin odio."

Satanás dijo a sus ángeles que hiciesen un esfuerzo especial por difundir la mentira que le fué dicha por primera vez a Eva en el Edén: "No moriréis." Y a medida que el error fuese recibido por la gente, y ésta fuese inducida a creer que el hombre es inmortal, Satanás le haría creer que el pecador ha de vivir en tormento eterno. Entonces el camino quedó preparado para que Satanás obrase por medio de sus representantes y señalara a Dios ante la gente como un tirano vengativo, que hunde en el infierno a todos los que no le agradan, y les hace sentir su ira para siempre; y que, mientras sufren indecible angustia y se retuercen en las llamas eternas, los mira con satisfacción. Satanás sabía que si este error era recibido, Dios sería odiado por muchos, en vez de ser amado y adorado; y que muchos se verían inducidos a creer que las amenazas de la Palabra de Dios no habían de cumplirse literalmente, porque sería contrario a su carácter de benevolencia y amor hundir en tormentos eternos a los seres a quienes creó.

Otro extremo que Satanás hizo adoptar por la gente es el de pasar por alto en absoluto la justicia de Dios y las amenazas de su Palabra, al representarle como un ser que es todo misericordia, de manera que nadie ha de perecer, sino que todos, santos y pecadores, serán al fin salvos en su reino.

Como consecuencia de los errores populares de la inmortalidad del alma y de los tormentos eternos, Satanás saca ventajas de otra clase de personas y la induce a considerar la Biblia como un libro que no es inspirado. Piensan que enseña muchas cosas buenas; pero no pueden fiar en ella ni amarla, porque se les ha enseñado que presenta la doctrina del tormento eterno.

Otra clase es llevada aún más lejos por Satanás: a negar la existencia de Dios. No pueden admitir que sea consecuente con el carácter del Dios de la Biblia el que inflija horribles torturas por toda la eternidad a una porción de la familia humana. Por lo tanto niegan la Biblia y a su Autor y consideran la muerte como un sueño eterno.

Hay otra clase todavía que está llena de miedo y timidez. A éstos Satanás los tienta a cometer pecado, y después que lo han cometido les recalca que la paga del pecado no es la muerte, sino la vida en horribles tormentos que se habrán de soportar durante las edades sin fin de la eternidad. Al magnificar así ante sus mentes apocadas los horrores de un infierno inacabable, se posesiona de sus ánimos, y ellos pierden la razón. Entonces Satanás y sus ángeles se regocijan, y el incrédulo y ateo se dan la mano para cubrir de oprobio el cristianismo. Sostienen que esos males son resultados naturales de creer en la Biblia y en su Autor, cuando son la consecuencia de haber recibido una herejía popular.

Vi que la hueste celestial se llenaba de indignación al ver esta obra atrevida de Satanás. Pregunté por qué se

toleraba que todos estos engaños produjesen sus efectos en la mente humana cuando los ángeles de Dios eran poderosos y, si se les ordenara, les sería fácil quebrantar el poder del enemigo. Entonces vi que Dios sabía que Satanás iba a ensayar todas sus artes para destruir al hombre. Por esto había hecho escribir su Palabra y presentado sus propósitos acerca de la raza humana con tanta claridad que los más débiles no necesitasen errar. Después de haber dado su Palabra al hombre, la había preservado cuidadosamente de la destrucción por Satanás y sus ángeles, o por cualquiera de sus agentes o representantes. Mientras que otros libros podían ser destruídos, éste había de ser inmortal. Y al acercarse el fin del tiempo, cuando los engaños de Satanás aumentarían, iba a multiplicarse de tal manera que todos los que lo deseasen pudiesen obtener un ejemplar, y si querían, podían armarse contra los engaños y los prodigios mentirosos de Satanás.

Vi que Dios había guardado en forma especial la Biblia; sin embargo cuando los ejemplares de ella eran pocos, hubo sabios que en algunos casos cambiaron las palabras, pensando que estaban haciendo más claro su sentido, cuando en realidad estaban confundiendo lo que era claro e inclinándolo hacia sus opiniones establecidas, que eran gobernadas por la tradición. Pero vi que la Palabra de Dios, en conjunto, es una cadena perfecta, de la cual una porción se vincula con la otra y la explica. Los verdaderos buscadores de la verdad no necesitan errar; porque no sólo es la Palabra de Dios clara y sencilla al presentar el camino

de la vida, sino que el Espíritu Santo es dado como guía para comprender el camino de la vida en ella revelado.

Vi que los ángeles de Dios nunca han de controlar la voluntad. Dios pone delante del hombre la vida y la muerte. El puede elegir. Muchos desean la vida, pero siguen andando en el camino ancho. Escogen rebelarse contra el gobierno de Dios, no obstante la gran misericordia y compasión que él manifestó al dar a su Hijo para que muriese por ellos. Los que no escogen aceptar la salvación comprada a precio tan alto, deben ser castigados. Pero vi que Dios no los encerrará en un infierno para que sufran eternamente, ni tampoco los llevará al cielo; porque introducirlos en la compañía de los puros y santos sería hacerlos excesivamente miserables. Pero él los destruirá por completo para que sean como si nunca hubiesen existido; entonces su justicia estará satisfecha. Formó al hombre con el polvo de la tierra, y los desobedientes y profanos serán consumidos por fuego y volverán a ser polvo. Vi que la benevolencia y la compasión de Dios en este asunto debieran inducir a todos a admirar su carácter y a adorar su santo nombre. Después que los impíos hayan sido raídos de la tierra, toda la hueste celestial dirá: "¡Amén!"

Satanás mira con gran satisfacción a los que profesan el nombre de Cristo, y sin embargo se adhieren estrechamente a los engaños que el diablo mismo originó. Su obra sigue siendo la de idear nuevos engaños, y su poder y arte en esa dirección aumentan de continuo. El indujo a sus representantes, los papas y los sacerdotes, a exaltarse a sí

mismos y a incitar al pueblo a perseguir acerbamente y destruir a los que no querían aceptar sus engaños. ¡Oh! ¡Cuántos sufrimientos y agonía fueron impuestos a los preciosos seguidores de Cristo! Los ángeles han llevado una cuenta fiel de todo esto. Con todo regocijo Satanás y sus malos ángeles dijeron a los ángeles que servían a aquellos santos dolientes que los iban a matar a todos, para que no quedase un solo cristiano verdadero en la tierra. Vi que entonces la iglesia de Dios era pura. No había peligro de que ingresaran en ella hombres de corazón corrupto; porque el verdadero cristiano, que se atrevía a declarar su fe, estaba en peligro del potro, la hoguera y toda tortura que Satanás y sus malos ángeles pudieran inventar o inspirar a la mente del hombre.

CAPÍTULO 20

LA REFORMA

A pesar de la persecución contra los santos, se levantaban por doquiera vivos testigos de la verdad de Dios. Los ángeles del Señor efectuaban la obra que se les había confiado. Por los más obscuros lugares buscaban y elegían, sacándolos de las tinieblas, a los varones de corazón sincero que estaban sumidos en el error, y que, sin embargo, como Saulo, eran llamados por Dios para ser escogidos mensajeros de su verdad, y para que levantaran la voz contra los pecados de los que decían ser su pueblo. Los ángeles de Dios movieron el corazón de Martín Lutero, Melancton y otros en diversos lugares, despertándoles la sed del viviente testimonio de la Palabra de Dios. El enemigo había irrumpido como una inundación y era preciso levantar bandera contra él. Lutero fué escogido para arrostrar la tormenta, hacer frente a las iras de una iglesia caída y fortalecer a los pocos que permanecían fieles a su santa profesión. Era hombre que siempre temía ofender a Dios. Había hecho lo posible por obtener el favor divino mediante las obras, pero no quedó satisfecho hasta que un resplandor de la luz del cielo disipó las tinieblas de su mente y le indujo a confiar, no en las obras, sino en los méritos de la sangre de Cristo. Entonces pudo dirigirse personalmente a Dios, por el único medio de Jesucristo y no por intermedio de papas y confesores.

¡Oh, cuán valiosa fué para Lutero esta nueva y refulgente luz que había alboreado en su entenebrecido entendimiento, y disipado su superstición! La estimaba en más que todos los tesoros del mundo. La Palabra de Dios era nueva para él. Todo lo veía cambiado. El libro que había temido por no poder hallar belleza en él, era ahora para él la vida eterna, su gozo, su consuelo y su bendito instructor. Nada podría inducirle a desistir de su estudio. Había temido la muerte; pero al leer la Palabra de Dios, se desvanecieron todos sus terrores, admiró el carácter de Dios y le amó. Escudriñó por sí mismo la Biblia y se regocijó en los preciosos tesoros en ella contenidos. Después la escudriñó para la iglesia. Le indignaban los pecados de aquellos en quienes había confiado para salvarse, y al ver a muchos otros envueltos en las mismas tinieblas que a él le habían ofuscado, buscó anhelosamente la ocasión de mostrarles al Cordero de Dios, el único que quita el pecado del mundo.

Alzando su voz contra los errores y pecados de la iglesia papal, procuró ardientemente quebrantar la cadena de tinieblas que ataba a millares de personas y las movía a confiar en las obras para obtener salvación. Anhelaba poder presentar a su entendimiento las verdaderas riquezas de la gracia de Dios y la excelencia de la salvación obtenida por medio de Jesucristo. Con el poder del Espíritu Santo clamó contra los pecados de los dirigentes de la iglesia y no desmayó su valor al tropezar con la borrascosa oposición de los sacerdotes, porque confiaba firmemente

en el fuerte brazo de Dios y esperaba, lleno de fe, que él le diera la victoria. Al estrechar más y más la batalla, recrudecía la cólera del clero romano contra él. Los clérigos no querían reformarse. Preferían que los dejasen en sus comodidades, en sus livianos y libertinos placeres, en su perversidad. También deseaban mantener a la iglesia en tinieblas.

Vi que Lutero era vehemente, celoso, intrépido y resuelto en la reprobación de los pecados y la defensa de la verdad. No le importaban los demonios ni los malvados, pues sabía que estaba asistido por quien puede más que todos ellos. Era valiente, celoso y osado, y hasta a veces arriesgaba llegar al exceso; pero Dios levantó a Melancton, cuyo carácter era diametralmente opuesto al de Lutero, para que ayudase a éste en la obra de la Reforma. Melancton era tímido, temeroso, precavido y pacientísimo. Dios le amaba grandemente. Conocía muy bien las Escrituras y tenía excelente perspicacia y criterio.

Su amor a la causa de Dios igualaba al de Lutero. El Señor unió los corazones de estos dos hombres, y fueron amigos inseparables. Lutero ayudaba poderosamente a Melancton cuando éste temía y era tardo en sus pasos, y Melancton le servía de mucho a Lutero cuando éste intentaba precipitar los suyos. Las previsoras precauciones de Melancton evitaron muchas dificultades con que hubiese tropezado la causa si la obra hubiera estado en las solas manos de Lutero, mientras que otras veces la obra no hubiera prosperado si tan sólo la hubiese dirigido

Melancton. Me fué mostrada la sabiduría de Dios al escoger estos dos hombres para llevar a cabo la obra de reforma.

Fuí luego transportada a los días de los apóstoles y vi que Dios escogió como compañeros un Pedro ardiente y celoso y un Juan benigno y paciente. A veces Pedro era impetuoso, y a menudo cuando tal era el caso, el discípulo amado le refrenaba. Sin embargo esto no lo reformaba. Pero después que hubo negado a su Señor, se hubo arrepentido y luego convertido, todo lo que necesitaba para frenar su ardor y celo era una palabra de cautela de parte de Juan. Con frecuencia la causa de Cristo habría sufrido si hubiese sido confiada a Juan solamente. El celo de Pedro era necesario. Su audacia y energía los libraba a menudo de las dificultades y acallaba a sus enemigos. Juan sabía conquistar. Ganó a muchos para la causa de Cristo con su paciente tolerancia y profunda devoción.

Dios suscitó hombres que clamasen contra los pecados existentes en la iglesia papal y llevasen adelante la Reforma. Satanás procuró destruir a estos testigos vivos; pero el Señor puso un cerco alrededor de ellos. Para gloria de su nombre, se permitió que algunos sellasen con su sangre el testimonio que habían dado; pero había otros hombres poderosos, como Lutero y Melancton, que podían glorificar mejor a Dios viviendo, y exponiendo los pecados de sacerdotes, papas y reyes. Estos temblaban a la voz de Lutero y de sus colaboradores. Mediante estos hombres escogidos, los rayos de luz comenzaron a dispersar las

tinieblas, y muchísimos recibieron gozosamente la luz y anduvieron en ella. Y cuando un testigo era muerto, dos o más eran suscitados para reemplazarlo. Pero Satanás no estaba satisfecho. Sólo podía ejercer poder sobre el cuerpo. No podía obligar a los creyentes a renunciar a su fe y esperanza. Y aun en la muerte triunfaban con una brillante esperanza de la inmortalidad que obtendrían en la resurrección de los justos. Tenían algo más que energía mortal. No se atrevían a dormir un momento, sino que conservaban la armadura cristiana ceñida en derredor suyo, preparados para un conflicto, no simplemente con los enemigos espirituales, sino con Satanás en forma de hombres cuyo grito constante era: "¡Renunciad a vuestra fe, o morid!" Estos pocos cristianos eran fuertes en Dios, y más preciosos a sus ojos que medio mundo que llevase el nombre de Cristo, y fuesen cobardes en su causa. Mientras la iglesia era perseguida, sus miembros eran unidos y se amaban; eran fuertes en Dios. A los pecadores no se les permitía unirse con la iglesia. Únicamente aquellos que estaban dispuestos a abandonarlo todo por Cristo podían ser sus discípulos. Estos se deleitaban en ser pobres, humildes y semejantes a Cristo.

CAPÍTULO 21

ALIANZA ENTRE LA IGLESIA Y EL MUNDO

Después de esto vi que Satanás consultaba con sus ángeles para considerar cuánto habían ganado. Era cierto que por medio del temor a la muerte habían logrado que algunas almas tímidas no abrazaran la verdad; pero muchos, que aunque tímidos la abrazaron, vieron al punto desvanecidos sus temores. Al presenciar la muerte de sus hermanos y contemplar su firmeza y paciencia, comprendieron que Dios y los ángeles les ayudaban a soportar tantos sufrimientos. Así se volvían valerosos y resueltos; y cuando a su vez les tocaba dar la vida, mantenían su fe con tal paciencia y firmeza que hacían temblar aun a sus propios verdugos. Satanás y sus ángeles decidieron que había otro medio aún más eficaz para que las almas se perdieran, y que daría mejores resultados. Aunque a los cristianos se les infligían sufrimientos, su firmeza y la brillante esperanza que los animaba fortalecían al débil y le habilitaban para arrostrar impávido el tormento y la hoguera. Imitaban el noble proceder de Cristo ante sus verdugos, y por su constancia y la gloria de Dios que los circuía, convencían a muchos otros de la verdad.

Por lo tanto Satanás resolvió valerse de un procedimiento más suave. Ya había corrompido las doctrinas de

la Biblia, e iban arraigándose profundamente las tradiciones que habían de perder a millones de personas. Refrenando su odio, resolvió no excitar a sus vasallos a tan acerba persecución, sino inducir a la iglesia a que disputara sobre varias tradiciones, en vez de la fe entregada una vez a los santos. En cuanto logró Satanás que la iglesia aceptase favores y honores del mundo so pretexto de recibir beneficios, principió a perder ella el favor de Dios. Se fué debilitando en poder al rehuir declarar las auténticas verdades que eliminaban a los amadores del placer y a los amigos del mundo.

La iglesia no es ahora el apartado y peculiar pueblo que era cuando los fuegos de la persecución estaban encendidos contra ella. ¡Cuán empañado está el oro! ¡Cuán transmutado el oro fino! Vi que si la iglesia hubiese conservado siempre su carácter peculiar y santo, todavía permanecería en ella el poder del Espíritu Santo que recibieron los discípulos. Sanarían los enfermos, los demonios serían reprobados y echados, y la iglesia sería potente, y un terror para sus enemigos.

Vi una numerosa compañía que profesaba el nombre de Cristo, pero Dios no la reconocía como suya. No se complacía en ella. Satanás asumía carácter religioso y estaba dispuesto a que la gente se creyese cristiana; y hasta estaba también ansioso de que creyeran en Jesús, en su crucifixión y resurrección. Satanás y sus ángeles creen todo esto ellos mismos y tiemblan. Pero si la fe del cristiano no le mueve a buenas obras ni induce a quienes la

profesan a imitar la abnegación de Cristo, Satanás no se conturba, porque como entonces los cristianos lo son sólo de nombre y sus corazones continúan siendo carnales, él puede emplearlos en su servicio mucho mejor que si no profesaran ser cristianos. Ocultando su deformidad bajo el nombre de cristianos, pasan por la vida con sus profanos temperamentos y sus indómitas pasiones. Esto da motivo a que los incrédulos achaquen a Cristo las imperfecciones de los llamados cristianos, y desacrediten a los de pura e inmaculada religión.

Los ministros ajustan sus sermones al gusto de los cristianos mundanos. No se atreven a predicar a Jesús ni las penetrantes verdades de la Biblia, porque si lo hiciesen, estos cristianos mundanos no quedarían en las iglesias. Sin embargo, como la mayor parte de ellos son gente rica, los ministros procuran retenerlos, aunque no sean más merecedores de estar en la iglesia que Satanás y sus ángeles. Esto es precisamente lo que Satanás quería. Hace aparecer la religión de Jesús como popular y honrosa a los ojos de los mundanos. Dice a la gente que quienes profesan la religión recibirán más honores del mundo. Estas enseñanzas difieren notablemente de las de Cristo. La doctrina de él y el mundo no pueden convivir en paz. Quienes siguen a Cristo han de renunciar al mundo. Las enseñanzas halagadoras provienen de Satanás y sus ángeles. Ellos trazaron el plan, y los cristianos nominales lo llevaron a cabo. Enseñaron fábulas agradables que las gentes creyeron fácilmente, y se agregaron a la iglesia pecadores hipócritas y

descarados. Si la verdad hubiese sido predicada en su pureza, pronto habría eliminado a esa clase. Pero no hubo diferencia entre los que profesaban servir a Cristo y los mundanos. Vi que si la falsa cubierta hubiese sido arrancada de sobre los miembros de las iglesias, habría revelado tanta iniquidad, vileza y corrupción que el más tibio hijo de Dios no habría vacilado en llamar a esos profesos cristianos por su verdadero nombre: hijos de su padre, el diablo, cuyas obras hacían.

Jesús y toda la hueste celestial miró con desagrado la escena; sin embargo Dios tenía para la iglesia un mensaje que era sagrado e importante. Si se lo recibía, produciría una reforma cabal en la iglesia, haciendo revivir el testimonio vivo que eliminaría a los hipócritas y pecadores, y devolvería a la iglesia el favor de Dios.

CAPÍTULO 22

GUILLERMO MILLER

Dios envió a su ángel para que moviese el corazón de un agricultor que antes no creía en la Biblia, y lo indujese a escudriñar las profecías. Los ángeles de Dios visitaron repetidamente a aquel varón escogido, y guiaron su entendimiento para que comprendiese las profecías que siempre habían estado veladas al pueblo de Dios. Se le dió el primer eslabón de la cadena de verdades y se le indujo a buscar uno tras otro los demás eslabones hasta que se maravilló de la Palabra de Dios, viendo en ella una perfecta cadena de verdades. Aquella Palabra que había considerado no inspirada, se desplegaba ahora esplendente y hermosa ante su vista. Echó de ver que unos pasajes de la Escritura son explicación de otros, y cuando no entendía uno de ellos lo encontraba esclarecido por otro. Miraba la sagrada Palabra de Dios con gozo, a la par que con profundísimo respeto y reverencia.

Según fué prosiguiendo en el escrutinio de las profecías, convencióse de que los habitantes de la tierra estaban viviendo sin saberlo en los últimos tiempos de la historia del mundo. Vió que las iglesias estaban relajadas, que habían desviado su afecto de Jesús para ponerlo en el mundo; que procuraban honores mundanos en vez del honor que proviene de lo alto; que codiciaban riquezas terrenales en vez de allegar tesoros en el cielo. Vió por doquiera

hipocresía, tinieblas y muerte. Su ánimo estaba desgarrado en sí mismo. Dios le llamaba para que abandonara su granja, como había llamado a Eliseo para que dejara los bueyes y el campo de labranza y siguiese a Elías. Tembloroso empezó Guillermo Miller a declarar ante la gente los misterios del reino de Dios, conduciendo a sus oyentes por medio de las profecías al segundo advenimiento de Cristo. Se iba fortaleciendo con cada esfuerzo. Así como Juan el Bautista anunció el primer advenimiento de Jesús y preparó el camino para su venida, también Guillermo Miller y los que se le unieron proclamaron al mundo la inminencia del segundo advenimiento del Hijo de Dios.

Se me transportó a la era apostólica y se me mostró que Dios había confiado una obra especial a su amado discípulo Juan. Satanás quiso impedir esta obra e indujo a sus siervos a que matasen a Juan; pero Dios le libró milagrosamente por medio de su ángel. Todos cuantos presenciaron el gran poder de Dios en la liberación de Juan, quedaron atónitos, y muchos se convencieron de que Dios estaba con él, y que era verdadero el testimonio que daba de Jesús. Quienes trataban de matarlo temieron atentar de nuevo contra su vida, y le fué permitido seguir sufriendo por Jesús. Finalmente sus enemigos le acusaron calumniosamente y fué desterrado a una isla solitaria, donde el Señor envió a su ángel para revelarle eventos que iban a suceder en la tierra y la condición de la iglesia hasta el tiempo del fin,—sus apostasías y la posición que ocuparía si agradaba a Dios y obtenía la victoria final.

El ángel del cielo llegóse majestuosamente a Juan, reflejando en su semblante la excelsa gloria de Dios. Reveló a Juan escenas de profundo y conmovedor interés en la historia de la iglesia de Dios, y le presentó los conflictos peligrosos que habrían de sufrir los discípulos de Cristo. Juan los vió atravesando durísimas pruebas en que se fortalecían y purificaban para triunfar por fin victoriosa y gloriosamente salvados en el reino de Dios. El aspecto del ángel rebosaba de gozo y refulgía extremadamente mientras mostraba a Juan el triunfo final de la iglesia de Dios. Al contemplar el apóstol la liberación final de la iglesia, quedó arrobado por la magnificencia del espectáculo, y con profunda reverencia y pavor postróse a los pies del ángel para adorarle. El mensajero celestial lo alzó instantáneamente del suelo y suavemente le reconvino diciendo: "Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía." Después el ángel le mostró a Juan la ciudad celestial en todo su esplendor y refulgente gloria; y él, absorto y abrumado, olvidándose de la anterior reconvención del ángel, postróse de nuevo a sus pies para adorarle. También esta vez le reconvino el ángel, diciéndole: "Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios."

Los predicadores y el pueblo solían considerar misterioso el libro del Apocalipsis y de menor importancia que

otras partes de las Escrituras Sagradas. Pero yo vi que este libro es verdaderamente una revelación dada en beneficio especial de quienes viviesen en los últimos días, para inducirlos a discernir su verdadera posición y su deber. Dios dirigió la mente de Guillermo Miller hacia las profecías y le dió gran luz sobre el Apocalipsis.

Si la gente hubiese entendido las visiones de Daniel habría comprendido mejor las de Juan. Pero a su debido tiempo, Dios obró en su siervo elegido, y él, con claridad y el poder del Espíritu Santo, explicó las profecías demostrando la concordancia entre las visiones de Daniel y las de Juan, así como con otros pasajes de la Biblia, e inculcó en el ánimo de la gente las sagradas y temibles amonestaciones de la Escritura a prepararse para el advenimiento del Hijo del hombre. Quienes le oyeron quedaron profundamente convencidos, y clero y pueblo, pecadores e incrédulos, se volvieron hacia el Señor y buscaron la preparación para estar en pie en el juicio.

Los ángeles de Dios acompañaron a Guillermo Miller en su misión. Firme e intrépido, proclamaba el mensaje que se le había confiado. Un mundo sumido en la maldad y una iglesia fría y mundana eran bastante para llamar a la acción todas sus energías y moverlo a sufrir voluntariamente toda clase de penalidades y privaciones. Aunque combatido por los que se llamaban cristianos y por el mundo, y abofeteado por Satanás y sus ángeles, no cesaba Miller de predicar el Evangelio eterno a las multitudes siempre que se le deparara ocasión, pregonando cerca y

lejos: “Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado.”

CAPÍTULO 23

EL MENSAJE DEL PRIMER ÁNGEL

Vi que Dios estaba en la proclamación del tiempo en 1843. Era su propósito despertar a la gente y colocarla en un punto de prueba donde se decidiese en pro o en contra de la verdad. Algunos ministros se convencieron de la exactitud de los cálculos y las interpretaciones dadas a los períodos proféticos, y renunciando a su orgullo, a sus emolumentos y a sus parroquias, fueron de lugar en lugar para proclamar el mensaje. Pero como este mensaje del cielo sólo podía encontrar cabida en el corazón de algunos de los que se llamaban ministros de Cristo, la obra fué confiada a muchos que no eran predicadores. Algunos dejaron sus campos y otros sus tiendas y almacenes para proclamar el mensaje; y aun no faltaron profesionales de carrera liberal que abandonaron el ejercicio de su profesión para sumarse a la obra impopular de difundir el mensaje del primer ángel.

Hubo ministros que desechando sus opiniones y sentimientos sectarios se unieron para proclamar la venida de Jesús. Doquiera se publicaba el mensaje, conmovíase el ánimo de la gente. Los pecadores se arrepentían, lloraban e impetraban perdón; y quienes habían cometido algún hurto o desfalco, anhelaban restituir la substracción. Los

padres sentían profundísima solicitud por sus hijos. Los que recibían el mensaje exhortaban a los parientes y amigos todavía no convertidos, y con el alma doblegada bajo el peso del solemne mensaje, los amonestaban e invitaban a prepararse para la venida del Hijo del hombre. Eran personas de corazón muy empedernido las que no quisieron ceder al peso de las evidencias dadas por las cariñosas advertencias. Esta obra purificadora de las almas desviaba los afectos de las cosas mundanas y los conducía a una consagración no sentida hasta entonces.

Millares de personas abrazaban la verdad predicada por Guillermo Miller, y se levantaban siervos de Dios con el espíritu y el poder de Elías para proclamar el mensaje. Como Juan, el precursor de Jesús, los que predicaban ese solemne mensaje se veían movidos a poner la segur a la raíz de los árboles, y exhortar a los hombres a que diesen frutos de arrepentimiento. Propendía su testimonio a influir poderosamente en las iglesias y manifestar su verdadero carácter. Al resonar la solemne amonestación de que huyesen de la ira venidera, muchos miembros de las iglesias recibieron el salutífero mensaje, y echando de ver sus apostasías lloraron amargas lágrimas de arrepentimiento, y con profunda angustia de ánimo se humillaron ante Dios. Cuando el Espíritu de Dios se posó sobre ellos, ayudaron a difundir el pregón: "Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado."

La predicación de una fecha definida para el advenimiento levantó violenta oposición en todas partes, desde

el ministro en el púlpito hasta el más descuidado y empedernido pecador. El ministro hipócrita y el descarado burlón decían: "Pero del día y la hora nadie sabe." Ni los unos ni los otros querían ser enseñados y corregidos por quienes señalaban el año en que creían que terminaban los períodos proféticos y llamaban la atención a las señales que indicaban que Cristo estaba cerca, a las puertas. Muchos pastores del rebaño, que aseguraban amar a Jesús, decían que no se oponían a la predicación de la venida de Cristo, sino al hecho de que se fijara una fecha para esa venida. Pero el omnividente ojo de Dios leía en sus corazones. No deseaban que Jesús estuviese cerca. Comprendían que su profana conducta no podría resistir la prueba, porque no andaban por el humilde sendero que trazara Cristo. Aquellos falsos pastores se interpusieron en el camino de la obra de Dios. La verdad predicada con poder convincente despertó a la gente, que como el carcelero empezó a preguntar: "¿Qué debo hacer para ser salvo?" Pero los malos pastores se interpusieron entre la verdad y los oyentes, predicando cosas halagadoras para apartarlos de la verdad. Se unieron con Satanás y sus ángeles para clamar: "Paz, paz," cuando no había paz. Quienes amaban sus comodidades, y estaban contentos lejos de Dios, no quisieron que se los despertase de su carnal seguridad. Vi que los ángeles lo anotaban todo. Las vestiduras de aquellos profanos pastores estaban teñidas con la sangre de las almas.

Los ministros que no querían aceptar este mensaje salvador, estorbaron a quienes lo hubieran recibido. La sangre de las almas está sobre ellos. Los predicadores y la gente se coligaron en oposición a este mensaje del cielo, para perseguir a Guillermo Miller y a quienes con él se unían en la obra. Se hicieron circular calumnias para perjudicar su influencia, y diferentes veces, después de declarar Miller el consejo de Dios e infundir contundentes verdades en el corazón del auditorio, se encendía violenta cólera contra él, y al salir del lugar de la reunión le acechaban algunos para quitarle la vida. Pero Dios envió ángeles para protegerlo, y le salvaron de manos de las enfurecidas turbas. Su obra no estaba aún terminada.

Los más devotos recibían alegremente el mensaje. Sabían que dimanaba de Dios, y que había sido dado en tiempo oportuno. Los ángeles contemplaban con profundísimo interés el resultado del mensaje celestial, y cuando las iglesias se desviaban de él y lo rechazaban, consultaban ellos tristemente con Jesús, quién apartaba su rostro de las iglesias y ordenaba a sus ángeles que velasen fielmente sobre las preciosas almas que no rechazaban el testimonio, porque aún había de iluminarlas otra luz.

Vi que si los que se llamaban cristianos hubiesen amado la aparición de su Salvador y hubiesen puesto en él sus afectos, convencidos de que nada en la tierra podía compararse con él, habrían escuchado gozosos la primera intimación de su advenimiento. Pero el desagrado que manifestaban al oír hablar de la venida de su Señor, era

prueba concluyente de que no le amaban. Satanás y sus ángeles triunfaban echando en cara a Cristo y sus ángeles que quienes profesaban ser su pueblo tenían tan poco amor a Jesús que no deseaban su segundo advenimiento.

Vi a los hijos de Dios que esperaban gozosamente a su Señor. Pero Dios quería probarlos. Su mano encubrió un error cometido al computar los períodos proféticos. Quienes esperaban a su Señor no advirtieron la equivocación ni tampoco la echaron de ver los hombres más eruditos que se oponían a la determinación de la fecha. Dios quiso que su pueblo tropezase con un desengaño. Pasó la fecha señalada, y quienes habían esperado con gozosa expectación a su Salvador quedaron tristes y descorazonados, mientras que quienes no habían amado la aparición de Jesús, pero por miedo habían aceptado el mensaje, se alegraron de que no viniese cuando se le esperaba. Su profesión de fe no había afectado su corazón ni purificado su conducta. El paso de la fecha estaba bien calculado para revelar el ánimo de los tales. Estos fueron los primeros en ponerse a ridiculizar a los entristecidos y descorazonados fieles que verdaderamente deseaban la aparición de su Salvador. Vi la sabiduría manifestada por Dios al probar a su pueblo y proporcionar el medio de descubrir quiénes se retirarían y volverían atrás en la hora de la prueba.

Jesús y toda la hueste celestial miraban con simpatía y amor a quienes con dulce expectación habían anhelado ver a quien amaban. Los ángeles se cernían sobre ellos y los sostenían en la hora de su prueba. Los que habían

rechazado el mensaje permanecieron en tinieblas, y la ira de Dios se encendió contra ellos por no haber recibido la luz que les había enviado desde el cielo. Pero los desalentados fieles que no podían comprender por qué no había venido su Señor no quedaron en tinieblas. Nuevamente se les indujo a escudriñar en la Biblia los períodos proféticos. La mano del Señor se apartó de las cifras, y echaron de ver el error. Advirtieron que los períodos proféticos alcanzaban hasta 1844, y que la misma prueba que habían aducido para demostrar que los períodos proféticos terminaban en 1843 demostraba que terminarían en 1844. La luz de la Palabra de Dios iluminó su situación y descubrieron que había un período de tardanza. "Aunque [la visión] tardare, espéralo." En su amor a la inmediata venida de Cristo habían pasado por alto la demora de la visión, calculada para comprobar quiénes eran los que verdaderamente esperaban al Salvador. De nuevo señalaron una fecha. Sin embargo, yo vi que muchos de ellos no podían sobreponerse a su desaliento para llegar al grado de celo y energía que caracterizara su fe en 1843.

Satanás y sus ángeles triunfaron sobre ellos, y los que no habían querido recibir el mensaje se congratulaban de la perspicacia y prudencia previsoras que habían revelado al no ceder a lo que llamaban engaño. No echaban de ver que estaban rechazando el consejo de Dios contra sí mismos y obrando unidos con Satanás y sus ángeles para poner en perplejidad al pueblo de Dios que vivía de acuerdo con el mensaje celestial.

Los creyentes en este mensaje fueron oprimidos en las iglesias. Durante algún tiempo el miedo impidió, a quienes no querían recibir el mensaje, que actuaran de acuerdo con lo que sentían; pero al transcurrir la fecha revelaron sus verdaderos sentimientos. Deseaban acallar el testimonio que los que aguardaban se veían compelidos a dar, de que los períodos proféticos se extendían hasta 1844. Los creyentes explicaron con claridad su error y expusieron las razones por las cuales esperaban a su Señor en 1844. Sus adversarios no podían aducir argumentos contra las poderosas razones expuestas. Sin embargo, se encendió la ira de las iglesias, que estaban resueltas a no recibir la evidencia y a no permitir el testimonio en sus congregaciones a fin de que los demás no pudieran oírlo. Quienes no se avinieron a privar a los demás de la luz que Dios les había dado fueron expulsados de las iglesias; pero Jesús estaba con ellos y se regocijaban a la luz de su faz. Estaban dispuestos a recibir el mensaje del segundo ángel.

CAPÍTULO 24

EL MENSAJE DEL SEGUNDO ÁNGEL

Al negarse las iglesias a aceptar el mensaje del primer ángel rechazaron la luz del cielo y perdieron el favor de Dios. Confiaban en su propia fuerza, y al oponerse al primer mensaje se colocaron donde no podían ver la luz del mensaje del segundo ángel. Pero los amados del Señor, que estaban oprimidos, aceptaron el mensaje: "Ha caído Babilonia," y salieron de las iglesias.

Cerca del término del mensaje del segundo ángel vi una intensa luz del cielo que brillaba sobre el pueblo de Dios. Los rayos de esta luz eran tan brillantes como los del sol. Y oí las voces de los ángeles que exclamaban: "¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!"Véase el Apéndice.

Era el clamor de media noche, que había de dar poder al mensaje del segundo ángel. Fueron enviados ángeles del cielo para alentar a los desanimados santos y prepararlos para la magna obra que les aguardaba. Los hombres de mayor talento no fueron los primeros en recibir este mensaje, sino que fueron enviados ángeles a los humildes y devotos, y los constriñeron a pregonar el clamor: "¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!" Aquellos a quienes se confió esta proclamación se apresuraron y con el poder del Espíritu Santo publicaron el mensaje y despertaron a sus

desalentados hermanos. Esta obra no se fundaba en la sabiduría y erudición de los hombres, sino en el poder de Dios, y sus santos que escucharon el clamor no pudieron resistirle. Los primeros en recibir este mensaje fueron los más espirituales, y los que en un principio habían dirigido la obra fueron los últimos en recibirlo y ayudar a que resonase más potente el pregón: "¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!"

En todas partes del país fué proyectada luz sobre el mensaje del segundo ángel y el anunció enterneció el corazón de millares de personas. Propagóse de villa en villa y de ciudad en ciudad, hasta despertar por completo al expectante pueblo de Dios. En muchas iglesias no fué permitido dar el mensaje, y gran número de fieles que tenían el viviente testimonio abandonaron aquellas caídas iglesias. El pregón de media noche efectuaba una potente obra. El mensaje escudriñaba los corazones, e inducía a los creyentes a buscar por sí mismos una vívida experiencia. Comprendían que no podían apoyarse unos en otros.

Los santos esperaban anhelosamente a su Señor con ayunos, vigilias y casi continuas oraciones. Aun algunos pecadores miraban la fecha con terror; pero la gran mayoría manifestaba espíritu satánico en su oposición al mensaje. Hacían burla y escarnio repitiendo por todas partes: "Del día y la hora nadie sabe." Angeles malignos los movían a endurecer sus corazones y a rechazar todo rayo de luz celeste, para sujetarlos en los lazos de Satanás. Muchos de los que afirmaban estar esperando a Cristo no tomaban

parte en la obra del mensaje. La gloria de Dios que habían presenciado, la humildad y profunda devoción de los que esperaban, y el peso abrumador de las pruebas, los movían a declarar que aceptaban la verdad; pero no se habían convertido ni estaban apercibidos para la venida de su Señor.

Sentían los santos un espíritu de solemne y fervorosa oración. Reinaba entre ellos una santa solemnidad. Los ángeles vigilaban con profundísimo interés los efectos del mensaje y alentaban a quienes lo recibían, apartándolos de las cosas terrenas para abastecerse ampliamente en la fuente de salvación. Dios aceptaba entonces a su pueblo. Jesús lo miraba complacido, porque reflejaba su imagen. Habían hecho un completo sacrificio, una entera consagración, y esperaban ser transmutados en inmortalidad. Pero estaban destinados a un nuevo y triste desengaño. Pasó el tiempo en que esperaban la liberación. Se vieron aún en la tierra, y nunca les habían sido más evidentes los efectos de la maldición. Habían puesto sus afectos en el cielo y habían saboreado anticipadamente la inmortal liberación; pero sus esperanzas no se habían realizado.

El miedo experimentado por muchos no se desvaneció en seguida ni se atrevieron a proclamar su triunfo sobre los desengañados. Pero al ver que no aparecía ninguna señal de la ira de Dios, se recobraron del temor que habían sentido y comenzaron sus befas y burlas. Nuevamente habían sido probados los hijos de Dios. El mundo se burlaba de ellos y los vituperaba; pero los que habían creído sin

duda alguna que Jesús vendría antes de entonces a resucitar a los muertos, transformar a los santos vivientes, adueñarse del reino y poseerlo para siempre, sintieron lo mismo que los discípulos en el sepulcro de Cristo: "Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto."

CAPÍTULO 25

EL MOVIMIENTO ADVENTISTA ILUSTRADO

Vi a cierto número de compañías que parecían unidas como en haces por cuerdas. En esas compañías muchos estaban en tinieblas totales; sus ojos se dirigían hacia abajo, hacia la tierra, y no parecía haber relación entre ellos y Jesús. Pero dispersas entre esas diferentes compañías había personas cuyos rostros parecían iluminados, y cuyos ojos se elevaban hacia el cielo. De Jesús les eran comunicados rayos de luz como rayos del sol. Un ángel me invitó a mirar con cuidado, y vi a un ángel que velaba sobre cada uno de aquellos que tenían un rayo de luz, mientras que malos ángeles rodeaban a aquellos que estaban en tinieblas. Oí la voz de un ángel clamar: "Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado."

Una gloriosa luz descansó entonces sobre esas compañías, para iluminar a todos los que quisieran recibirla. Algunos de los que estaban en tinieblas recibieron la luz y se regocijaron. Otros resistieron la luz del cielo, diciendo que había sido enviada para extraviarlos. La luz se alejó de ellos, y fueron dejados en tinieblas. Los que habían recibido la luz de Jesús apreciaban gozosamente el aumento de la preciosa luz que era derramada sobre ellos. Sus rostros resplandecían de santo gozo, mientras que su mirada

se dirigía con intenso interés hacia arriba, hacia Jesús, y sus voces se oían en armonía con la voz del ángel: "Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado." Cuando elevaron este clamor, vi que aquellos que estaban en tinieblas los empujaban con el costado y con el hombro. Entonces muchos de los que apreciaban la luz sagrada, rompieron las cuerdas que los encerraban y en forma destacada se separaron de aquellas compañías. Mientras estaban haciendo esto, hombres que pertenecían a las diferentes compañías y eran reverenciados por ellas, las cruzaban, algunos con palabras amables, y otros con miradas airadas y ademanes amenazadores, y ataban las cuerdas que se estaban debilitando. Esos hombres decían constantemente: "Dios está con nosotros. Estamos en la luz. Tenemos la verdad." Pregunté quiénes eran, y se me dijo que eran ministros y hombres dirigentes que habían rechazado la luz ellos mismos, y no estaban dispuestos a que otros la recibiesen.

Vi que los que apreciaban la luz miraban hacia arriba con anhelo, esperando que Jesús viniese y los llevase consigo. Pronto una nube pasó sobre ellos, y sus rostros denotaron tristeza. Pregunté cuál era la causa de esa nube, y se me mostró que era el chasco sufrido por ellos. Había pasado el tiempo en que ellos esperaban al Salvador, y Jesús no había venido. A medida que el desaliento se asentaba sobre los que aguardaban, los ministros y dirigentes a quienes yo había notado antes, se regocijaban, y todos aquellos que habían rechazado la luz daban grandes

señales de triunfo, mientras que Satanás y sus malos ángeles también se regocijaban.

Luego oí la voz de otro ángel decir: "¡Ha caído, ha caído Babilonia!" Una luz resplandeció sobre los abatidos, y con ardiente deseo de ver su aparición, volvieron a fijar sus ojos en Jesús. Vi a unos cuantos ángeles conversar con el que había clamado: "Ha caído Babilonia," y se le unieron para anunciar: "¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!" Las voces musicales de aquellos ángeles parecían llegar a todas partes. Una luz excesivamente brillante y gloriosa resplandecía en derredor de aquellos que habían apreciado la luz que les había sido comunicada. Sus rostros resplandecían con excelsa gloria, y exclamaban con los ángeles: "¡Aquí viene el esposo!" Mientras elevaban armoniosamente el clamor entre las diferentes compañías, los que rechazaban la luz los empujaban, y con miradas airadas los escarnecían y ridiculizaban. Pero los ángeles de Dios agitaban las alas sobre los perseguidos, mientras que Satanás y sus ángeles procuraban rodearlos con sus tinieblas para inducirlos a rechazar la luz del cielo.

Luego oí una voz que decía a los que eran empujados y ridiculizados: "Salid de en medio de ellos... y no toquéis lo inmundo." En obediencia a esta voz, gran número de personas rompieron las cuerdas que los ataban, y abandonando las compañías que estaban en tinieblas, se incorporaron a los que ya habían obtenido su libertad, y gozosamente unieron sus voces a las suyas. Oí en ferviente y agonizante oración la voz de unos pocos que permanecían

todavía con las compañías sumidas en tinieblas. Los ministros y dirigentes circulaban entre estas diferentes compañías, atando más firmemente las cuerdas; pero seguía yo oyendo la voz de ferviente oración. Entonces vi que aquellos que habían estado orando extendían la mano en demanda de ayuda a la compañía unida y libre que se regocijaba en Dios. La respuesta que dió, mientras miraba con fervor hacia el cielo, y señalaba hacia arriba fué: "Salid de en medio de ellos, y apartaos." Vi personas que luchaban para obtener libertad, y al fin rompieron las cuerdas que las ataban. Resistían los esfuerzos que se hacían para atar las cuerdas con más firmeza y rehusaban escuchar los asertos repetidos: "Dios está con nosotros." "Tenemos la verdad con nosotros."

Continuamente había personas que abandonaban las compañías sumidas en tinieblas y se unían a la compañía libre, que parecía estar en un campo abierto elevado por sobre la tierra. Su mirada se dirigía hacia arriba, y la gloria de Dios descansaba sobre sus miembros, quienes gozosamente expresaban en alta voz sus alabanzas. Estaban estrechamente unidos y parecían rodeados por la luz del cielo. En derredor de esa compañía había quienes sentían la influencia de la luz, pero que no estaban particularmente unidos con la compañía. Todos los que apreciaban la luz derramada sobre sí dirigían los ojos hacia arriba con intenso interés, y Jesús los miraba con dulce aprobación. Ellos esperaban que él viniera y anhelaban su aparición. Ni una sola de sus miradas se detenía en la tierra. Pero

nuevamente una nube se asentó sobre los que aguardaban, y los vi dirigir hacia abajo sus ojos cansados. Pregunté cuál era la causa de ese cambio. Dijo mi ángel acompañante: "Han quedado nuevamente chasqueados en su expectación. Jesús no puede venir todavía a la tierra. Ellos tienen que soportar mayores pruebas por él. Deben renunciar a tradiciones y errores recibidos de los hombres y volverse por completo a Dios y su Palabra. Deben ser purificados, emblanquecidos y probados. Los que soporten esa amarga prueba obtendrán la victoria eterna."

Jesús no vino a la tierra, como lo esperaba la compañía que le aguardaba gozosa, para purificar el santuario, limpiando la tierra por fuego. Vi que era correcto su cálculo de los períodos proféticos; el tiempo profético había terminado en 1844, y Jesús entró en el lugar santísimo para purificar el santuario al fin de los días. La equivocación de ellos consistió en no comprender lo que era el santuario ni la naturaleza de su purificación. Cuando miré de nuevo a la compañía que aguardaba chasqueada, parecía triste. Examinó cuidadosamente las evidencias de su fe, siguió hasta su conclusión el cálculo de los períodos proféticos, pero no pudo descubrir error alguno. El tiempo se había cumplido, pero ¿dónde estaba su Salvador? Ellos le habían perdido.

Me fué mostrado el chasco que sufrieron los discípulos cuando fueron al sepulcro y no encontraron el cuerpo de Jesús. María dijo: "Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto." Los ángeles dijeron a los discípulos

entristecidos que su Señor había resucitado, e iba delante de ellos a Galilea.

En forma parecida, vi que Jesús consideraba con la más profunda compasión a los que se habían chasqueado después de haber aguardado su venida; y envió a sus ángeles para que dirigiesen sus pensamientos de modo que pudiesen seguirle adonde estaba. Les mostró que esta tierra no es el santuario, sino que él debía entrar en el lugar santísimo del santuario celestial para hacer expiación por su pueblo y para recibir el reino de parte de su Padre, y que después volvería a la tierra y los llevaría a morar con él para siempre. El chasco de los primeros discípulos representa bien el de aquellos que esperaban a su Señor en 1844.

Fuí transportada al tiempo cuando Cristo entró triunfalmente en Jerusalén. Los gozosos discípulos creían que él iba a tomar entonces el reino y reinar como príncipe temporal. Siguieron a su Rey con grandes esperanzas, cortando hermosas palmas, sacando sus ropas exteriores y extendiéndolas con celo entusiasta por el camino. Algunos le precedían y otros le seguían, clamando: "¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!" La excitación perturbó a los fariseos, y desearon que Jesús reprendiese a sus discípulos. Pero él les dijo: "Si éstos callaran, las piedras clamarían." La profecía de (Zacarías 9:9) debía cumplirse; sin embargo los discípulos estaban condenados a sufrir un amargo chasco. A los pocos días siguieron a Jesús al Calvario, y le vieron sangrante y lacerado en la cruz cruel.

Presenciaron su agonía y su muerte y lo depositaron en la tumba. El pesar ahogaba sus corazones; ni un solo detalle de lo que esperaban se había cumplido, y sus esperanzas murieron con Jesús. Pero cuando resucitó de los muertos y apareció a sus discípulos entristecidos, las esperanzas de ellos revivieron. Le habían encontrado de nuevo.

Vi que el chasco de aquellos que creían en la venida del Señor en 1844 no igualaba al que sufrieron los primeros discípulos. La profecía se cumplió en los mensajes del primer ángel y del segundo. Estos fueron dados a su debido tiempo y cumplieron la obra que Dios quería hacer por medio de ellos.

CAPÍTULO 26

OTRA ILUSTRACIÓN

Me fué mostrado el interés que todo el cielo se había tomado en la obra que se está realizando en la tierra. Jesús comisionó a un ángel poderoso para que descendiese y amonestase a los habitantes de la tierra a prepararse para su segunda aparición. Cuando el ángel dejó la presencia de Jesús en el cielo, iba delante de él una luz excesivamente brillante y gloriosa. Se me dijo que su misión era alumbrar la tierra con su gloria y avisar al hombre de la ira venidera de Dios. Multitudes recibieron la luz. Algunos parecían estar muy serios, mientras que otros se sentían arrobados de gozo. Todos los que recibían la luz volvían el rostro hacia el cielo y glorificaban a Dios. Aunque esa luz se derramaba sobre todos, algunos caían simplemente bajo su influencia, pero no la recibían cordialmente. Muchos estaban llenos de grande ira. Ministros y pueblo se unían con los viles y resistían tenazmente la luz derramada por el poderoso ángel. Pero todos los que la recibían se retiraban del mundo y estaban estrechamente unidos entre sí.

Satanás y sus ángeles se hallaban atareados tratando de apartar a tantos como pudiesen de la luz. La compañía que la rechazaba fué dejada en tinieblas. Vi que el ángel de Dios observaba con el más profundo interés a los que profesaban ser su pueblo, para tomar nota del carácter que

desarrollaban conforme les era presentado el mensaje de origen celestial. Y a medida que muchísimos de los que profesaban amar a Jesús se apartaban del mensaje celestial con escarnio y odio, un ángel que llevaba un pergamino en la mano anotaba las vergonzosas acciones. Todo el cielo se llenaba de indignación de que Jesús fuese así despreciado por los que profesaban seguirle.

Vi el chasco sufrido por los que habían estado confiando cuando no vieron a su Señor en el tiempo en que le esperaban. Había sido el propósito de Dios ocultar el futuro y llevar a su pueblo a un punto de decisión. Si no se hubiese predicado un tiempo definido para la venida de Cristo, no se habría hecho la obra que Dios quería ver cumplida. Satanás estaba induciendo a muchísimos a mirar lejos hacia el futuro en espera de los grandes acontecimientos relacionados con el juicio y el fin del tiempo de gracia. Era necesario que el pueblo fuese inducido a procurar fervorosamente una preparación inmediata.

Cuando el tiempo pasó, los que no habían recibido plenamente la luz del ángel se unieron con aquellos que habían despreciado el mensaje, y abrumaron de ridículo a los que estaban chasqueados. Los ángeles tomaron nota de la situación de los que profesaban seguir a Cristo. El transcurso del tiempo definido los había probado, y muchos fueron pesados en la balanza y hallados faltos. En alta voz aseveraban ser cristianos, y sin embargo no había casi detalle alguno en que siguieran a Cristo. Satanás se regocijaba por la condición de los que profesaban seguir a Jesús.

Los tenía sujetos en su trampa. Había inducido a la mayoría a dejar la senda recta, y estaban intentando ascender al cielo por otro camino. Los ángeles veían a los santos y puros mezclados con los pecadores de Sion y con los hipócritas que amaban el mundo. Habían velado sobre los verdaderos discípulos de Jesús; pero los corruptos estaban afectando a los santos. A aquellos cuyos corazones ardían de intenso deseo de ver a Jesús les prohibían sus profesos hermanos que hablasen de su venida. Los ángeles veían la escena y simpatizaban con el residuo que amaba la aparición de su Señor.

Otro poderoso ángel fué comisionado para que descendiese a la tierra. Jesús le puso en la mano algo escrito, y cuando llegó a la tierra, clamó: "¡Ha caído, ha caído Babilonia!" Entonces vi a los que habían sido chasqueados alzar nuevamente los ojos al cielo, mirando con fe y esperanza en busca de la aparición de su Señor. Pero muchos parecían permanecer en un estado de estupor, como si durmiesen; sin embargo podía yo ver rasgos de profunda tristeza en sus rostros. Los chasqueados veían por las Escrituras que estaban en el tiempo de demora, y que debían aguardar con paciencia el cumplimiento de la visión. La misma evidencia que los había inducido a esperar a su Señor en 1843, los inducía a esperarlo en 1844. Sin embargo, vi que la mayoría no poseía aquella energía que había distinguido su fe en 1843. El chasco que habían sufrido había debilitado su fe.

A medida que el pueblo de Dios se unía en el clamor del segundo ángel, la hueste celestial manifestaba el más profundo interés en el efecto del mensaje. Veían a muchos que llevaban el nombre de cristianos volverse con escarnio y ridículo hacia los que habían sido chasqueados. Al caer de labios burladores las palabras: "¡No ascendisteis todavía!" un ángel las escribía. Dijo el ángel: "Se burlan de Dios." Me fué recordado un pecado similar que fué cometido en tiempos antiguos. Elías había sido trasladado al cielo, y su manto había caído sobre Eliseo. Unos jóvenes impíos, que habían aprendido de sus padres a despreciar al hombre de Dios, siguieron a Eliseo, gritando en son de burla: "¡Calvo, sube! ¡calvo, sube!" Al insultar así a su siervo, habían insultado a Dios y recibieron inmediatamente su castigo. Igualmente los que se habían burlado de la idea de que los santos ascendiesen, serán visitados por la ira de Dios, y se les hará sentir que no es cosa liviana burlarse de su Hacedor.

Jesús comisionó a otros ángeles para que volasen prestamente a revivir y fortalecer la fe en decadencia de su pueblo y a prepararlo para comprender el mensaje del segundo ángel y el paso importante que pronto se había de dar en el cielo. Vi a estos ángeles recibir gran poder y luz de Jesús y volar prestamente a la tierra para cumplir su mandato de ayudar al segundo ángel en su obra. Una gran luz resplandeció sobre el pueblo de Dios cuando los ángeles clamaron: "¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!" Entonces vi a aquellos que habían sido chasqueados

levantarse y en armonía con el segundo ángel proclamar: "¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!" La luz de los ángeles penetraba las tinieblas por doquiera. Satanás y sus ángeles procuraban impedir que esta luz se difundiese y tuviese el efecto que debía tener. Contendían con los ángeles del cielo, diciéndoles que Dios había engañado al pueblo, y que con toda su luz y poder no podían hacer creer al mundo que Cristo iba a venir. Pero a pesar de que Satanás se esforzó por estorbarles el paso y desviar de la luz la atención de la gente, los ángeles de Dios continuaron su obra.

Los que recibían la luz parecían muy felices. Miraban constantemente hacia el cielo y anhelaban la aparición de Jesús. Algunos lloraban y oraban con gran angustia. Parecían fijar sus ojos en sí mismos, y no se atrevían a mirar hacia arriba. Una luz del cielo apartó de ellos las tinieblas, y sus ojos, que habían estado fijos en sí mismos con desesperación, se dirigieron hacia arriba y en todos sus rasgos se expresaban la gratitud y el santo gozo. Jesús y toda la hueste angélica miraron con aprobación a los fieles que aguardaban.

Los que habían rechazado la luz del mensaje del primer ángel, y se habían opuesto a ella, perdieron la luz del segundo, y no pudieron ser beneficiados por el poder y la gloria que acompañó el mensaje: "¡Aquí viene el esposo!" Jesús se apartó de ellos con ceño, porque le habían despreciado y rechazado. Los que recibieron el mensaje fueron envueltos por una nube de gloria. Temían muchísimo

ofender a Dios, y mientras aguardaban, velaban y oraban para conocer su voluntad. Vi que Satanás y sus ángeles procuraban separar al pueblo de Dios de esta luz divina; pero mientras los que aguardaban apreciaban la luz y mantenían los ojos levantados de la tierra a Jesús, Satanás no podía privarlos de sus preciosos rayos. El mensaje dado desde el cielo enfurecía a Satanás y sus ángeles, e inducía a aquellos que profesaban amar a Jesús, pero despreciaban su venida, a escarnecer a los fieles que manifestaban confianza. Pero un ángel anotaba todo insulto, todo desprecio, todo daño, que los hijos de Dios recibían de sus profesos hermanos.

Muchísimos alzaron la voz para clamar: "¡Aquí viene el esposo!" y abandonaron a sus hermanos que no amaban la aparición de Jesús ni querían permitirles espaciarse en su segunda venida. Vi a Jesús apartar el rostro de aquellos que rechazaban y despreciaban su venida, y luego ordenó a los ángeles que sacasen a su pueblo de entre los impuros, no fuese que quedasen contaminados. Los que eran obedientes al mensaje se destacaban, libres y unidos. Una luz santa resplandecía sobre ellos. Renunciaban al mundo, sacrificaban sus intereses y tesoros terrenales y, dirigían miradas ansiosas hacia el cielo, a la espera de ver a su amado Libertador. Una santa luz brillaba sobre sus rostros, denotando la paz y el gozo que reinaban en su interior. Jesús pidió a los ángeles que fuesen y los fortaleciesen, porque se acercaba la hora de su prueba. Vi que éstos que aguardaban no habían sido todavía probados como debían

serlo. No estaban exentos de errores. Y vi la misericordia y bondad que Dios manifestaba al mandar a los habitantes de la tierra una amonestación y mensajes repetidos, para inducirlos a escudriñar diligentemente su corazón y a estudiar las Escrituras, a fin de que pudieran despojarse de los errores que les habían transmitido los paganos y los papistas. Mediante estos mensajes Dios ha estado sacando a su pueblo adonde pueda él obrar en su favor con mayor poder, y donde puedan ellos guardar todos sus mandamientos.

CAPÍTULO 27

EL SANTUARIO

Se me mostró el amargo chasco que sufrió el pueblo de Dios por no ver a Jesús en la fecha en que lo esperaba. No sabían por qué el Salvador no había venido, pues no veían prueba alguna de que no hubiese terminado el tiempo profético. Dijo el ángel: "¿Ha fallado la palabra de Dios? ¿Ha faltado Dios en cumplir sus promesas? No; ha cumplido cuanto prometió. Jesús se ha levantado a cerrar la puerta del lugar santo del santuario celestial, y ha abierto una puerta en el lugar santísimo y ha entrado a purificar el santuario. Todos los que esperan pacientemente comprenderán el misterio. El hombre se ha equivocado; pero no ha habido fracaso por parte de Dios. Todo cuanto Dios prometió se ha cumplido; pero el hombre creía equivocadamente que la tierra era el santuario que debía ser purificado al fin de los períodos proféticos. Lo que ha fracasado fué la expectación del hombre, no la promesa de Dios."

Jesús envió sus ángeles a dirigir la atención de los desalentados hacia el lugar santísimo adonde él había ido para purificar el santuario y hacer expiación especial por Israel. Jesús dijo a los ángeles que todos cuantos lo hallaran comprenderían la obra que iba a efectuar. Vi que mientras Jesús estuviera en el santuario se desposaría con la nueva Jerusalén, y una vez cumplida su obra en el lugar

santísimo descendería a la tierra con regio poder para llevarse consigo las preciosas almas que hubiesen aguardado pacientemente su regreso.

Se me mostró lo que había ocurrido en el cielo al terminar en 1844 los períodos proféticos. Cuando Jesús concluyó su ministerio en el lugar santo y cerró la puerta de ese departamento, densas tinieblas envolvieron a quienes habían oído y rechazado el mensaje de su advenimiento y lo habían perdido de vista a él. Jesús se revistió entonces de preciosas vestiduras. Alrededor de la orla inferior de su manto ostentaba en alternada sucesión una campanilla y una granada. De sus hombros colgaba un pectoral de curiosa labor. Cuando él andaba, el pectoral refulgía como diamantes y se ampliaban unas letras que parecían nombres escritos o grabados en el pectoral. En la cabeza llevaba algo que parecía una corona. Una vez que estuvo completamente ataviado, le rodearon los ángeles y en un flamígero carro penetró tras el segundo velo.

Se me ordenó entonces que observara los dos departamentos del santuario celestial. La cortina, o puerta, estaba abierta y se me permitió entrar. En el primer departamento vi el candelabro de siete lámparas, la mesa de los panes de la proposición, el altar del incienso, y el incensario. Todos los enseres de este departamento parecían de oro purísimo y reflejaban la imagen de quien allí entraba. La cortina que separaba los dos departamentos era de diferentes materiales y colores, con una hermosa orla en la que había figuras de oro labrado que representaban

ángeles. El velo estaba levantado y miré el interior del segundo departamento, donde vi un arca al parecer de oro finísimo. El borde que rodeaba la parte superior del arca era una hermosa labor en figura de coronas. En el arca estaban las tablas de piedra con los diez mandamientos.

Dos hermosos querubines estaban de pie en cada extremo del arca con las alas desplegadas sobre ella, y tocándose una a otra por encima de la cabeza de Jesús, de pie ante el propiciatorio. Estaban los querubines cara a cara, pero mirando hacia el arca, en representación de toda la hueste angélica que contemplaba con interés la ley de Dios. Entre los querubines había un incensario de oro, y cuando las oraciones de los santos, ofrecidas con fe, subían a Jesús y él las presentaba a su Padre, una nube fragante subía del incienso a manera de humo de bellísimos colores. Encima del sitio donde estaba Jesús ante el arca, había una brillantísima gloria que no pude mirar. Parecía el trono de Dios. Cuando el incienso ascendía al Padre, la excelsa gloria bajaba del trono hasta Jesús, y de él se derramaba sobre aquellos cuyas plegarias habían subido como suave incienso. La luz se derramaba sobre Jesús en copiosa abundancia y cubría el propiciatorio, mientras que la estela de gloria llenaba el templo. No pude resistir mucho tiempo el vivísimo fulgor. Ninguna lengua acertaría a describirlo. Quedé abrumada y me desvié de la majestad y gloria del espectáculo.

También se me mostró en la tierra un santuario con dos departamentos. Se parecía al del cielo, y se me dijo que era una figura del celestial. Los enseres del primer departamento del santuario terrestre eran como los del primer departamento del celestial. El velo estaba levantado; miré el interior del lugar santísimo y vi que los objetos eran los mismos que los del lugar santísimo del santuario celestial. El sacerdote oficiaba en ambos departamentos del terrenal. Entraba diariamente en el primer departamento, y sólo una vez al año en el lugar santísimo para purificarlo de los pecados allí transmitidos. Vi que Jesús oficiaba en ambos departamentos del santuario celestial. Los sacerdotes entraban en el terrenal con la sangre de un animal como ofrenda por el pecado. Cristo entró en el santuario celestial por la ofrenda de su propia sangre. Los sacerdotes terrenales eran relevados por la muerte y, por lo tanto, no podían oficiar mucho tiempo; pero Jesús era sacerdote para siempre. Por medio de las ofrendas y los sacrificios llevados al santuario terrenal, los hijos de Israel habían de compartir los méritos de un Salvador futuro. Y la sabiduría de Dios nos dió los pormenores de esta obra para que, considerándolos, comprendiésemos la obra de Jesús en el santuario celestial.

Al expirar Jesús en el Calvario exclamó: "Consumado es," y el velo del templo se rasgó de arriba abajo en dos mitades, para demostrar que los servicios del santuario terrenal habían acabado para siempre, y que Dios ya no vendría al encuentro de los sacerdotes de ese templo terrestre

para aceptar sus sacrificios. La sangre de Cristo fué derramada entonces e iba a ser ofrecida por él mismo en el santuario celestial. Así como el sacerdote entraba una vez al año en el lugar santísimo para purificar el santuario terrenal, también Jesús entró en el lugar santísimo del celestial al fin de los 2.300 días de Daniel 8, en 1844, para hacer la expiación final por todos los que pudiesen recibir el beneficio de su mediación, y purificar de este modo el santuario.

CAPÍTULO 28

EL MENSAJE DEL TERCER ÁNGEL

Cuando cesó el ministerio de Jesús en el lugar santo y pasó él al santísimo para estar de pie delante del arca que contenía la ley de Dios, envió otro poderoso ángel con un tercer mensaje para el mundo. Un pergamino fué puesto en la mano del ángel, y mientras descendía a la tierra con poder y majestad, proclamaba una terrible amonestación, acompañada de las más tremendas amenazas que jamás se dirigieron contra el hombre. Tenía por objeto aquel mensaje poner en guardia a los hijos de Dios revelándoles la hora de tentación y angustia que los aguardaba. Dijo el ángel: "Tendrán que combatir tesoneramente contra la bestia y su imagen. Su única esperanza de vida eterna consiste en permanecer firmes. Aunque se vean en peligro de muerte, deben sostener firmemente la verdad." El tercer ángel concluye así su mensaje: "Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús." Al repetir el ángel estas palabras, señalaba al santuario celestial. La atención de cuantos aceptan este mensaje se dirige hacia el lugar santísimo, donde Jesús está de pie delante del arca, realizando su intercesión final por todos aquellos para quienes hay todavía misericordia, y por los que hayan violado ignorantemente la ley de Dios.

Esta expiación es hecha tanto para los justos muertos como para los justos vivos. Incluye a todos los que murieron confiando en Cristo, aunque, por no haber recibido luz acerca de los mandamientos de Dios, hubiesen pecado ignorantemente al transgredir sus preceptos.

Después que Jesús abrió la puerta del lugar santísimo, vióse la luz del sábado, y el pueblo de Dios fué probado, como antiguamente lo fueron los hijos de Israel, para ver si quería guardar la ley de Dios. Vi que el tercer ángel señalaba hacia lo alto, indicando a los que habían sido chasqueados el camino al lugar santísimo del santuario celestial. Los que por fe entraban al lugar santísimo, hallaban a Jesús, y resurgían en ellos la esperanza y el júbilo. Vi que volvían los ojos hacia atrás, recapitulando el pasado, desde la proclamación del segundo advenimiento de Jesús hasta la experiencia sufrida al transcurrir la fecha de 1844. Vieron la explicación de su chasco, y de nuevo los alentó una gozosa certidumbre. El tercer ángel había esclarecido el pasado, el presente y el porvenir, y ellos sabían que en efecto Dios los había guiado con su misteriosa providencia.

Se me mostró que el residuo siguió por la fe a Jesús en el lugar santísimo, y al contemplar el arca y el propiciatorio, fué cautivado por su esplendor. Jesús levantó entonces la tapa del arca, y he aquí que se vieron las tablas de piedra con los diez mandamientos grabados en ellas. El residuo leyó aquellos vívidos oráculos, pero retrocedió tembloroso al ver que el cuarto mandamiento estaba rodeado de

una aureola de gloria y brillaba en él una luz mucho más viva que en los otros nueve. Ningún indicio encontró allí de que el descanso sabático se hubiese abolido o trasladado al primer día de la semana. El mandamiento está escrito tal como lo dictó la voz de Dios en solemne e imponente majestad sobre el monte, entre el fulgor de los relámpagos y el estampido de los truenos. Era el mismo mandamiento que con su propio dedo escribió en las tablas de piedra: "Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios." Los fieles se admiraron de la solicitud con que estaban cuidados los diez mandamientos, puestos junto a Jehová, cubiertos y protegidos por su santidad. Vieron que habían estado pisoteando el cuarto mandamiento del Decálogo, observando un día transmitido por los paganos y papistas en vez del día santificado por Jehová. Se humillaron ante Dios, y lamentaron sus pasadas transgresiones.

Vi humear el incienso en el incensario cuando Jesús ofrecía a su Padre las confesiones y oraciones de los fieles. Al subir el incienso, una luz refulgente descansaba sobre Jesús y el propiciatorio; y los fervorosos y suplicantes miembros del residuo, que estaban atribulados por haber descubierto que eran transgresores de la ley, recibieron la bendición y sus semblantes brillaron de esperanza y júbilo. Se unieron a la obra del tercer ángel y alzaron su voz para proclamar la solemne amonestación. Aunque al principio eran pocos los que la recibían, los fieles continuaron proclamando enérgicamente el mensaje. Vi entonces que

muchos abrazaban el mensaje del tercer ángel y unían su voz con la de quienes habían dado primeramente la amonestación, y honraron a Dios guardando su día de reposo santificado.

Muchos de los que aceptaban el tercer mensaje no habían tenido experiencia en los dos anteriores. Satanás comprendió esto, y fijó en ellos su ojo maligno para vencerlos; pero el tercer ángel dirigía la atención de ellos hacia el lugar santísimo, y los que habían tenido experiencia en los mensajes anteriores les indicaban el camino del santuario celestial. Muchos percibieron el perfecto eslabonamiento de verdades en los mensajes angélicos, y aceptándolos gozosamente uno tras otro, siguieron al Señor por la fe en el santuario celeste. Estos mensajes me fueron representados como un áncora para el pueblo de Dios. Quienes los comprendan y acepten quedarán libres de verse arrastrados por los muchos engaños de Satanás.

Después del gran chasco de 1844, Satanás y sus ángeles estuvieron muy atareados poniendo asechanzas para perturbar la fe del cuerpo de creyentes. Afectó la mente de personas que habían tenido experiencia en los mensajes, y que aparentaban humildad. Algunos señalaban como futuro el cumplimiento de los mensajes del primer ángel y del segundo, mientras que otros lo asignaban a un tiempo lejano en el pasado, y declaraban que ya habían sido cumplidos. Estos adquirieron influencia sobre la mente de los inexpertos y perturbaron su fe. Algunos escudriñaban la Biblia para fortalecer su fe en forma independiente del

cuerpo de creyentes. Satanás se regocijaba de todo esto; porque sabía que a aquellos que se separasen del ancla podría afectarlos mediante diferentes errores y conseguir que diversos vientos de doctrina los llevasen de un lugar a otro. Muchos de los que habían dirigido la proclamación del primer mensaje y del segundo los negaban ahora, y en todo el cuerpo había división y confusión.

Mi atención fué entonces dirigida a Guillermo Miller. Parecía perplejo y postrado por la ansiedad y la angustia que sentía por su pueblo. La agrupación que había estado unida y llena de amor en 1844 estaba perdiendo su afecto, oponiéndose sus miembros unos a otros, y cayendo en una condición de frialdad y apostasía. Cuando él veía esto, el pesar roía sus fuerzas. Vi que ciertos dirigentes le vigilaban, temerosos de que recibiese el mensaje del tercer ángel y los mandamientos de Dios. Y cuando él se inclinaba hacia la luz del cielo, esos hombres maquinaban algún plan para desviar su atención. Una influencia humana era ejercida para mantenerlo en las tinieblas y conservar su influencia entre los que se oponían a la verdad. Por último, Guillermo Miller levantó la voz contra la luz del cielo. Fracasó al no recibir el mensaje que habría explicado más plenamente su chasco, arrojado luz y gloria sobre el pasado, reavivado sus energías agotadas, despertado su esperanza y le habría inducido a glorificar a Dios. Se apoyó en la sabiduría humana en vez de la divina, pero como estaba quebrantado por la edad y sus arduas labores en la causa del Maestro, no fué tan responsable como los que le

mantuvieron separado de la verdad. Ellos son los responsables; el pecado recae sobre ellos.

Si Guillermo Miller hubiese podido ver la luz del tercer mensaje, habrían quedado explicadas para él muchas cosas que le parecieron obscuras y misteriosas. Pero sus hermanos le profesaron tanto interés y un amor tan profundo, que a él le pareció que no podía apartarse de ellos. Su corazón se inclinaba hacia la verdad, y luego miraba a sus hermanos; y éstos se oponían a ella. ¿Podía separarse de aquellos que habían estado a su lado mientras proclamaba la venida de Jesús? Consideró que de ninguna manera querrían ellos extraviarlo.

Dios permitió que cayese bajo el poder de Satanás, o sea el dominio de la muerte, y lo ocultó en la tumba para resguardarle de aquellos que procuraban constantemente apartarle de la verdad. Moisés erró cuando estaba por entrar en la tierra prometida. Así también, vi que Guillermo Miller erró cuando estaba por entrar en la Canaán celestial, al permitir que su influencia se opusiese a la verdad. Otros le indujeron a esto; otros tendrán que dar cuenta de ello. Pero los ángeles velan sobre el precioso polvo de este siervo de Dios, y resucitará cuando sea tocada la última trompeta.

CAPÍTULO 29

UNA FIRME PLATAFORMA

Vi que una compañía se mantenía de pie bien guardada y firme, negando su apoyo a aquellos que querían trastornar la fe establecida del cuerpo. Dios miraba con aprobación a esa compañía. Me fueron mostrados tres escalones: los mensajes del primer ángel, del segundo y del tercero. Dijo mi ángel acompañante: "¡Ay de aquel que mueva un bloque o una clavija de esos mensajes! La verdadera comprensión de esos mensajes es de importancia vital. El destino de las almas depende de la manera en que son recibidos." Nuevamente se me hizo recorrer esos mensajes, y vi a cuán alto precio había obtenido su experiencia el pueblo de Dios. La obtuvo por mucho padecimiento y severo conflicto. Dios lo había conducido paso a paso, hasta ponerlo sobre una plataforma sólida e inconmovible. Vi a ciertas personas acercarse a la plataforma y examinar su fundamento. Algunos subieron inmediatamente a ella con regocijo. Otros comenzaron a encontrar defectos en el fundamento. Querían que se hiciesen mejoras. Entonces la plataforma sería más perfecta, y la gente mucho más feliz. Algunos se bajaban de la plataforma para examinarla, y declaraban que estaba mal colocada. Pero vi que casi todos permanecían firmes sobre la plataforma y exhortaban a quienes habían bajado de ella a que cesasen sus quejas; porque Dios era el Artífice Maestro, y ellos

estaban combatiendo contra él. Relataban la obra maravillosa hecha por Dios, que los había conducido a la plataforma firme, y al unísono alzaban los ojos al cielo y con voz fuerte glorificaban a Dios. Esto afectaba a algunos de los que se habían quejado y dejado la plataforma, y éstos, con aspecto humilde, volvían a subir a ella.

Se me recordó la proclamación del primer advenimiento de Cristo. Juan fué enviado en el espíritu y el poder de Elías a fin de que preparase el camino para Jesús. Los que rechazaron el testimonio de Juan no recibieron beneficio de las enseñanzas de Jesús. Su oposición al mensaje que había predicho la venida de él los colocó donde no les era fácil recibir las evidencias más categóricas de que era el Mesías. Satanás indujo a aquellos que habían rechazado el mensaje de Juan a que fuesen aun más lejos, a saber, que rechazasen y crucificasen a Cristo. Al obrar así, se situaron donde no pudieron recibir la bendición de Pentecostés, que les habría enseñado el camino al santuario celestial. El desgarramiento del velo en el templo demostró que los sacrificios y los ritos judaicos no serían ya recibidos. El gran sacrificio había sido ofrecido y aceptado, y el Espíritu Santo que descendió en el día de Pentecostés dirigió la atención de los discípulos desde el santuario terrenal al celestial, donde Jesús había entrado con su propia sangre, para derramar sobre sus discípulos los beneficios de su expiación. Pero los judíos fueron dejados en tinieblas totales. Perdieron toda la luz que pudieran haber tenido acerca del plan de salvación, y siguieron confiando en sus sacrificios

y ofrendas inútiles. El santuario celestial había reemplazado al terrenal, pero ellos no tenían noción del cambio. Por lo tanto no podían recibir beneficios de la mediación de Cristo en el lugar santo.

Muchos miran con horror la conducta seguida por los judíos al rechazar a Cristo y crucificarle; y cuando leen la historia del trato vergonzoso que recibió, piensan que le aman, y que no le habrían negado como lo negó Pedro, ni le habrían crucificado como lo hicieron los judíos. Pero Dios, quien lee en el corazón de todos, probó aquel amor hacia Jesús que ellos profesaban tener. Todo el cielo observó con el más profundo interés la recepción otorgada al mensaje del primer ángel. Pero muchos que profesaban amar a Jesús, y que derramaban lágrimas al leer la historia de la cruz, se burlaron de las buenas nuevas de su venida. En vez de recibir el mensaje con alegría, declararon que era un engaño. Aborrecieron a aquellos que amaban su aparición y los expulsaron de las iglesias. Los que rechazaron el primer mensaje no pudieron recibir beneficio del segundo; tampoco pudo beneficiarles el clamor de media noche, que había de prepararlos para entrar con Jesús por la fe en el lugar santísimo del santuario celestial. Y por haber rechazado los dos mensajes anteriores, entenebrecieron de tal manera su entendimiento que no pueden ver luz alguna en el mensaje del tercer ángel, que muestra el camino que lleva al lugar santísimo. Vi que así como los judíos crucificaron a Jesús, las iglesias nominales han crucificado estos mensajes y por lo tanto no tienen

conocimiento del camino que lleva al santísimo, ni pueden ser beneficiados por la intercesión que Jesús realiza allí. Como los judíos, que ofrecieron sus sacrificios inútiles, ofrecen ellos sus oraciones inútiles al departamento que Jesús abandonó; y Satanás, a quien agrada el engaño, asume un carácter religioso y atrae hacia sí la atención de esos cristianos profesos, obrando con su poder, sus señales y prodigios mentirosos, para sujetarlos en su lazo. A algunos los engaña de una manera; y a otros, de otra. Tiene diferentes seducciones preparadas para afectar diferentes mentalidades. Algunos consideran con horror un engaño, mientras que reciben otro con facilidad. Satanás seduce a algunos con el espiritismo. También viene como ángel de luz y difunde su influencia sobre la tierra por medio de falsas reformas. Las iglesias se alegran, y consideran que Dios está obrando en su favor de una manera maravillosa, cuando se trata de los efectos de otro espíritu. La excitación se apagará y dejará al mundo y a la iglesia en peor condición que antes.

Vi que Dios tiene hijos sinceros entre los adventistas nominales y las iglesias caídas, y antes que sean derramadas las plagas, los ministros y la gente serán invitados a salir de esas iglesias y recibirán gustosamente la verdad. Satanás lo sabe; y antes que se dé el fuerte pregón del tercer ángel, despierta excitación en aquellas organizaciones religiosas, a fin de que los que rechazaron la verdad piensen que Dios los acompaña. Satanás espera engañar a los sinceros e inducirlos a creer que Dios sigue obrando en

favor de las iglesias. Pero la luz resplandecerá, y todos los que tengan corazón sincero dejarán a las iglesias caídas, y se decidirán por el residuo.

CAPÍTULO 30

EL ESPIRITISMO

Se me presentó el engaño de los golpes de los médiums espiritistas y vi que Satanás puede poner ante nosotros la apariencia de formas que simulen ser nuestros parientes o amigos que duermen en Jesús. Se hará aparentar como si estos deudos estuvieran presentes en realidad. Hablarán las palabras que pronunciaban mientras estaban aquí, con las cuales nos hemos familiarizado, y resonará en nuestro oído su mismo timbre de voz. Todo esto es para engañar al mundo y entramparlo en la creencia de este engaño.

Vi que los santos deben tener cabal comprensión de la verdad presente, que se verán obligados a sostener por las Escrituras. Deben comprender el estado en que se hallan los muertos, porque los espíritus diabólicos se les aparecerán aseverando ser queridos parientes o amigos que les declararán doctrinas contrarias a la Escritura. Harán cuanto puedan para excitar su simpatía y realizarán milagros ante ellos para confirmar sus declaraciones. El pueblo de Dios debe estar preparado para rechazar a estos espíritus con la verdad bíblica de que los muertos nada saben y que los aparecidos son espíritus de demonios.

Debemos examinar cuidadosamente el fundamento de nuestra esperanza, porque de las Escrituras hemos de entresacar la razón que hayamos de dar de ella. Este engaño espiritista se difundirá, y tendremos que luchar con él cara

a cara, y si no estamos preparados para ello, quedaremos engañados y vencidos. Pero si por nuestra parte hacemos cuanto podamos a fin de prepararnos para afrontar el conflicto que se avecina, Dios hará su parte y nos protegerá con su brazo omnipotente. Enviará a todos los ángeles de la gloria para levantar una valla alrededor de las almas fieles, antes que consentir en que las engañen y extravíen los falaces prodigios de Satanás.

Vi la rapidez con que se difundía el engaño espiritista. Se me mostró un tren de vagones que marchaban con la velocidad del rayo. El ángel me mandó que observara cuidadosamente. Fijé la vista en el tren. Parecía que en él iba el mundo entero. Después el ángel me mostró al jefe del tren, un hermoso e imponente personaje a quien todos los pasajeros admiraban y reverenciaban. Quedé perpleja y le pregunté a mi ángel acompañante quién era aquel jefe. Me respondió: "Es Satanás, disfrazado de ángel de luz. Ha cautivado al mundo. Este ha sido entregado a formidables engaños para creer en una mentira a fin de que se condene. Su agente, el que le sigue en categoría, es el maquinista, y otros agentes suyos están empleados en diversos cargos, según los va necesitando, y todos marchan con relampagueante velocidad a la perdición."

Le pregunté al ángel si no había quedado nadie sin subir en el tren, y él me mandó que mirase en dirección opuesta, donde vi una pequeña compañía que caminaba por un sendero angosto. Todos parecían firmemente unidos por la verdad. Aquella pequeña compañía daba

muestras de fatiga, como si hubiese pasado por muchas pruebas y conflictos. Parecía como si el sol acabara de levantarse detrás de una nube y brillara sobre sus rostros, dándoles aire de triunfo, cual si estuvieran próximos a ganar la victoria.

Vi que el Señor ha dado al mundo ocasión de descubrir el engaño. Si no hubiese otra prueba, bastaría para el cristiano la de que los espiritistas no hacen distinción entre lo precioso y lo vil. Satanás representa como muy exaltado en el cielo a Tomás Paine, cuyo cuerpo está ya convertido en polvo y ha de ser llamado a despertar al fin de los mil años, cuando la segunda resurrección, para recibir su recompensa y sufrir la segunda muerte. Satanás se sirvió de Tomás Paine en la tierra tanto como pudo, y ahora prosigue la misma obra asegurando que está muy honrado y exaltado en el cielo. Y tal como enseñó Paine aquí, finge Satanás que continúa enseñando allí. Y algunos que solían considerar con horror su vida en la tierra, su muerte y sus corruptoras enseñanzas, se someten ahora a ser enseñados por él, que fué uno de los hombres más viles y corrompidos, alguien que despreció a Dios y su ley.

El padre de la mentira ciega y engaña al mundo enviando a sus ángeles para que hablen como si fueran los apóstoles, y esos ángeles hacen que éstos contradigan lo que escribieron en la tierra por inspiración del Espíritu Santo. Los ángeles mentirosos hacen aparecer a los apóstoles corrompiendo sus propias enseñanzas y declarándolas adulteradas. De este modo se complace Satanás en

sumir a los que se llaman cristianos, y a toda clase de gente, en incertidumbre respecto a la Palabra de Dios. Ese Santo Libro se interpone directamente en su camino para desbaratar sus planes; por lo tanto, él induce a los hombres a que duden del origen divino de la Biblia. Luego ensalza al incrédulo Tomás Paine, como si al morir hubiera entrado en el cielo y, unido ahora con los santos apóstoles a quienes odió en la tierra, se dedicara a enseñar al mundo.

Satanás señala a cada uno de sus ángeles el papel que han de representar. Les encarga a todos que sean arteros y astutos maquinadores. A unos les manda que desempeñen el papel de apóstoles y hablen por ellos, mientras que a otros les asigna la función de incrédulos e impíos que murieron maldiciendo a Dios, pero que ahora parecen muy religiosos. No hace distinción entre los más santos apóstoles y los más viles incrédulos. A todos los presenta como enseñando lo mismo. No le importa a Satanás a quién haga hablar, con tal de lograr su objeto. Estuvo íntimamente relacionado con Paine en la tierra, ayudándole en su obra, y por lo tanto, le es muy fácil conocer las palabras y la misma escritura de quien le sirvió tan fielmente y tan bien cumplió su propósito. Satanás dictó mucho de lo escrito por Paine, y así le es cosa fácil expresar ahora, por medio de sus ángeles, sentimientos que parezcan provenir de Paine. Esta es la obra maestra de Satanás. Todas las enseñanzas que se dan como provenientes de los apóstoles, de los santos y de los impíos ya muertos, proceden en realidad directamente de su majestad satánica.

El hecho de que Satanás asevere que un ser a quien él tanto amó y que tan cumplidamente odió a Dios esté ahora en la gloria con los santos apóstoles y con los ángeles, debiera bastar para descorrer el velo de todas las mentes y revelarles las misteriosas y negras obras de Satanás, quien en suma dice al mundo y a los incrédulos: "Por impíamente que viváis, sea que creáis o dejéis de creer en Dios y en la Biblia, obrad como os plazca, el cielo es vuestra morada, pues todos saben que si Tomás Paine está tan exaltado en el cielo, todos entrarán seguramente allí." Esto es tan notorio que todos pueden verlo si quieren. Satanás está ahora haciendo, por medio de personas como Tomás Paine, lo que siempre trató de hacer desde su caída. Por medio de su poder y de sus prodigios mentirosos, está socavando los fundamentos de la esperanza cristiana y eclipsando el sol que ha de iluminar el angosto sendero que conduce al cielo. Está haciendo creer al mundo que la Biblia no es inspirada ni mejor que un libro de cuentos, mientras que trata de suplantarla con las manifestaciones espiritistas.

Estas son una agencia enteramente suya, sujeta a su gobierno, y puede hacer creer al mundo cuanto le plazca. Coloca en la sombra, que es donde le conviene colocarlo, el libro que ha de juzgarlo a él y a sus secuaces. Dice que el Salvador del mundo fué un hombre como otro cualquiera; y así como los guardias romanos que custodiaban el sepulcro de Jesús propalaron el mentiroso informe que los ancianos y los príncipes de los sacerdotes pusieron en sus

bocas, los pobres e ilusos adeptos a las pretendidas manifestaciones espiritistas, repetirán y tratarán de dar a entender que nada hubo de milagroso en el nacimiento de nuestro Salvador ni en su muerte y resurrección. Después de relegar a Jesús a último término, llamarán la atención de la gente hacia sí mismos, sus milagros y prodigios mentirosos, que según ellos dicen, superan a las obras de Cristo. Así cae la gente en el lazo, adormeciéndose en un sentimiento de seguridad que no le permitirá advertir su horrible engaño antes que se derramen las siete últimas plagas. Satanás se ríe al ver cuán bien le va saliendo su plan, y que el mundo entero va cayendo en sus redes.

CAPÍTULO 31

LA CODICIA

Vi que Satanás ordenaba a sus ángeles que dispusieran sus asechanzas especialmente para los que están esperando la segunda aparición de Cristo y guardando todos los mandamientos de Dios. Dijo Satanás a sus ángeles que las iglesias estaban durmiendo. El iba a aumentar su propio poder y sus prodigios mentirosos, a fin de retenerlas. "Pero—dijo—odiamos a la secta de los observadores del sábado; están trabajando de continuo contra nosotros, y quitándonos súbditos, para que observen la odiada ley de Dios. Id, emborrachad de cuidados a los poseedores de tierras y dinero. Si lográis que pongan sus afectos en estas cosas, serán nuestros todavía. Pueden profesar lo que quieran, con tal que consigáis que se interesen más en el dinero que en el éxito del reino de Cristo o la difusión de las verdades que aborrecemos. Presentadles el mundo de la manera más atrayente, para que lo amen y lo idolatren. Debemos conservar en nuestras filas todos los recursos cuyo control podamos obtener. Cuanto más sean los recursos que los seguidores de Cristo dediquen a su servicio, tanto más perjudicarán a nuestro reino quitándonos súbditos. Cuando ellos convocan reuniones en diferentes lugares, estamos en peligro. Sed vigilantes, por lo tanto. Si os es posible, provocad disturbios y confusión. Destruid el amor que los miembros tengan el uno por el otro.

Desalentad a sus ministros; porque los aborrecemos. Presentad toda excusa plausible a los que tienen recursos, no sea que ellos los entreguen. Ejerced, si podéis, el control de los asuntos monetarios, y procurad que sus ministros sean angustiados por la escasez. Esto debilitará su valor y celo. Pelead por toda pulgada de terreno. Haced que la codicia y el amor de los tesoros terrenales sean los rasgos sobresalientes de su carácter. Cuando estos rasgos los dominan, la salvación y la gracia pierden importancia. Rodeadlos de toda clase de atracciones, y serán nuestros. Y no sólo nos los aseguraremos, sino que su odiosa influencia no será ejercida para conducir a otros al cielo. Cuando algunos intenten dar, poned en ellos una disposición mezquina, para que lo que den sea poco."

Vi que Satanás ejecuta bien sus planes. Cuando los siervos de Dios convocan reuniones, Satanás está en el terreno con sus ángeles para impedir la obra. Está constantemente implantando sugestiones en la mente de los hijos de Dios. Conduce a algunos de una manera y a otros de otra, valiéndose siempre de los malos rasgos que hay en el carácter de los hermanos y las hermanas, y excitando sus tendencias naturales al mal. Si están dispuestos a ser egoístas y codiciosos, Satanás se sitúa a su lado, y con todo su poder procura inducirlos a ceder a los pecados que los tientan de costumbre. La gracia de Dios y la luz de la verdad pueden disipar por un corto tiempo sus sentimientos de codicia y egoísmo, pero si no obtienen una victoria completa, Satanás entra cuando no están bajo una

influencia salvadora y marchita todo principio noble y generoso, y ellos piensan que se exige demasiado de ellos. Se cansan de hacer el bien y olvidan el gran sacrificio que Jesús hizo para redimirlos del poder de Satanás y de la miseria desesperada.

Satanás se valió de la disposición codiciosa y egoísta de Judas y le indujo a murmurar cuando María derramó el costoso ungüento sobre Jesús. Judas consideró esto como un gran desperdicio, y declaró que se podría haber vendido el ungüento y dado a los pobres el producto de la venta. No le interesaban los pobres, pero consideraba excesiva la ofrenda liberal otorgada a Jesús. Judas apreció a su Señor tan sólo lo suficiente para venderlo por unas pocas monedas de plata. Y vi que había algunos como Judas entre los que profesan esperar a su Señor. Satanás los domina, pero no lo saben. Dios no puede aprobar el menor grado de codicia o egoísmo, y aborrece las oraciones y exhortaciones de aquellos que cultivan estos malos rasgos. Al ver Satanás que su tiempo es corto, induce a los hombres a ser cada vez más egoístas y codiciosos, y luego se regocija cuando los ve dedicados a sí mismos, mezquinos y egoístas. Si los ojos de los tales pudiesen abrirse, verían a Satanás en triunfo infernal, regocijándose acerca de ellos y riéndose de la locura de aquellos que aceptan sus sugestiones y caen en sus lazos.

Satanás y sus ángeles toman nota de todos los actos mezquinos y codiciosos de aquellas personas y los presentan a Jesús y a sus santos ángeles, diciendo en tono

oprobioso: "¡Estos son seguidores de Cristo! ¡Se están preparando para ser trasladados!" Satanás compara la conducta de ellos con pasajes de la Escritura en los cuales se reprende tal conducta, y luego desafía así a los ángeles celestiales: "¡Estos están siguiendo a Cristo y su Palabra! ¡Estos son los frutos del sacrificio de Cristo y de la redención!" Los ángeles se desvían con desagrado de la escena. Dios requiere de los suyos que obren constantemente; y cuando se cansan de hacer el bien, él se cansa de ellos. Vi que le desagrada mucho la menor manifestación de egoísmo de parte de quienes profesan ser su pueblo, de aquellos por quienes Jesús no escatimó su preciosa vida. Toda persona egoísta y codiciosa caerá al lado del camino. Como Judas, que vendió a su Señor, traicionarán los buenos principios y una buena disposición noble y generosa por una pequeña porción de las ganancias terrenales. Todos los tales serán eliminados del pueblo de Dios. Los que quieran entrar en el cielo, deberán, con toda la energía que posean, alentar los principios del cielo. En vez de marchitarse en el egoísmo, sus almas se expanderán en la benevolencia. Es necesario aprovechar toda oportunidad de hacer bien unos a otros y cultivar así los principios del cielo. Jesús me fué presentado como el dechado perfecto. Su vida fué sin intereses egoístas, y siempre hubo en él manifestaciones de benevolencia desinteresada.

CAPÍTULO 32

EL ZARANDEO

Vi que algunos, con fe robusta y gritos acongojados, clamaban ante Dios. Estaban pálidos y sus rostros demostraban la profunda ansiedad resultante de su lucha interna. Gruesas gotas de sudor bañaban su frente; pero con todo, su aspecto manifestaba firmeza y gravedad. De cuando en cuando brillaba en sus semblantes la señal de la aprobación de Dios, y después volvían a quedar en severa, grave y anhelante actitud.

Los ángeles malos los rodeaban, oprimiéndolos con tinieblas para ocultarles la vista de Jesús y para que sus ojos se fijaran en la obscuridad que los rodeaba, a fin de inducirlos a desconfiar de Dios y murmurar contra él. Su única salvaguardia consistía en mantener los ojos alzados al cielo, pues los ángeles de Dios estaban encargados del pueblo escogido y, mientras que la ponzoñosa atmósfera de los malos ángeles circundaba y oprimía a las ansiosas almas, los ángeles celestiales batían sin cesar las alas para disipar las densas tinieblas.

De cuando en cuando Jesús enviaba un rayo de luz a los que angustiosamente oraban, para iluminar su rostro y alentar su corazón. Vi que algunos no participaban en esta obra de acongojada demanda, sino que se mostraban indiferentes y negligentes, sin cuidarse de resistir a las tinieblas que los envolvían, y éstas los encerraban como una

nube densa. Los ángeles de Dios se apartaron de ellos y acudieron en auxilio de los que anhelosamente oraban. Vi ángeles de Dios que se apresuraban a auxiliar a cuantos se empeñaban en resistir con todas sus fuerzas a los ángeles malos y procuraban ayudarse a sí mismos invocando perseverantemente a Dios. Pero nada hicieron sus ángeles por quienes no procuraban ayudarse a sí mismos, y los perdí de vista.

Pregunté cuál era el significado del zarandeo que yo había visto, y se me mostró que lo motivaría el testimonio directo que exige el consejo que el Testigo fiel dió a la iglesia de Laodicea. Moverá este consejo el corazón de quien lo reciba y le inducirá a exaltar el estandarte y a difundir la recta verdad. Algunos no soportarán este testimonio directo, sino que se levantarán contra él, y esto es lo que causará un zarandeo en el pueblo de Dios.

Vi que el testimonio del Testigo fiel había sido escuchado tan sólo a medias. El solemne testimonio del cual depende el destino de la iglesia se tuvo en poca estima, cuando no se lo menospreció por completo. Ese testimonio ha de mover a profundo arrepentimiento. Todos los que lo reciban sinceramente lo obedecerán y quedarán purificados.

Dijo el ángel: "Escuchad." Pronto oí una voz que resonaba dulce y armoniosa como concertada sinfonía. Era incomparablemente más melodiosa que cualquier música que yo hubiese oído hasta entonces, y parecía henchida de misericordia, compasión y gozo santo y enaltecedor.

Conmovió todo mi ser. El ángel dijo: "Mirad." Mi atención se fijó entonces en la hueste que antes había visto y que estaba fuertemente sacudida. Vi a los que antes gemían y oraban con aflicción de espíritu. Doble número de ángeles custodios los rodeaban, y una armadura los cubría de pies a cabeza. Marchaban en perfecto orden como una compañía de soldados. En su semblante expresaban el tremendo conflicto que habían sobrellevado y la congojosa batalla que acababan de reñir; pero los rostros antes arrugados por la angustia, resplandecían ahora, iluminados por la gloriosa luz del cielo. Habían logrado la victoria, y esto despertaba en ellos profunda gratitud y un gozo santo y sagrado.

El número de esta hueste había disminuido. En el zarandeo, algunos fueron dejados al lado del camino. Los descuidados e indiferentes que no se unieron con quienes apreciaban la victoria y la salvación lo bastante para perseverar en anhelarlas orando angustiosamente por ellas, no las obtuvieron, y quedaron rezagados en las tinieblas, y sus sitios fueron ocupados en seguida por otros, que se unían a las filas de quienes habían aceptado la verdad. Los ángeles malignos todavía se agrupaban en su derredor, pero ningún poder tenían sobre ellos.

Oí que los revestidos de la armadura proclamaban poderosamente la verdad, con fructuosos resultados. Muchas personas habían estado ligadas; algunas esposas por sus consortes, y algunos hijos por sus padres. Las personas sinceras, que hasta entonces habían sido impedidas de oir

la verdad, se adhirieron ardientemente a ella. Desvanecióse todo temor a los parientes y sólo la verdad les parecía sublime. Habían tenido hambre y sed de la verdad, y ésta les era más preciosa que la vida. Pregunté por la causa de tan profundo cambio y un ángel me respondió: "Es la lluvia tardía; el refrigerio de la presencia del Señor; el potente pregón del tercer ángel."

Aquellos escogidos tenían gran poder. Dijo el ángel: "Mirad." Vi a los impíos o incrédulos. Estaban todos en gran excitación. El celo y la potencia del pueblo de Dios los había enfurecido. Por doquiera dominaba la confusión. Vi que se tomaban medidas contra la hueste que tenía la luz y el poder de Dios. Pero esta hueste, aunque rodeada por densas tinieblas, se mantenía firme, aprobada de Dios y confiada en él. Luego vi a sus filas perplejas; las oí clamar a Dios con fervor. Ni de día ni de noche dejaban de orar: "¡Hágase, Señor, tu voluntad! Si ha de servir para gloria de tu nombre, da a tu pueblo el medio de escapar. Líbranos de los paganos que nos rodean. Nos han sentenciado a muerte; pero tu brazo puede salvarnos." Tales son las palabras que puedo recordar. Todos parecían hondamente convencidos de su insuficiencia y manifestaban completa sumisión a la voluntad de Dios. Sin embargo, todos sin excepción, como Jacob, oraban y luchaban fervorosamente por su liberación.

Poco después de haber comenzado estos humanos su anhelante clamor, los ángeles, movidos a compasión, quisieron ir a librarlos; pero un ángel de alta estatura, que

mandaba a los otros, no lo consintió, y dijo: "Todavía no está cumplida la voluntad de Dios. Han de beber del cáliz. Han de ser bautizados con el bautismo."

Pronto oí la voz de Dios que estremecía cielos y tierra. Sobrevino un gran terremoto. Por doquiera se derrumbaban los edificios. Entonces oí un triunfante grito de victoria, fuerte, armonioso y claro. Miré a la hueste que poco antes estaba en tan angustiosa esclavitud y vi que su cautividad había cesado. Los iluminaba una luz refulgente. ¡Cuán hermosos parecían entonces! Se había desvanecido toda huella de inquietud y fatiga, y cada rostro rebosaba salud y belleza. Sus enemigos, los paganos que los rodeaban, cayeron como muertos, porque no les era posible resistir la luz que iluminaba a los santos redimidos. Esta luz y gloria permanecieron sobre ellos hasta que se vio a sobre ellos hasta que se vio a Jesús en las nubes del cielo, y la fiel y probada hueste fué transformada en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, de gloria a gloria. Se abrieron los sepulcros y resucitaron los santos, revestidos de inmortalidad, exclamando: "¡Victoria sobre la muerte y el sepulcro!" Y junto con los santos vivientes, fueron arrebatados para encontrar a su Señor en el aire, mientras que hermosos y armónicos gritos de gloria y victoria salían de todo labio inmortal.

CAPÍTULO 33

LOS PECADOS DE BABILONIA

Vi que desde que el segundo ángel proclamara la caída de las iglesias, éstas se han estado volviendo cada vez más corruptas. Tienen el nombre de seguidoras de Cristo; pero es imposible distinguirlas del mundo. Los ministros sacan sus textos de la Palabra de Dios, pero predican cosas agradables. Contra esto el corazón natural no tiene objeción. Lo que resulta odioso para el corazón carnal es tan sólo el espíritu y el poder de la verdad, así como la salvación por Cristo. No hay en el ministerio popular cosa alguna que despierte la ira de Satanás, haga temblar al pecador, o aplique al corazón y la conciencia las temibles realidades de un juicio que pronto se realizará. En general los impíos encuentran agradable una forma de piedad carente de eficacia, y ayudarán a sostener una religión tal.

Dijo el ángel: "Nada que sea menos que toda la armadura de justicia puede habilitar al hombre para vencer las potestades de las tinieblas y retener la victoria sobre ellas. Satanás ha tomado plena posesión de las iglesias en conjunto. Se ponen de relieve los dichos y las obras de los hombres en vez de las claras y cortantes verdades de la Palabra de Dios. El espíritu y la amistad del mundo son enemistad hacia Dios. Cuando la verdad en su sencillez y

fortaleza, tal cual es en Jesús, se levanta frente al espíritu del mundo, despierta en seguida el espíritu de persecución. Muchísimos que profesan ser cristianos no han conocido a Dios. El corazón natural no ha sido cambiado, y el ánimo carnal permanece en enemistad con Dios. Aquéllos son siervos fieles de Satanás, a pesar de haber asumido otro nombre."

Vi que desde que Jesús dejó el lugar santo del santuario celestial y entró detrás del segundo velo, las iglesias han estado llenándose de toda ave inmunda y aborrecible. Vi gran iniquidad y vileza en las iglesias; sin embargo sus miembros profesan ser cristianos. La profesión que hacen, sus oraciones y sus exhortaciones, son abominación a la vista de Dios. Dijo el ángel: "Dios no halla agrado en sus asambleas. Practican el egoísmo, el fraude y el engaño sin reprensión de su conciencia. Sobre todos estos malos rasgos arrojan el manto de la religión." Me fué mostrado el orgullo de las iglesias nominales. Dios no cabe en sus pensamientos; sus ánimos carnales se espacian en sí mismos; adornan sus pobres cuerpos mortales, y luego se miran con satisfacción y placer. Jesús y los ángeles los miran con enojo. Dijo el ángel: "Sus pecados y su orgullo han subido hasta el cielo. Su porción está preparada. La justicia y el juicio han dormitado largo tiempo, pero pronto despertarán. La venganza es mía, yo pagaré, dice el Señor." Las terribles amenazas del tercer ángel van a ser realizadas, y todos los impíos han de beber de la ira de Dios. Una hueste innumerable de malos ángeles está dispersándose por

toda la tierra y llena las iglesias. Estos agentes de Satanás consideran con regocijo las agrupaciones religiosas, porque el manto de la religión cubre los mayores crímenes e iniquidades.

Todo el cielo contempla con indignación a los seres humanos, obra de las manos de Dios, reducidos por sus semejantes a las mayores bajezas de la degradación y puestos al nivel de los brutos. Personas que profesan seguir al amado Salvador, cuya compasión se despertó siempre que viera la desgracia humana, participan activamente en ese enorme y gravoso pecado: trafican con esclavos y con las almas de los hombres. La agonía humana es trasladada de lugar en lugar para ser comprada y vendida. Los ángeles han tomado nota de todo esto; y está escrito en el libro. Las lágrimas de los piadosos esclavos y esclavas, de padres, madres, hijos, hermanos y hermanas, todo esto está registrado en el cielo. Dios refrenará su ira tan sólo un poco más. Esa ira arde contra esta nación y especialmente contra las organizaciones religiosas que han sancionado este terrible tráfico y han participado ellas mismas en él. Tal injusticia, tal opresión, tales sufrimientos, son considerados con cruel indiferencia por muchos de los que profesan seguir al manso y humilde Jesús. Muchos de ellos pueden infligir ellos mismos, con odiosa satisfacción, toda esta indescriptible agonía; y sin embargo se atreven a adorar a Dios. Es una burla sangrienta; Satanás se regocija por ella y echa oprobio sobre Jesús y sus ángeles con motivo de

tales inconsecuencias, y dice con placer infernal: "¡Estos son los que siguen a Cristo!"

Estos profesos cristianos leen lo referente a los sufrimientos de los mártires, y les corren lágrimas por las mejillas. Se admiran de que los hombres pudiesen endurecerse al punto de practicar tales crueldades para con sus semejantes. Sin embargo, los que piensan y hablan así siguen al mismo tiempo manteniendo seres humanos en la esclavitud. Y no es esto todo; tronchan los vínculos naturales y oprimen cruelmente a sus semejantes. Pueden infligir las torturas más inhumanas con la misma implacable crueldad que manifestaron los papistas y los paganos hacia los que seguían a Cristo. Dijo el ángel: "En el día en que se ejecute el juicio de Dios, la suerte de los paganos y de los papistas será más tolerable que la de estos hombres." Los clamores de los oprimidos han llegado hasta el cielo, y los ángeles se quedan asombrados frente a los indecibles y agonizantes sufrimientos que el hombre, formado a la imagen de su Hacedor, inflige a sus semejantes. Dijo el ángel: "Los nombres de los opresores están escritos con sangre, cruzados por azotes e inundados por las ardientes lágrimas de agonía que han derramado los dolientes. La ira de Dios no cesará antes de haber hecho beber a esta tierra de luz las heces de la copa de su ira, antes de que haya recompensado a Babilonia al doble. Dadle a ella como os ha dado, y pagadle el doble según sus obras; en el cáliz en que ella preparó bebida, preparadle a ella el doble."

Vi que el que es dueño de un esclavo tendrá que responder por el alma de ese esclavo a quien mantuvo en la ignorancia; los pecados del esclavo serán castigados en el amo. Dios no puede llevar al cielo al esclavo que fué mantenido en la ignorancia y la degradación, sin saber nada de Dios ni de la Biblia, temiendo tan sólo el látigo de su amo, y ocupando un puesto inferior al de los brutos. Pero hace con él lo mejor que puede hacer un Dios compasivo. Le permite ser como si nunca hubiera sido, mientras que el amo debe soportar las siete postreras plagas y luego levantarse en la segunda resurrección para sufrir la muerte segunda, la más espantosa. (Véase el Apéndice.) Entonces la justicia de Dios estará satisfecha.

CAPÍTULO 34

EL FUERTE CLAMOR

Vi ángeles que apresuradamente iban y venían de uno a otro lado del cielo, bajaban a la tierra y volvían a subir al cielo, como si se prepararan para cumplir algún notable acontecimiento. Después vi otro ángel poderoso, al que se ordenó que bajase a la tierra y uniese su voz a la del tercer ángel para dar fuerza y vigor a su mensaje. Ese ángel recibió gran poder y gloria, y al descender dejó toda la tierra iluminada con su gloria. La luz que rodeaba a este ángel penetraba por doquiera mientras clamaba con fuerte voz: "Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible." Aquí se repite el mensaje de la caída de Babilonia, tal como lo dió el segundo ángel, con la mención adicional de las corrupciones introducidas en las iglesias desde 1844. La obra de este ángel comienza a tiempo para unirse a la última magna obra del mensaje del tercer ángel cuando éste se intensifica hasta ser un fuerte pregón. Así se prepara el pueblo de Dios para afrontar la hora de la tentación que muy luego ha de asaltarle. Vi que sobre los fieles reposaba una luz vivísima, y que se unían para proclamar sin temor el mensaje del tercer ángel.

Otros ángeles fueron enviados desde el cielo en ayuda del potente ángel, y oí voces que por doquiera resonaban

diciendo: "Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte en sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades." Este mensaje parecía ser un complemento del tercer mensaje, pues se le unía como el clamor de media noche se añadió en 1844 al mensaje del segundo ángel. La gloria de Dios reposaba sobre los pacientes y expectantes santos, quienes valerosamente daban la postrera y solemne amonestación, proclamando la caída de Babilonia y exhortando al pueblo de Dios a que de ella saliese para escapar a su terrible condenación.

La luz derramada sobre los fieles penetraba por doquiera; los que en las iglesias tenían alguna luz, y no habían oído ni rechazado los tres mensajes, obedecieron la exhortación y abandonaron las iglesias caídas. Muchos habían entrado en edad de razón y responsabilidad desde la proclamación de los mensajes; y la luz brilló sobre ellos, deparándoles el privilegio de escoger entre la vida o la muerte. Algunos escogieron la vida y se unieron con los que esperaban a su Señor y guardaban todos sus mandamientos. El tercer mensaje iba a efectuar su obra. Todos iban a ser probados por él, y las almas preciosas iban a ser invitadas a salir de las congregaciones religiosas. Una fuerza compulsiva movía a los sinceros, al paso que la manifestación del poder de Dios infundía temor y respeto a los incrédulos parientes y amigos para que no se atrevieran ni pudieran estorbar a quienes sentían en sí la obra del Espíritu de Dios. El postrer llamamiento llegó hasta los

infelices esclavos, y los más piadosos de ellos prorrumpieron en cánticos de transportado gozo ante la perspectiva de su feliz liberación. Sus amos no pudieron contenerlos, porque el asombro y el temor los mantenían en silencio. Se realizaron grandes milagros. Sanaban los enfermos, y señales y prodigios acompañaban a los creyentes. Dios colaboraba con la obra, y todos los santos, sin temor de las consecuencias, obedecían al convencimiento de su conciencia, se unían con los que guardaban todos los mandamientos de Dios y proclamaban poderosamente por doquiera el tercer mensaje. Vi que este mensaje terminaría con fuerza y vigor muy superiores al clamor de media noche.

Los siervos de Dios, dotados con el poder del cielo, con sus semblantes iluminados y refulgentes de santa consagración, salieron a proclamar el mensaje celestial. Muchas almas diseminadas entre las congregaciones religiosas respondieron al llamamiento y salieron presurosas de las sentenciadas iglesias, como Lot salió presuroso de Sodoma antes de la destrucción de esa ciudad. Fortalecióse el pueblo de Dios con la excelsa gloria que sobre él reposaba en copiosa abundancia, ayudándole a soportar la hora de la tentación. Oí multitud de voces que por todas partes exclamaban: "Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús."

CAPÍTULO 35

TERMINACIÓN DEL TERCER MENSAJE

Se me señaló la época en que terminaría el mensaje del tercer ángel. El poder de Dios había asistido a sus hijos, quienes después de cumplir su obra estaban preparados para sobrellevar la hora de prueba que les aguardaba. Habían recibido la lluvia tardía o refrigerio de la presencia del Señor y se había reavivado el viviente testimonio. Por todas partes había cundido la postrera gran amonestación, agitando y enfureciendo a los moradores de la tierra que no habían querido recibir el mensaje.

Vi ángeles que iban y venían de uno a otro lado del cielo. Un ángel con tintero de escribano en la cintura regresó de la tierra y comunicó a Jesús que había cumplido su encargo, quedando sellados y numerados los santos. Vi entonces que Jesús, quien había estado oficiando ante el arca de los diez mandamientos, dejó caer el incensario, y alzando las manos exclamó en alta voz: "Consumado es." Y toda la hueste angélica se quitó sus coronas cuando Jesús hizo esta solemne declaración: "El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía."

Todos los casos habían sido fallados para vida o para muerte. Mientras Jesús oficiaba en el santuario, había proseguido el juicio de los justos muertos y luego el de los justos vivientes. Cristo, habiendo hecho expiación por su pueblo y habiendo borrado sus pecados, había recibido su reino. Estaba completo el número de los súbditos del reino, y consumado el matrimonio del Cordero. El reino y el poderío fueron dados a Jesús y a los herederos de la salvación, y Jesús iba a reinar como Rey de reyes y Señor de señores.

Al salir Jesús del lugar santísimo, oí el tintineo de las campanillas de su túnica. Una tenebrosa nube cubrió entonces a los habitantes de la tierra. Ya no había mediador entre el hombre culpable y un Dios ofendido. Mientras Jesús estuvo interpuesto entre Dios y el pecador, tuvo la gente un freno; pero cuando dejó de estar entre el hombre y el Padre, desapareció el freno y Satanás tuvo completo dominio sobre los finalmente impenitentes. Era imposible que fuesen derramadas las plagas mientras Jesús oficiase en el santuario; pero al terminar su obra allí y cesar su intercesión, nada detiene ya la ira de Dios que cae furiosamente sobre la desamparada cabeza del culpable pecador que descuidó la salvación y aborreció las reprensiones. En aquel terrible momento, después de cesar la mediación de Jesús, a los santos les toca vivir sin intercesor en presencia del Dios santo. Había sido decidido todo caso y numerada cada joya. Detúvose un momento Jesús en el departamento exterior del santuario celestial, y los pecados

confesados mientras él estuvo en el lugar santísimo fueron asignados a Satanás, originador del pecado, quien debía sufrir su castigo.

Entonces vi que Jesús se despojaba de sus vestiduras sacerdotales y se revestía de sus más regias galas. Llevaba en la cabeza muchas coronas, una corona dentro de otra. Rodeado de la hueste angélica, dejó el cielo. Las plagas estaban cayendo sobre los moradores de la tierra. Algunos acusaban a Dios y le maldecían. Otros acudían presurosos al pueblo de Dios en súplica de que les enseñase cómo escapar a los juicios divinos. Pero los santos no tenían nada para ellos. Había sido derramada la última lágrima en favor de los pecadores, ofrecida la última angustiosa oración, soportada la última carga y dado el postrer aviso. La dulce voz de la misericordia ya no había de invitarlos. Cuando los santos y el cielo entero se interesaban por la salvación de los pecadores, éstos no habían tenido interés por sí mismos. Se les ofreció escoger entre la vida y la muerte. Muchos deseaban la vida, pero no se esforzaron por obtenerla. No escogieron la vida, y ya no había sangre expiatoria para purificar a los culpables ni Salvador compasivo que abogase por ellos y exclamase: "Perdona, perdona al pecador durante algún tiempo todavía." Todo el cielo se había unido a Jesús al oír las terribles palabras: "Hecho está. Consumado es." El plan de salvación estaba cumplido, pero pocos habían querido aceptarlo. Y al callar la dulce voz de la misericordia, el miedo y el horror

invadieron a los malvados. Con terrible claridad oyeron estas palabras: "¡Demasiado tarde! ¡demasiado tarde!"

Quienes habían menospreciado la Palabra de Dios corrían azorados de un lado a otro, errantes de mar a mar y de norte a oriente en busca de la Palabra del Señor. Dijo el ángel: "No la hallarán. Hay hambre en la tierra; no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír las palabras del Señor. ¡Qué no dieran por oír una palabra de aprobación de parte de Dios! Pero no; han de seguir hambrientos y sedientos. Día tras día descuidaron la salvación, estimando en más las riquezas y placeres de la tierra que los tesoros y alicientes del cielo. Rechazaron a Jesús y menospreciaron a sus santos. Los sucios permanecerán sucios para siempre."

Muchos de los impíos se enfurecieron grandemente al sufrir los efectos de las plagas. Ofrecían un espectáculo de terrible agonía. Los padres recriminaban amargamente a sus hijos y los hijos a sus padres, los hermanos a sus hermanas y las hermanas a sus hermanos. Por todas partes se oían llantos y gritos como éstos: "¡Tú me impediste recibir la verdad que me hubiera salvado de esta terrible hora!" La gente se volvía contra sus ministros con acerbo odio y los reconvenía diciendo: "Vosotros no nos advertisteis. Nos dijisteis que el mundo entero se iba a convertir, y clamasteis: '¡Paz, paz!' para disipar nuestros temores. Nada nos enseñasteis acerca de esta hora, y a los que nos precavían contra ella los tildabais de fanáticos y malignos que querían arruinarnos." Pero vi que los ministros no se

libraron de la ira de Dios. Sus sufrimientos eran diez veces mayores que los de sus feligreses.

CAPÍTULO 36

EL TIEMPO DE ANGUSTIA

Vi a los santos abandonar las ciudades y los pueblos y juntarse en grupos para vivir en los lugares más apartados. Los ángeles los proveían de comida y agua, mientras que los impíos sufrían hambre y sed. Vi después que los magnates de la tierra consultaban entre sí, y Satanás y sus ángeles estaban atareados en torno de ellos. Vi un edicto del que se repartieron ejemplares por distintas partes de la tierra, el cual ordenaba que si dentro de determinado plazo no renunciaban los santos a su fe peculiar y prescindían del sábado para observar el primer día de la semana, quedaría la gente en libertad para matarlos. Pero en aquella hora de prueba estaban los santos tranquilos y serenos, esperando en Dios y apoyados en su promesa de que se les abriría un camino de salvación. En algunos puntos los malvados se precipitaron contra los santos para matarlos antes de que venciese el plazo señalado en el edicto; pero ángeles en la persona de guerreros pelearon por ellos. Satanás quería tener el privilegio de exterminar a los santos del Altísimo; pero Jesús ordenó a sus ángeles que velaran por ellos. Dios tendría a honra hacer un pacto con quienes habían guardado su ley a la vista de los paganos circundantes; y Jesús recibiría honra al trasladar sin que vieran la muerte a los fieles expectantes que durante tanto tiempo le habían aguardado.

Pronto vi que los santos sufrían gran angustia mental. Parecían rodeados por los malvados moradores de la tierra. Todas las apariencias estaban en su contra, y algunos empezaron a temer que Dios los hubiese abandonado al fin para dejarlos perecer a manos de los malos. Pero si sus ojos hubiesen podido abrirse, se hubieran visto circundados por los ángeles de Dios. Después llegó la multitud de los impíos airados, y a poco una masa de ángeles malignos que excitaban a los impíos a que matasen a los santos. Mas para acercarse al pueblo de Dios era preciso que atravesasen por entre la cohorte de ángeles santos y poderosos, lo cual era imposible. Los ángeles de Dios los hacían retroceder y también rechazaban a los ángeles malos que rodeaban a los malvados.

Fué una hora de tremenda y espantosa angustia para los santos. Día y noche clamaban a Dios para pedirle que los librase. A juzgar por las apariencias no había posibilidad de escapar. Los malvados, saboreando de antemano su triunfo, exclamaban: "¿Por qué no os libra vuestro Dios de nuestras manos? ¿Por qué no os escapáis por los aires para salvar la vida?" Pero los santos no los escuchaban. Como Jacob, estaban luchando con Dios. Los ángeles deseaban libertarlos; pero habían de esperar un poco más. El pueblo de Dios debía apurar el cáliz y ser bautizado del bautismo. Los ángeles, fieles a su misión, seguían velando. Dios no quería que los paganos insultasen su nombre. Se acercaba el tiempo en que iba a manifestar su formidable poder y libertar gloriosamente a sus santos. Por la gloria

de su nombre iba a libertar a todos los que pacientemente le habían esperado y cuyos nombres estaban escritos en el libro.

Se me señaló al fiel Noé. Al desatarse la lluvia y sobrevenir el diluvio, ya Noé y su familia habían entrado en el arca, y Dios había cerrado la puerta. Noé había advertido fielmente a los moradores del mundo antediluviano, mientras ellos se mofaban de él y le escarnecían. Pero cuando las aguas cubrieron la tierra, y uno tras otro los impíos se iban ahogando, veían el arca de la que tanto se habían burlado, flotando con toda seguridad sobre las olas, y preservando al fiel Noé y su familia. Análogamente vi que sería libertado el pueblo de Dios que con tanta fidelidad había anunciado al mundo la ira venidera. Dios no consentiría que los malvados exterminasen a quienes esperaban la traslación y no se sometían al decreto de la bestia ni recibían su marca. Vi que si a los malvados se les permitiese exterminar a los santos, Satanás se alegraría, con sus malignas huestes y todos cuantos odiaban a Dios. Y ¡oh, qué triunfo fuera para su majestad satánica ejercer en la lucha final potestad sobre los que durante largo tiempo habían esperado contemplar a quien tanto amaban! Los que se burlaron de la idea de la ascensión de los santos presenciarán la solicitud de Dios por su pueblo y contemplarán su gloriosa liberación.

Cuando los santos salieron de las villas y ciudades, los persiguieron los malvados con intento de matarlos. Pero las espadas levantadas contra el pueblo de Dios se

quebraron y cayeron tan inofensivas como briznas de paja. Los ángeles de Dios escudaron a los santos, cuyos clamores, elevados día y noche en súplica de liberación, habían llegado ante el Señor.

CAPÍTULO 37

LIBERACIÓN DE LOS SANTOS

Dios escogió la media noche para libertar a su pueblo. Mientras los malvados se burlaban en derredor de ellos, apareció de pronto el sol con toda su refulgencia y la luna se paró. Los impíos se asombraron de aquel espectáculo, al paso que los santos contemplaban con solemne júbilo aquella señal de su liberación. En rápida sucesión se produjeron señales y prodigios. Todo parecía haberse desquiciado. Cesaron de fluir los ríos. Aparecieron densas y tenebrosas nubes que entrechocaban unas con otras. Pero había un claro de persistente esplendor de donde salía la voz de Dios como el sonido de muchas aguas estremeciendo los cielos y la tierra. Sobrevino un tremendo terremoto. Abriéronse los sepulcros y los que habían muerto teniendo fe en el mensaje del tercer ángel y guardando el sábado se levantaron, glorificados, de sus polvorientos lechos para escuchar el pacto de paz que Dios iba a hacer con quienes habían observado su ley.

El firmamento se abría y cerraba en violenta conmoción. Las montañas se agitaban como cañas batidas por el viento, arrojando peñascos por todo el derredor. El mar hervía como una caldera y lanzaba piedras a la tierra. Al declarar Dios el día y la hora de la venida de Jesús y

conferir el sempiterno pacto a su pueblo, pronunciaba una frase y se detenía mientras las palabras de la frase retumbaban por toda la tierra. El Israel de Dios permanecía con la mirada fija en lo alto, escuchando las palabras según iban saliendo de labios de Jehová y retumbaban por toda la tierra con el estruendo de horrísonos truenos. Era un espectáculo pavorosamente solemne. Al final de cada frase los santos exclamaban: "¡Gloria! ¡Aleluya!" Estaban sus semblantes iluminados por la gloria de Dios, y refulgían como el rostro de Moisés al bajar del Sinaí. Los malvados no podían mirarlos porque los ofuscaba el resplandor. Y cuando Dios derramó la sempiterna bendición sobre quienes le habían honrado santificando el sábado, resonó un potente grito de victoria sobre la bestia y su imagen.

Entonces comenzó el jubileo durante el cual debía descansar la tierra. Vi que los piadosos esclavos se alzaban triunfantes y victoriosos, quebrantando las cadenas que los oprimían, mientras sus malvados amos quedaban confusos y sin saber qué hacer, porque los impíos no podían comprender las palabras que emitía la voz de Dios.

Pronto apareció la gran nube blanca sobre la que venía sentado el Hijo del hombre. Al vislumbrarse a la distancia, parecía muy pequeña. El ángel dijo que era la señal del Hijo del hombre. Cuando se acercó a la tierra, pudimos contemplar la excelsa gloria y majestad de Jesús al avanzar como vencedor. Una comitiva de santos ángeles ceñidos de brillantes coronas le escoltaban en su camino. No hay lenguaje capaz de describir la magnificencia esplendorosa

del espectáculo. Se iba acercando la viviente nube de insuperable gloria y majestad, y pudimos contemplar claramente la hermosa persona de Jesús. No llevaba corona de espinas, sino que ceñía su frente santa una corona de gloria. Sobre sus vestidos y muslo aparecía escrito el título de Rey de reyes y Señor de señores. Su aspecto era tan brillante como el sol de mediodía; sus ojos como llama de fuego; y sus pies parecían de fino bronce. Resonaba su voz como un concierto armónico de instrumentos músicos. La tierra temblaba delante de él; los cielos se apartaron como arrollado pergamino, y las montañas e islas se descuajaron de su asiento. "Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?" Los que poco antes hubieran exterminado de la tierra a los fieles hijos de Dios, presenciaban ahora la gloria de Dios que sobre éstos reposaba. Y en medio de su terror, los impíos oían las voces de los santos que en gozosas estrofas decían: "He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará."

La tierra se estremeció violentamente cuando la voz del Hijo de Dios llamó a los santos que dormían, quienes respondieron a la evocación y resurgieron revestidos de gloriosa inmortalidad, exclamando: "¡Victoria! ¡Victoria!

sobre la muerte y el sepulcro. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿dónde, oh sepulcro, tu victoria?" Entonces los santos vivientes y los resucitados elevaron sus voces en un prolongado grito de triunfo. Aquellos cuerpos que habían bajado a la tumba con los estigmas de la enfermedad y la muerte resucitaron inmortalmente sanos y vigorosos. Los santos vivientes fueron transmutados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, y arrebatados con los salidos del sepulcro, fueron todos juntos a encontrar a su Señor en el aire. ¡Oh! ¡cuán glorioso encuentro fué ése! Los amigos separados por la muerte volvieron a unirse para no separarse más.

A cada lado del carro de nubes había alas, y debajo, ruedas vivientes. Al girar las ruedas exclamaban "¡Santo!" y al batir las alas, gritaban "¡Santo!" La comitiva de santos ángeles que rodeaba la nube exclamaba: "¡Santo, santo, santo, Señor Dios omnipotente!" Los santos que estaban en la nube exclamaban: "¡Gloria! ¡Aleluya!" y el carro de nubes subía hacia la santa ciudad. Antes de entrar en ella, se ordenaron los santos en un cuadrado perfecto con Jesús en el centro. Sobresalía de cabeza y hombros por encima de los santos y de los ángeles, de modo que todos los del cuadro podían ver su majestuosa figura y amable continente.

CAPÍTULO 38

LA RECOMPENSA DE LOS SANTOS

Vi después un gran número de ángeles que traían de la ciudad brillantes coronas, una para cada santo, cuyo nombre estaba inscrito en ella. A medida que Jesús pedía las coronas, los ángeles se las presentaban y con su propia diestra el amable Jesús las ponía en la cabeza de los santos. Asimismo los ángeles trajeron arpas y Jesús las presentó a los santos. Los caudillos de los ángeles preludiaban la nota del cántico que era luego entonado por todas las voces en agradecida y dichosa alabanza. Todas las manos pulsaban hábilmente las cuerdas del arpa y dejaban oír melodiosa música en fuertes y perfectos acordes. Después vi que Jesús conducía a los redimidos a la puerta de la ciudad; y al llegar a ella la hizo girar sobre sus goznes relumbrantes y mandó que entraran todas las gentes que hubiesen guardado la verdad. Dentro de la ciudad había todo lo que pudiese agradar a la vista. Por doquiera los redimidos contemplaban abundante gloria. Jesús miró entonces a sus redimidos santos, cuyo semblante irradiaba gloria, y fijando en ellos sus ojos bondadosos les dijo con voz rica y musical: "Contemplo el trabajo de mi alma, y estoy satisfecho. Vuestra es esta excelsa gloria para que la disfrutéis eternamente. Terminaron vuestros pesares. No habrá más

muerte ni llanto ni pesar ni dolor." Vi que la hueste de los redimidos se postraba y echaba sus brillantes coronas a los pies de Jesús; y cuando su bondadosa mano los alzó del suelo, pulsaron sus áureas arpas y llenaron el cielo con su deleitosa música y cánticos al Cordero.

Vi luego que Jesús conducía a su pueblo al árbol de la vida, y nuevamente oímos que su hermosa voz, más dulce que cuantas melodías escucharon jamás los mortales decía: "Las hojas de este árbol son para la sanidad de las naciones. Comed todos de ellas." El árbol de vida daba hermosísimos frutos, de los que los santos podían comer libremente. En la ciudad había un brillantísimo trono, del que manaba un puro río de agua de vida, clara como el cristal. A uno y a otro lado de ese río estaba el árbol de la vida, y en las márgenes había otros hermosos árboles que llevaban fruto bueno para comer.

Las palabras son demasiado pobres para intentar una descripción del cielo. Siempre que se vuelve a presentar ante mi vista, el espectátulo me anonada de admiración. Arrobada por el insuperable esplendor y la excelsa gloria, dejo caer la pluma exclamando: "¡Oh! ¡qué amor, qué maravilloso amor!" El lenguaje más exaltado no bastaría para describir la gloria del cielo ni las incomparables profundidades del amor del Salvador.

CAPÍTULO 39

LA TIERRA DESOLADA

Nuevamente mi atención fué dirigida hacia la tierra. Los impíos habían sido destruidos y sus cadáveres yacían por el suelo. La ira de Dios se había derramado sobre los habitantes de la tierra mediante las siete postreras plagas, que les habían hecho morderse la lengua de dolor y maldecir a Dios. Los falsos pastores habían sido el objeto especial de la ira de Jehová. Aun estando en pie se habían consumido sus ojos en sus órbitas y su lengua en su boca. Después de ser librados los santos por la voz de Dios, los impíos se volvieron unos contra otros. La tierra parecía inundada de sangre y cubierta de cadáveres desde uno a otro confín.

Se asemejaba a un desolado desierto. Las ciudades y las aldeas, sacudidas por el terremoto, yacían en ruinas. Las montañas, descuajadas de sus asientos, habían dejado grandes cavernas. Sobre toda la superficie de la tierra estaban esparcidos los desmochados peñascos que había lanzado el mar o se habían desprendido de la misma tierra. Corpulentos árboles desarraigados estaban tendidos por el suelo. La desolada tierra iba a ser la habitación de Satanás y sus malignos ángeles durante mil años. Allí quedaría Satanás recluído, vagabundo y errante por toda la tierra para ver las consecuencias de su rebelión contra la ley de Dios. Durante mil años iba a poder gozar del fruto

de la maldición que había causado. Recluído en la tierra, no tendrá ocasión de ir a otros planetas para tentar y molestar a quienes no han caído. Durante todo ese tiempo Satanás sufrirá muchísimo. Sus características malignas han estado en constante ejercicio desde su caída; pero se verá entonces privado de su poder y obligado a reflexionar con terror y temblor en lo que le reserva el porvenir cuando haya de penar por todo el mal que hizo y ser castigado por todos los pecados que hizo cometer.

Oí, de parte de los ángeles y de los santos redimidos, exclamaciones de triunfo que resonaban como diez mil instrumentos músicos, porque ya no se verían ellos molestados ni tentados por Satanás, y porque los habitantes de otros mundos quedaban libres de él y de sus tentaciones.

Después vi tronos en los cuales estaban sentados Jesús y los redimidos. Los santos reinaban como reyes y sacerdotes de Dios. En unión con los suyos juzgaba Cristo a los impíos muertos, comparando sus acciones con el libro del estatuto, la Palabra de Dios, y fallando cada caso según lo hecho con el cuerpo. Después sentenciaban a los impíos a la pena que debían sufrir de acuerdo con sus obras, y quedaba escrita frente a sus nombres en el libro de la muerte. También Satanás y sus ángeles fueron juzgados por Jesús y los santos. El castigo de Satanás había de ser mucho más terrible que el de aquellos a quienes engañó. Su sufrimiento había de ser incomparablemente mayor. Después de perecer todos los que fueron engañados por él, Satanás iba a continuar viviendo para sufrir mucho más tiempo.

Terminado al cabo de los mil años el juicio de los impíos muertos, salió Jesús de la ciudad, seguido de los santos y de una comitiva de la hueste angélica. Descendió sobre una gran montaña, que, tan pronto como él posó en ella los pies, se partió en dos mitades convirtiéndose en dilatada llanura. Entonces alzamos los ojos y vimos la grande y hermosa ciudad con doce cimientos y doce puertas, tres en cada lado y un ángel en cada una. Exclamamos: "¡La ciudad! ¡la gran ciudad! desciende del cielo, de Dios." Y descendió en todo su esplendor y gloria, asentándose en la vasta llanura que Jesús había preparado para ella.

CAPÍTULO 40

LA SEGUNDA RESURRECCIÓN

Jesús salió entonces de la ciudad con todo el séquito de santos ángeles y todos los santos redimidos. Los ángeles rodearon a su Jefe y le escoltaron durante su viaje, mientras que los santos redimidos le seguían. Después, con terrible y pavorosa majestad, Jesús llamó a los impíos muertos, quienes resucitaron con los mismos cuerpos débiles y enfermizos con que habían bajado al sepulcro. ¡Qué espectáculo! ¡Qué escena! En la primera resurrección todos surgieron con inmortal florescencia; pero en la segunda se ven en todos los estigmas de la maldición. Juntos resucitan los reyes y magnates de la tierra, los bajos y los ruines, los eruditos y los ignorantes. Todos contemplan al Hijo del hombre; y los mismos que le despreciaron y escarnecieron; los que le pusieron la corona de espinas en su sagrada frente; los que le hirieron con la caña, le ven ahora en toda su regia majestad. Los que le escupieron en el rostro cuando se lo juzgó rehuyen ahora su penetrante mirada y la refulgencia de su semblante. Quienes le traspasaron las manos y los pies con los clavos notan las cicatrices de la crucifixión. Quienes alancearon su costado ven ahora en su cuerpo la señal de su crueldad. Y saben que es el mismo a quien ellos crucificaron y escarnecieron durante su

expirante agonía. Exhalan entonces un prolongado llanto de angustia mientras huyen para esconderse de la presencia del Rey de reyes y Señor de señores.

Todos procuran ocultarse en las rocas y escudarse de la terrible gloria de Aquel a quien una vez despreciaron. Abrumados y afligidos por la majestad y excelsa gloria de Jesús alzan unánimemente la voz y exclaman con terrible claridad: "¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!"

Entonces Jesús y los santos ángeles, acompañados por los santos redimidos, regresan a la ciudad y los amargos lamentos y llantos de los impíos condenados llenan el aire. Vi que Satanás reanudaba entonces su obra. Recorrió las filas de sus vasallos para fortalecer a los débiles y flacos diciéndoles que él y sus ángeles eran poderosos. Señaló los incontables millones que habían resucitado, entre quienes se contaban esforzados guerreros, reyes muy expertos en la guerra y conquistadores de reinos. También se veían poderosos gigantes y capitanes valerosos que nunca habían perdido una batalla. Allí estaba el soberbio y ambicioso Napoleón cuya presencia había hecho temblar reinos. Se destacaban también hombres de elevada estatura y dignificado porte que murieron en batalla mientras andaban sedientos de conquistas. Al salir de la tumba reanudaban el curso de sus pensamientos donde lo había interrumpido la muerte. Conservaban el mismo afán de vencer que los había dominado al caer en el campo de batalla. Satanás consultó con sus ángeles y después con aquellos reyes, conquistadores y hombres poderosos. A continuación

observó el nutrido ejército, y les dijo que los de la ciudad eran pocos y débiles, por lo que podían subir contra ella y tomarla, arrojar a sus habitantes y adueñarse de sus riquezas y glorias.

Logró Satanás engañarlos e inmediatamente todos se dispusieron para la batalla. Había en aquel vasto ejército muchos hombres hábiles, y construyeron toda especie de pertrechos de guerra. Hecho esto, se pusieron en marcha acaudillados por Satanás seguido de inmediato por los reyes y guerreros, y más atrás la multitud organizada en compañías, cada una de ellas al mando de un capitán. Marchaban en orden por la resquebrajada superficie de la tierra en dirección a la santa ciudad. Cerró Jesús las puertas de ella y el ejército enemigo se asentó en orden de batalla para asediar la ciudad en espera de un tremendo conflicto. Jesús, la hueste angélica y los santos cuyas cabezas ceñían las brillantes coronas, subieron a lo alto del muro de la ciudad. Jesús habló majestuosamente y dijo: "Contemplad, pecadores, la recompensa de los justos. Y vosotros, mis redimidos, mirad la recompensa de los impíos." La vasta multitud contempló a los gloriosos redimidos sobre las murallas de la ciudad, y decayó su valor al ver la refulgencia de las brillantes coronas de ellos y sus rostros radiantes de gloria, que reflejaban la imagen de Jesús y la insuperable gloria y majestad del Rey de reyes y Señor de señores. Embargó a los impíos la percepción del tesoro y de la gloria que habían perdido, y se convencieron de que la paga del pecado es la muerte. Vieron a la santa y dichosa

compañía, a la cual habían menospreciado, ahora revestida de gloria, honor, inmortalidad y vida eterna, mientras que ellos mismos estaban fuera de la ciudad entre todo lo más ruin y abominable de la tierra.

CAPÍTULO 41

LA SEGUNDA MUERTE

Satanás se precipitó en medio de sus secuaces e intentó incitar a la multitud a la acción. Pero llovió sobre ellos fuego de Dios desde el cielo, y consumió conjuntamente al magnate, al noble, al poderoso, al pobre y al miserable. Vi que unos quedaban pronto aniquilados mientras que otros sufrían por más tiempo. A cada cual se le castigaba según las obras que había hecho con su cuerpo. Algunos tardaban muchos días en consumirse, y aunque una parte de su cuerpo estaba ya consumida, el resto conservaba plena sensibilidad para el sufrimiento. Dijo el ángel: "El gusano de la vida no morirá ni su fuego se apagará mientras haya una partícula que consumir."

Satanás y sus ángeles sufrieron largo tiempo. Sobre Satanás pesaba no sólo el castigo de sus propios pecados sino también el de todos los de la hueste redimida, que habían sido puestos sobre él. Además, debía sufrir por la ruina de las almas a quienes engañara. Después vi que Satanás y toda la hueste de los impíos estaban consumidos y satisfecha la justicia de Dios. La cohorte angélica y los santos redimidos exclamaron en alta voz: "¡Amén!"

Dijo el ángel: "Satanás es la raíz, y sus hijos son las ramas. Ya están consumidos raíz y ramas. Han muerto de una muerte eterna. Nunca resucitarán y Dios tendrá un universo limpio." Entonces miré y vi que el mismo fuego

que había consumido a los malos quemaba los escombros y purificaba la tierra. Volví a mirar, y vi la tierra purificada. No quedaba la más leve señal de maldición. La quebrada y desigual superficie de la tierra era ya una dilatada planicie. Todo el universo de Dios estaba limpio y había terminado para siempre la gran controversia. Por doquiera posáramos la vista, todo era santo y hermoso. Toda la hueste de redimidos, viejos y jóvenes, grandes y pequeños, arrojaron sus brillantes coronas a los pies del Redentor y, postrándose reverentemente ante él, adoraron al que vive por siempre. La hermosa tierra nueva, con toda su gloria, iba a ser la heredad eterna de los santos. El reino, el señorío y la grandeza del reino bajo todo el cielo fué dado entonces a los santos del Altísimo, que iban a poseerlo por siempre jamás.

FIN

Si desea obtener este libro en otros formatos o descargar los archivos de impresión, visite el sitio web:

www.elconflictofinal.com
www.lagrancontroversia.com

www.LaGranControversia.com

www.LaGranControversia.com